





BIBLIOTECA NACIONAL

DE CHILE

Sección ..... Chilena

Volumenes de la obra.....

Ubicación ..... 12. B. .... 39- 2

BIBLIOTECA NACIONAL



838133

REVISTA CHILENA

# REVISTA CHILENA

DIRECTOR:

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO II

SANTIAGO DE CHILE

1917

## EL CARNAVAL DE NIZA

(1913)

El Carnaval de Niza ha heredado el prestigio europeo de las antiguas fiestas de Roma y de Venecia. Atraídos por el esplendor y el ruido de las fiestas, vienen de todas partes millares de viajeros, a presenciar el espectáculo encantador, que ofrece Niza en estos días de embriaguez alegre.

Esa enorme afluencia de extranjeros opulentos, ávidos de derroche y emociones, derrama un río de oro sobre Niza, y da una animación extraordinaria a la vida y al comercio de la voluptuosa ciudad del mar azul.

Muchos días antes del principio de la fiesta, ya se siente la inquietud nerviosa de una gran expectativa que se acerca. Llegan los trenes cargados de viajeros; se ve la afluencia de ese mundo nómada, cosmopolita, que vive en la calle, en un incesante movimiento, y pasea por todas partes sus miradas curiosas. Los hoteles repletos suben sus precios. Luego principian a aparecer en todas las vidrieras trajes de Carnaval, disfraces de toda especie, máscaras y caretas de todos los géneros, un mundo de grandes y pequeños aparatos para producir los ruidos más extraños, desde los cascabeles de un rumor sordo y apagado hasta los rugidos sonoros y destemplados de una fiera, todos los instrumentos de la alharaca y la algazara, y en todas las plazuelas se oye una murga que toca la canción que va a acompañar ese año los bailes populares.

Para dar novedad al espectáculo en el Carnaval de Niza se preocupan de variar cada año los detalles. Cambia el color de los disfraces; este año han sido designados el verde Nilo y el cyclamen, y esos dos colores todos los aceptan, aún cuando sólo sean de rigor en el baile de fantasía del Casino. Cambian la canción, que este año será el *Pif-Paf*, que los oídos, ya habituados a escucharla tocada por estos músicos de murga, podrán seguir fácilmente y entonar en coro el día de la fiesta.

En la plaza de Massena—que forma uno de los extremos de la gran *Avenue de la Gare*—principian a levantar una gran carpa, que cubrirán lujosas colgaduras con los colores que van a dominar todas las fiestas. Esa carpa es el suntuoso salón en que Niza va a hospedar a su regio visitante.

Desde esa carpa podrá ver S. M. el Carnaval, en medio de un pequeño jardín, un monumento de mármol de una elegante y graciosa ironía: representa a Niza—una hermosa mujer—que se apoya en un árbol con languidez voluptuosa, una muchacha toca el pífano, y una cabrita salta bailando. Es la «Canción pastoril», la canción griega, en que la inocencia y el epigrama se confunden, que lo dice todo con el aire candoroso del que no pone intención en lo que dice.

Frente a la carpa se levantan tribunas de fierro y de madera con asientos numerados en que un enorme público podrá cómodamente presenciar el espectáculo.

A medida que transcurren los días, que los preparativos se apresuran y terminan, nos vamos sintiendo más y más envueltos en el torbellino de la fiesta. La animación extraordinaria de las calles, los grandes carteles, el ruido de la música, que se oye en todas partes, todo nos habla de la fiesta que se acerca. Se siente esa vibración indefinible, esa respiración ardiente y palpitante, de una alegría que se aproxima abriéndonos los brazos.

Las fiestas van a principiar.

Y el principio es una nota inesperada, de una delicadeza que conmueve; es una nota de ternura, que se alza con la suavidad

de una súplica, que se levanta, que sube, y que domina, en medio del ruido estrepitoso de esa canción de Carnaval que nos asedia.

La víspera de la fiesta, señoras, niñas y jóvenes salen a vender margaritas por las calles. Es una colecta para los niños enfermos.

Las niñas y los jóvenes llevan en el brazo una ancha cinta blanca, en que se lee en letras amarillas: «para los niños»; llevan en la mano una alcancía y un manojo de margaritas. A todo el mundo, en los paseos, en las calles, en los cafés, en las iglesias, en todas partes, le ofrecen una flor y le piden diez centimos. Es todo lo que reciben y sería de mal gusto, y hasta ofensivo, el ofrecerles más. Todo el mundo acepta esa contribución tan módica, que se impone de una manera tan graciosa y tan amable, con esa medida delicada que pone en todo lo que toca el admirable carácter de este pueblo. La colecta de caridad sólo se hace una vez en el año, en un solo día, y ese día son infatigables, recorren toda la ciudad desde el arrabal hasta el paseo. La colecta de este año les produjo 13,800 fr. ¡Cuánto bien puede hacer una mujer con una sonrisa y una flor!

El 23 de Enero las fiestas principian.

Por la mañana se oye el ruido estrepitoso de los heraldos que vienen a anunciarle a Niza la próxima entrada de S. M. el Carnaval.

Esos heraldos vienen en pequeños grupos, acompañados de un cortejo a caballo; vestidos todos con suntuosos trajes del tiempo de Francisco I, trajes de seda recamados de oro, montando caballos cubiertos con las caparazones bordadas y los arreos lujosos de aquella época. Vienen músicos en el cortejo que, antes y después de los pregones, que anuncian la llegada del monarca, tocan en sus clarines y trompetas ceremoniosas y solemnes marchas medioevales.

Viendo esos heraldos, la riqueza de sus trajes, la suntuosidad de sus arreos, la escrupulosidad con que se han observado

todos los detalles, se presiente el esplendor y el arte con que se ha preparado aquella fiesta.

En la noche, hay iluminación en la Avenida de la Gare y en la Plaza de Massena. Los arcos y las guirnaldas, llenos de flores con ampolletas eléctricas, derraman por la Gran Avenida una claridad que puede rivalizar con la del día.

Las casas de la avenida están todas adornadas. Haces de banderas y guirnaldas verdes, decoran las fachadas y festonean las ventanas. Guirnaldas de flores cruzan la calzada; festones de hojas verdes enlazan los árboles, adornados con banderolas que despliega la brisa de la tarde. Por todas partes, entre las flores, entre el follaje de los árboles, se ven brillar las ampolletas de colores. Bajo ese dosel de flores y de luces va a pasar triunfante el Carnaval.

Una multitud compacta se agolpa en las veredas; las ventanas y las terrazas están llenas de gente; la calzada completamente sola, sin que haya cordones que la sujeten y sin que en ninguna parte se vea policía que mantenga el orden. Esa inmensa muchedumbre no necesita que la cuiden, no necesita que la vigilen, ni la ordenen; se sabe cuidar sola y sabe mantener el orden, y hasta imponerlo con su sola presencia.

Me llama la atención esa enorme muchedumbre en que se puede sin embargo circular, en que nadie molesta a su vecino, en que todos se tratan con respeto, en que no se conocen los empujones y codazos, ninguno de esos amables y delicados expedientes con que en otras partes se abre paso en la apretura y se quita al vecino su lugar. Es esta escrupulosa atención con todo el mundo el rasgo que mejor revela la cultura social de una nación.

Deben ser pocos los extranjeros a quienes no sorprenda esa multitud animada y silenciosa, que respeta las conveniencias sin esfuerzo, y se mantiene al borde de la calzada, que el cortejo real principia a recorrer.

Encabezan ese cortejo heraldos y trompetas, que vienen con todo el séquito de los tiempos del alegre rey de Francia; luego, grupos de caballeros y hombres de armas.

Después, un grupo de mujeres vestidas con el traje blanco

de los pajes de corte, montan en caballos blancos, y llevan la cabeza adornada como flores de azahar; las escoltan caballeros disfrazados de limones y naranjas. Es la primavera, con sus flores olorosas y sus frutos dorados.

Después un grupo, en que van disfrazados de demonios, con trajes rojos y pequeños cuernos; otro de langostas, otro de astrólogos. Es la corte con sus vicios amenazantes, su voracidad insaciable y sus preocupaciones medioevales.

Después el estado llano, el pueblo bajo, que *ora et labora*, que sueña y que trabaja. Grupos de paisanos, con los pintorescos trajes regionales, pasan cantando al son de tamboriles y de pífanos las antiguas canciones populares.

Después un carro lleno de muchachas vestidas de margaritas y claveles; otro de midinetas disfrazadas de carretillas de hilo; otro de odaliscas; luego gigantones; luego Niza, una mujer soberbia, en medio de un coro de muchachas vestidas como flores; y después de ese carro admirable, en que la verdad de los disfraces rivaliza con la gracia de las actitudes, viene el gran carro que ocupa El Carnaval: una enorme figura, una máscara de arte risueña y benévola, vestida con un suntuoso traje de corte.

El amable soberano trae todos los años a Niza algún obsequio. Ese año, en que ser delgada era el sueño árabe de todas las mujeres y en que para conseguirlo aceptaban sonriendo hasta el suplicio de un régimen de privaciones dolorosas, S. M. les traía un aparato que las puede instantáneamente adelgazar: era el *compresseur lamineur, système Carnaval*. En ese aparato se veía entrar una mujer disforme, y dando vuelta al manubrio, se veía aparecer una mujer delgada. Lo que había de más ingenioso era la disposición del mecanismo de manera que hacía completamente la ilusión que era la misma la mujer que entraba y aquella que salía.

Detrás del gran carro de S. M. venía el de Mme. Carnaval, otra gran figura, de refinada elegancia, envuelta en su traje de seda color de oro.

Un grupo de alabarderos y hombres de armas cerraban el cortejo, que recorría lentamente la Avenida, envuelto en la luz

de las luminarias, que daban brillo a la seda y los colores, en medio del ruido de la música y el canto del Pif-Paf, que se oía en todas partes, y que grupos de espectadores acompañaban en coro. Más de mil personas disfrazadas han tomado parte en ese espectáculo soberbio.

S. M. el Carnaval tomaba posesión de la ciudad y quedaba solemnemente entronizado en la Plaza de Massena. El reinado de la locura principiaba.

El Martes de Carnaval, las tiendas cierran sus puertas y los talleres suspenden sus trabajos. De ahí salen centenares de muchachas que van a buscar a las fiestas de ese día,—único en el año,—una alegría completa y una completa libertad. Todo el año la calle ha sido para ellas el camino insípido, siempre igual, que recorren de prisa, yendo de la monotonía de la casa a la monotonía del taller. Ese día, la calle, es la libertad; ahí van a encontrar seguramente algunas horas de alegría y ahí podrán encontrar, tal vez, la felicidad de su vida. Por eso esperan con impaciencia ese día excepcional. «C'est leur rêve de toute l'année!» como decía la directora de un taller.

Pero no van sólo las románticas *grisettas* de otro tiempo y las bien armadas *midinettes* de ahora; no va sólo *Mimi Pinson* y *Lisette*, la hermosa *Lisette du chansonnier*. El Carnaval lo sacude todo, lo agita todo, lo arrastra todo en el vértigo fascinador de su alegría, y junto con ellas van las jóvenes de la alta burguesía y las hijas de familias respetables, a confundirse en la ronda alegre de la danza.

Desde temprano se ven pasar los grupos animados que forman los padres que acompañan a sus hijas. Por todas las calles se dirigen a la espléndida Avenida en que va a tener lugar la fiesta. Al llegar a la Avenida, el grupo se detiene; los padres le repiten que no olvide el lugar en que se van a reunir a la hora de comer. La muchacha, oyendo apenas lo que dicen, se despide con la mano, y corriendo se lanza al torbellino, con ese movimiento de embriaguez alegre con que las mujeres saltan sobre la espalda alada de todas sus quimeras.

¡Ya está libre! Envuelta en su dominó y cubierta con su antifaz de seda, se pierde entre la multitud de dominós y de antifaces que tienen todos idénticos colores. ¡Ya está libre! Ya no va a sentir sobre ella la mirada severa de la madre, sino esa mirada complaciente de todo el mundo que vigila sonriendo y permite todas las libertades inocentes; esa mirada que sonríe si ve que Colombina encuentra casualmente a su Arlequín.

Y es seguro que lo encuentra, porque las mujeres saben cómo se encuentra por casualidad en la calle a la persona que quieren encontrar. Y si Ud. no lo sabe, se lo podrá decir la primer muchacha a quien se lo pregunte.

Ese mundo que afluye de todas partes, viene todo a pie. Durante ese día no se permite circular vehículos en la parte central de la ciudad.

No circulan ni siquiera los tranvías. En una ancha zona alrededor de la fiesta no hay ni siquiera la posibilidad de un accidente. Una organización previsora los aleja.

Con ese objeto, los organizadores de la fiesta la han encerrado en un espacio enorme, pero siempre un espacio limitado, que casi exclusivamente se reduce al espacio que ocupa la Avenida y la ancha Plaza de Massena.

De trecho en trecho en ese largo trayecto se levantan pequeños tabladillos que van a ser ocupados por los músicos. En las bocacalles se instalan vendedores con grandes sacos llenos de paquetes de *confetti* de papel.

La afluencia de gente va rápidamente aumentando, se va llenando la Avenida y se hace casi estrecha para aquel gentío que se agolpa en las aceras y llena la calzada.

Entre nueve y diez de la mañana, todas las orquestas se ponen al mismo tiempo en movimiento y principian a tocar la música ruidosa del Pif-Paf, y junto con la música principian las rondas a girar cantando. Desde ese momento ya sólo por intervalos, cesará la música y suspenderá el baile sus cadenciosos y alegres movimientos.

Es un espectáculo encantador el que presenta esa alegre mascarada. Todas las mujeres envueltas en los colores de su

sedoso dominó y los hombres con los colores brillantes y vivos de los trajes de Arlequín y los disfraces blancos de Pierrot.

Al compás cadencioso de la música todo se pone en movimiento; las manos se enlazan, la ronda se agita, se estremece, y todo gira, y gira, y gira, sin cesar. Los pies tocan apenas la calzada, las cabezas se inclinan en el sentido de la ronda, como si un viento de embriaguez las arrastrara. En la rapidez del movimiento parece que las formas se alcanzan y se enlazan; los colores de los trajes se mezclan y confunden; las voces se juntan y se pierden en una armonía enorme. Es un vértigo monstruoso, una embriaguez inmensa.

De repente el baile vertiginoso se detiene. Un pequeño grupo se desprende y vuela al centro de la ronda. El baile sigue, y ese pequeño grupo desprendido, nos da una sensación más viva, más fuerte; nos hace sentir mejor la voluptuosidad cadenciosa de la danza, el movimiento arrogante que destaca la mórbida esbeltez de las formas juveniles. Es un friso griego estremecido por la animación ardiente de la vida.

La música se apaga; el baile cesa; y después de un momento de silencio, estalla la estruendosa, la enorme algarabía que forman los pitos, los tambores, las matracas, las cornetas, las trompetas, los clarines, los mil aparatos de una farándula estruendosa.

En medio de ese estrépito monstruoso, la mascarada asalta las veredas y se mezcla con los espectadores de la fiesta, que corren en busca de un refugio en las puertas de las casas, detrás de los árboles, en cualquier parte, para defenderse de la granizada de discos de papel que de todas partes les arrojan. La lucha de los *confetti* ha principiado.

Es un espectáculo embriagador y delicioso el de ese mundo alegre en que todos sienten el contagio de la animación y el entusiasmo, en que todos bailan y en que todos cantan.

Desde una ventana había estado contemplando ese espectáculo.

Quise verlo de más cerca y oír las bromas que los enmascarados se hacían al pasar. Pero apenas había dado algunos pasos avanza un grupo en que dos muchachas se to-

maban de los brazos de un Pierrot; al llegar cerca, una muchacha, se desprende, se abalanza sobre mí y haciendo el movimiento de un abrazo, me dice alegremente: «Bon jour papa!», me dispara dos enormes puñados de *confetti*, y desaparece riendo en medio de la multitud de la calzada. Yo también me reí de la manera tan graciosa y tan amable con que aquella muchacha había venido a gritarme que era un viejo, y me reí más todavía viendo mi traje cubierto con las pequeñas pastillas de papel y transformado en un disfraz estrafalario.

Esa aventura me hizo recordar que en otro tiempo el Carnaval había sido el encanto de las muchachas y el terror de las viejas. Era el día de las crueles venganzas juveniles. Las viejas no se atrevían a salir de su casa por el miedo que les inspiraban las bromas y sobre todo los *attrapes*, pedazos de trapo recortados, que untaban con una pintura blanca y pegajosa que al caer sobre el traje dejaba estampada la figura de un ratón o lagartija, sapos y culebras, las figuras repulsivas de los últimos compañeros de las ruinas.

Y luego volvía a sonar la música, y volvía el baile, con una animación que parecía ir en aumento a medida que las horas transcurrían, como si aumentara el valor de las horas de aquella libertad a medida que iban siendo menos. Con las rondas alternaban ahora las polkas acompasadas y los valeses vertiginosos. Se cambiaban las parejas, y volvía la danza con más bríos, como, si al enlazar otra mano las muchachas, y al sentir los hombres sobre su brazo otra cintura, la fiebre del baile renaciera. En medio de esa fiebre el baile cesa y principia el desfile de aquella mascarada.

Ese desfile es la caricatura amable, la burla risueña de todo lo que ha llamado la atención durante el año. Es una serie de grupos que han sido elegidos en concurso y cuyo número se ha fijado de antemano, calculando los que pueden pasar en un desfile lento, durante cierto tiempo, para que, sin fatigar la atención, pueda conservar su lucidez el espectáculo. Un desfile interminable tiene que fatigar y tiene que ir de prisa, y nunca se puede mantener a igual altura.

Vimos ese año desfilar a un grupo de cubistas—pintores de

una delirante extravagancia. Las *entravées*—mujeres maneadas por sus trajes.—Lafontaine con todos sus animales—que eran la caricatura de los personajes políticos del día. Ese grupo de animales es la nota tradicional de los carnavales de Francia. Es un recuerdo de las fiestas de los druidas, de las viejas lupercales, en que los hombres se envolvían en pieles de animales y se cubrían con cabezas de carneros. El buen gusto ha conservado esa nota tradicional del carnaval.

Después las píldoras del diablo—que eran cajas en que al levantar la tapa saltaba una muchacha con un tridente en la mano—y después Mr. Cochin, el más popular de los hombres de esos días, que debía su ruidosa popularidad a su intervención en la cuestión de alquileres.

En París, los locatarios atrasados eran arrojados de sus casas, y no se les permitía sacar sus muebles sino después de haber pagado sus arriendos.

Esto daba origen a abusos y crueldades a que un ingenioso expediente de Mr. Cochin vino a poner término. Organizó una orquesta, la orquesta de San Policarpo, en que a veces cada instrumento tocaba por su cuenta una pieza distinta de las que tocaban todos los demás, o bien todos juntos principiaban a tocar la misma pieza, y después de ejecutar algunos compases seguían tocando otra, y formando de ese modo una algarada estravagante. Si un locatario se quería mudar Mr. Cochin venía en su auxilio; se presentaba con su orquesta, invadía toda la casa con su estrepitosa algarada, y mientras el portero iba a buscar la policía, Mr. Cochin salía con los muebles y la orquesta. Un gran carro representaba a lo vivo aquella escena.

Detrás pasaba el grupo de los extranjeros que vienen a presenciar el Carnaval.

Ahí figuraban tipos de todos los países europeos con sus rasgos más característicos, acentuados de una manera maliciosa.

Viendo desfilan ese grupo me sorprendió que en él no figurase ninguna mujer, a pesar de que no habían faltado en los paseos de Niza tipos femeninos, de una refinada extravagancia, que pedían a gritos su puesto en el desfile.

Pero el buen gusto francés, el caballeresco respeto a la mujer,

que es un rasgo hermoso de esta pobre raza latina, no permitía exponerlas a una mirada irrespetuosa.

En uno de esos grupos que llamaban «las actualidades», había visto desfilar políticos, músicos, artistas, actores, que durante el año habían llamado la atención; pero no ví entre ellos ni una sola de las mujeres que habían preocupado en aquel año. Esa respetuosa omisión era un rasgo delicado de la fiesta.

Entre los muchos disfraces que ví ese día en la Avenida y sobre todo más tarde en las calles de Niza, no encontré tampoco ningún hombre disfrazado de mujer, ninguna mujer vestida de hombre. Esa era también otra nota delicada que evitaba resbalar en la grosera pendiente del escándalo.

Por lo demás, no puedo ocultar mi viva repulsión a esos disfraces. Encuentro en los hombres vestidos de mujeres, el mal gusto de una frase equívoca, esa gracia sucia del sentido doble. Y en las mujeres vestidas de hombres... ¡Ah! señoras, convénzanse Uds. que el mérito principal de una mujer consiste precisamente en no ser hombre.

A medida que el desfile pasa, la concurrencia va abandonando las aceras. Algunos se retiran, pero van casi todos a buscar un refugio en los restaurants o en los balcones.—Se siente el ruido de las ventanas que se cierran.—La Avenida va quedando toda entera en poder de la alegre mascarada.—Las mujeres abrochan bien su dominó; los brazos se levantan para subir los capuchones y afirmar el antifaz o la careta.—Es un momento de extraña sensación, que precede al cambio de los confetti de papel por los confetti de *plâtre*, bolitas de una sustancia seca, un poco dura, que golpean y que ensucian.

Estos confetti, que en otro tiempo se usaron todo el día, ahora se permiten solamente en las últimas horas de la fiesta, y esos confetti nos explican la necesidad del dominó y el antifaz para defender los trajes y la cara.

Es extraordinaria la animación que desarrolla esta lucha de los pequeños proyectiles, con los movimientos instintivos que hacen todos, para esquivar los golpes que de todas partes amenazan. Nada puede traducir la sensación de esa ancha Avenida

llena de dominós, de Arlequines y Pierrots, que se agitan en un juego de locos movimientos.

Hasta el caer de la noche el juego dura, y cuando ha concluido, se derrama por las calles de toda la ciudad el ruido y la alegría de los que vuelven de la fiesta.

Todavía en la noche, músicos ambulantes que llaman *nos celebrités*, van a cantar en los jardines de los hoteles, a todo pulmón, al compás chillón de sus guitarras. Esa música de la media noche es el último eco de la fiesta popular del Carnaval. En esa música la melancolía y la extravagancia se confunden. El Carnaval quiere morir con una risa loca entre sus labios pintados.

El mundo elegante, es decir, el mundo cosmopolita de los viajeros ricos, ha visto pasar aquella fiesta detrás de las vidrieras de los restaurants o los hoteles. En el cuadro estrecho de esas ventanas se puede observar las actitudes de afectada displicencia con que algunos quieren expresar el cansancio y el hastío con que asisten a una fiesta más; en otras figuras se ven las cejas contraídas y el rictus severo de un reproche compasivo; ahí se ve también la inmovilidad risueña de la gran señora que no va a ver sino a dejarse ver; ahí principian las intrigas ligeras que se van a desenvolver más tarde en la *veglione* entre los pliegues de los dominós de seda. Ahí se puede observar el pretencioso Carnaval de la comedia humana, separado por un vidrio del Carnaval alegre que pasa por la calle.

El mundo elegante va en la noche a la *veglione*, al baile de dominós que tiene lugar en el Casino. Es un baile de máscaras como cualquier otro baile de máscaras, a que ese mundo de extranjeros sólo lleva la diversidad de las lenguas en que se habla y la monotonía de las fiestas de este género; las mismas voces de falsete, las mismas bromas estereotipadas y las mismas intrigas vulgares.

El 30 de Enero, el Carnaval iba a concluir con la batalla de las flores.

El Paseo de los Ingleses era el sitio elegido para el Corso.

A un lado del paseo, en una extensión de varias cuadras, se había instalado las tribunas, cómodamente protegidas de la brisa del mar y el resplandor del sol.

Era una fiesta aristocrática; un desfile del buen tono y del gran mundo; una elegante exhibición de las mujeres. Pero a pesar de todo había en esa fiesta una sensación de frío penetrante. Sólo la belleza de las flores podía cubrir la falta de esa naturalidad expansiva y alegre de las fiestas juveniles; sólo las rosas, las lilas, los claveles, los jacintos y las violetas, que se veían profusamente en todas partes, en las manos, en las faldas, en pequeños canastos, podían hacernos olvidar lo que faltaba.

Y sin embargo la fiesta era espléndida.

Casi al borde de las tribunas circulaban los carruajes adornados con un lujo artístico y suntuoso.

El desfile pasaba lentamente, recibiendo la lluvia de flores que les disparaban desde las tribunas, y que devolvían los que iban en los coches. Es una animada y picante exhibición de mujeres hermosas y elegantes.

Algunos de esos carruajes iban transformados. Uno, era un templo griego, todo de flores blancas y rosadas, y bajo el ala de ese templo se veía una mujer joven, de belleza escultural, cubierta con un traje blanco, de anchos pliegues, que parecía una túnica de mármol.

Pasó una victoria transformada por las flores en una inmensa concha. Dos caballos blancos tiraban la victoria; a cierta altura una gasa blanca estaba arreglada para hacer el efecto flotante de la espuma del mar; los caballos parecían nadar sobre la espuma; en la concha iba una mujer fascinadora con un traje a la moda; era la Venus del día, «la diosa de los sueños cortos», como decía Homero, que volvía a salir sobre una concha del seno de las olas.

Un automóvil, aparecía transformado en un blanco cisne, llevando en sus asientos un grupo de muchachas vestidas como flores.

Dos veces pasó aquel espléndido desfile, bajo una lluvia de flores, y concluyó en silencio aquella fiesta suntuosa, en que se

habían derrochado sumas enormes en la ornamentación de un Corso fugitivo.

Un pequeño detalle de esa fiesta me llamó la atención por el hondo significado que envolvía. Mientras miraba el desfile oí detrás de mí la voz de un chiquitín que decía: «pero yo no veo nada, abuelita». Me volví; efectivamente el niño sentado no podía ver nada, pero poniéndose de pie sobre su silla lo podía ver todo. Es verdad que entonces habría incomodado a los vecinos que estaban detrás de él y aquí no se ha proclamado todavía el amable derecho de incomodar a los demás. Le pedí a la señora que me permitiera colocar al niño delante de mi asiento, apoyándose en la balaustrada que rodeaba las tribunas. Desde ahí el chiquitín agradecido presenció la fiesta, y cada vez que veía algo que le llamara la atención, me miraba con su carita entusiasmada y risueña.

Ese espíritu de orden, ese hábito del respeto a los demás, es lo que constituye el encanto y el secreto de estas fiestas. Fué el desorden lo que mató el Carnaval de Venecia y el de Roma. Es el desorden el gran peligro que amenaza todas estas fiestas populares, que sólo el orden mantiene y embellece.

La comisión encargada de organizar el Carnaval de Niza, ha principiado por encerrar toda la fiesta dentro de un área reducida en el interior de la ciudad; de un área que se puede aislar, y en que durante un día es posible suprimir la circulación de todos los vehículos; todos los años elige detalles nuevos para darle a la fiesta novedad, colores determinados, para mantener la armonía artística del cuadro, y aumentar la libertad.

Es una fiesta que se desarrolla delante de un público numeroso, que todo lo ve, que todo involuntario y eficazmente lo vigila, y en que el público y los que participan en la fiesta están dominados por un profundo sentimiento de respeto mutuo. Ese sentimiento moral tiene más fuerza que la mano de cualquier autoridad.

La comisión abre concurso para organizar los carros y los grupos del desfile, y sólo acepta cierto número, determinado de antemano, para que se pueda hacer el desfile lentamente y los

---

espectadores lo puedan ver sin fatigarse. De esa manera la nota de arte se conserva, esa nota que caracteriza y que ha hecho la fortuna del Carnaval de Niza, hermosa fiesta que la guerra ha venido a interrumpir.

Ahora Niza es un hospital!

A. ORREGO LUCO.

## LA REFORMA DEL SISTEMA DE ELECCIÓN PRESIDENCIAL

Señor don Alberto Cumming.

Presente.

Mi estimado amigo:

Desea Ud. que le manifieste brevemente mi opinión acerca de la reforma de nuestro sistema de elección presidencial.

El tema no es para ser tratado en pocas palabras, pero, sin entrar a exponer en forma completa las razones de mi convencimiento en esta materia, puedo decirle cual es el que he adquirido después de mucho reflexionar sobre tan interesante problema del ramo que profeso en nuestra Universidad.

Desde que tengo recuerdo he presenciado una docena de elecciones presidenciales y en ninguna de ellas he visto funcionar correctamente el sistema adoptado por nuestra Constitución. Las dos primeras que presencié fueron las de 1851 y 1861. Ambas dieron ocasión, antes o después de producirse, a perturbaciones muy lamentables. Luego siguió funcionando el régimen de la intervención oficial, hasta que en 1891, con motivo también de una elección de presidente, estalló la revolución contra Balmaceda. De entonces acá hemos tenido elecciones libres, pero en todas el cuerpo de electores de segundo grado ha obedecido a compromisos contraídos de antemano.

Estas consideraciones y, por otra parte, el sinnúmero de

fraudes y de trastornos a que da origen la complicada y larga tramitación de nuestras elecciones presidenciales me han convencido de que debe cambiarse de sistema.

El de la elección directa tiene casi los mismos inconvenientes que el actual y algunos otros.

No creo que de los plebiscitos salga nunca el candidato más idóneo. Para dar una batalla electoral en todo el país se requieren condiciones en cierto modo incompatibles con aquellas que son más necesarias a un presidente. Desde luego, es preciso preparar estas campañas con mucha anticipación y no es ciertamente la administración pública la que gana con tales preparativos. En seguida hay que hacer mil promesas, halagar a los electores de todas maneras y, por último, gastar sumas enormes en la elección misma.

Los que dicen que estas elecciones son las más populares están profundamente equivocados. A semejantes luchas sólo pueden presentarse aristócratas opulentos. El sufragio universal, en cuyo nombre se hizo en Francia la Revolución del 48, llevó al poder a Luis Napoleón. En cambio la elección por el Congreso ha llevado a la presidencia de la tercera República a ciudadanos de muy modesta situación económica y social.

Yo me he convertido en partidario de esta última forma de elección después de haber visto sus resultados en Francia. Sistema que funciona bien, en ese país, puede decirse que ha hecho su prueba más difícil.

Se objeta que este régimen debilita al Ejecutivo en presencia del Parlamento. Creo que estas son palabras. Con cualquier sistema el Presidente elegido queda obligado para con el mismo personal político, formado por los hombres dirigentes de los partidos. En cambio, puede resultar mayor armonía entre los poderes públicos.

Claro está que debe evitarse la crisis presidencial, o sea que un Congreso investido de la facultad de elegir presidente haga renunciar o declare inhabilitado al que está en funciones, para designarle en seguida sucesor. Este peligro debe salvarse y a mi juicio la Comisión de Constitución del Senado—que ha aceptado el sistema de elección por el Congreso—ha sabido

eliminar hábilmente la dificultad, proponiendo que en los casos en que la vacancia presidencial hubiera podido ser provocada por el Congreso, como son los dos a que me acabo de referir, pierda éste el derecho de elegir Presidente y lo haga entonces directamente el pueblo. Este arbitrio aleja todo peligro porque ningún Congreso querrá exponerse a la privación de semejante facultad.

En suma, mi estimado amigo, creo que el proyecto de reforma presentado por la Comisión del Senado es el más aceptable y que con su adopción ganaría mucho el país, no sólo en el orden político y administrativo sino hasta en el orden económico, porque no se pueden calcular el tiempo, los esfuerzos y el dinero que se pierden con el sistema actual.

Siento que mis ocupaciones me impidan extenderme en un análisis prolijo de esta materia, pero como Ud. me ha pedido sólo mi opinión, me parece que con lo dicho queda ya suficientemente manifestada.

Saluda a Ud. afectuosamente su amigo

ABDÓN CIFUENTES.

## LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS

Estando unidos a la vieja y querida España por el más indestructible de los lazos, el de la lengua, no estará demás aquí hablar algo de ella, de su riqueza, majestad y armonía, y de algunos talentos y genios que plasmaron en ella sus creaciones.

De su riqueza decimos, pues en sí encierra la dulzura del italiano, la energía del inglés, y toda la variedad de matices del francés, como nos lo manifiestan tantas obras maestras en ella escritas, brindando a cada autor, según la índole de su genio, y la especial concepción de sus creaciones, toda la gama de colores, todas las vibraciones que darán color y vida a las obras en ella escritas.

No en balde acaba de escribir un clásico moderno, al penetrar en el elevado recinto que tantos genios ilustraron y que tantos talentos eminentes encierra hoy día:

«Si, como dicen todos, el rasgo principal del espíritu moderno es la inquietud, la rebusca angustiada de lo infinito ¿dónde habrá una lengua que exprese la inquietud y el ardor como la lengua española, acostumbrada a escrutar, en los misterios de la noche, los resplandores de la eterna luz, elevándose a las más puras contemplaciones de la verdad? Si hay un idioma en el mundo que tenga bríos para subir tan alto es este de Castilla, el de San Juan de la Cruz, «el que ascendió por la secreta escala», y oyó «la dulce soledad sonora.»

Si, correspondía al gran novelista y lingüista de la época presente, a Ricardo León, el trazar así algunos de los caracteres de la lengua castellana.

Lengua de la razón y de la filosofía, de la poesía y del arte, que magistralmente manejada por uno de sus inmortales novelistas, el autor de *Peñas arriba* y *Al primer vuelo*, arrancaba estas palabras de admiración a Marcelino Menéndez y Pelayo; «Yo no admiro sólo en Pereda lo que todo el mundo ve y admira: el extraordinario poder con que se asimila lo real y lo transforma; el buen sentido omnipotente y macizo, la maestría del diálogo por ningún otro alcanzada después de Cervantes; el poder de arrancar tipos humanos de la gran cantera de la realidad; la frase viva, palpitante y densa; la singular energía y precisión de las descripciones; el color y el relieve; los músculos y la sangre; el profundo sentimiento de las más ocultas armonías de la naturaleza no reveladas al vulgo profano; la gravedad del magisterio moral; la vena cómica tan nacional y tan inagotable, y, por último, aquel torrente de lenguaje no aprendido en los libros, sino sorprendido y arrancado de labios de las gentes; lengua verdaderamente patricia y de legítimo solar y cepa castellana, que no es la lengua de segunda o tercera conquista, la lengua de Toledo o de Sevilla, sino otra de más intacta prosapia todavía, dura unas veces como la indómita espalda de nuestros montañeses, otras veces húmeda y *soledosa*; lengua que educada en graves tristezas, conserva cierta amargura y austeridad aun en las burlas.»

Pero si la lengua española es la de la razón y el buen sentido, la de pensadores como Balmes y Donoso Cortés, (para no citar más que a los modernos), la de novelistas como Pereda, Galdós, Valera, Pardo Bazán, Coloma y tantos otros, es también la de la dulce poesía, y la madre España se ciñó, en la pasada centuria, cual de espléndida diadema, con una corona de genios, mundiales hoy día.

*Espronceda*, el más popular entre los poetas románticos, y cuyo centenario celebró brillantemente España en 1908; romántico, que tiene mucho de clásico, habiendo sido discípulo de Alberto Lista; poeta enérgico y de musa atormentada, que

tan bien refleja los dolores profundos, el sufrimiento, el desencanto, como que en sus versos hay mucho elemento autobiográfico, reveladores de su vida de agitaciones y de lucha.

*Becquer*, el genio descontentadizo, que nunca encontraba palabras bastante dignas de representar la ideal musa de sus ensueños, y que decía: «Las ideas más grandes se empequeñecen al encerrarse en el círculo de hierro de la palabra». Cuentan que era extraordinariamente afecto al reposo, y que su postura predilecta era la horizontal. Si es que son verdaderas estas palabras: «El amado de los dioses muere joven», en él se cumplieron. Su amigo Augusto Ferrán cuenta que en sus últimos días decía: «Me muero: sabéis que no soy pretencioso; pero si es posible, publicad mis versos. Tengo el presentimiento que muerto seré más y mejor leído que vivo».

Y Zorrilla, el inmortal Zorrilla, cuya vena poética, cual arpa cólica, vibraba al impulso de todas las brisas. Poeta exuberante y rico, que poseyó acentos sublimes y únicos para expresar lo grande, lo bello, lo sublime, a la vez que para compartir los sentimientos, los trabajos y los dolores, y que trazó y sintetizó su bella índole poética en esta dulce y sentida estrofa:

¿Quién soy? ¿quién lo sabe? yo mismo lo ignoro...  
 Amante sincero del Dios en quien fío;  
 A Él sólo me humillo y a Él sólo le imploro...  
 Doquier le he hallado velando en bien mío,  
 Doquier le bendigo, le canto y le adoro,  
 Doquier sus creencias evoco con brío,  
 Cantar mi fe firme no tengo a desdoro,  
 No tengo del pobre recelo ni hastío:  
 Mi pan con él parto; su mal con él lloro;  
 Los más escondidos rincones exploro,  
 Y en todos a todos mi fe les confío,  
 Cantando con unos un canto sombrío,  
 Y haciendo con otros ferviente oración.

.....

Viene después el más original de los poetas, filósofo, satírico, artista hasta el extremo de decir: «La prosa es una jerga animal del ser humano»... y sin embargo, escribió algunos vo-

lúmenes -en prosa. ¡Cosa rara! pocos poetas contemporáneos más leídos y universalmente gustados que Campoamor, y ninguno acaso menos imitado, porque su genio es único, y está fuera del alcance de toda imitación.

Hay otros muchos poetas, pero recuerdo especialmente a uno prematuramente segado para la fama y la gloria, aunque en su corta estancia por la tierra, alcanzó a dar la medida de su valor; el inspirado Gabriel y Galán, que aunque sólo hubiera dejado tras sí sus magníficas estrofas al Crucifijo de Velásquez, que con sensibilidad tan honda, y tan luminosos toques del más allá y del infinito, sobrecoge y entenece a la vez, ya habría grabado su nombre con caracteres indelebles en España, y en todas las regiones en que se habla el idioma castellano.

¡Oh, España! patria de Cervantes, y de Santa Teresa... clima de sol y flores, inundada de luz, perfumes, y armonías, arrullada por las ondas sonoras del mar Cantábrico, y perfumada con las brisas de tus huertos; tierra de artistas y de genios, segunda patria de Colón, el que, con rumbo hacia lo desconocido y guiado por la fe, descubrió un mundo. ¡Qué te adornas, cual con ricos joyeles, con las inmortales creaciones de tus artistas, y los arrobadores cantos de tus poetas, recibe la humilde, violeta de este homenaje modesto, que no osa entrelazarse a la espléndida corona con que tus hijos ornán hoy tu sien!

ANA LUISA PRATS BELLO.

EL HUNDIMIENTO DEL  
TRANSPORTE LOA EN 1880

*Santiago, 19 de Junio de 1880.*

Señor don J. V. Lastarria.

Muy apreciado señor y amigo:

A su debido tiempo sabría Ud. por el telégrafo la victoria de nuestras armas en Tacna y Arica.

La campaña fué larga por las inmensas dificultades que presentaba el desierto para la movilización de un ejército inmenso.

La batalla de Tacna y el asalto de Arica, son dos hechos de armas muy honrosos para nuestros soldados.

Hemos quedado dueños de los departamentos de Tacna y Moquegua.

No sabemos aún los resultados que producirán esas victorias. Creo muy posible que la alianza entre el Perú y Bolivia se rompa, y si esto sucede nos acercaremos al fin de la guerra.

Hemos tenido cambio de Ministerio. Con la muerte de Sotomayor y la renuncia de Matte, por mal estado de su salud, el gabinete anterior se desorganizó completamente. Hubiera (querido) que Santa María, Amunátegui y Gandarillas quedasen en sus puestos y que se pusiesen de acuerdo sobre las personas

que debían ocupar los Ministerios de Hacienda y de Guerra; pero no fué posible conseguirlo.

Venciendo muchas dificultades conseguí, después de algunos días, organizar el nuevo gabinete en la forma que Ud. conoce seguramente ya. El nuevo gabinete ha sido bien recibido.

Espero la llegada del vapor para saber cómo aprecia Ud. lo que ocurre en la República Argentina. A juzgar por las últimas noticias que de allí tenemos, las hostilidades están ya abiertas, aunque aun no ha ocurrido ningún encuentro entre las fuerzas nacionales y las de Buenos Aires.

Saluda a Ud. su aft.

A. PINTO.

*Junio 12.*

Esta carta no alcanzó a despacharse en el vapor anterior, debido a las muchas atenciones que tuve en el día en que se despachaba la correspondencia.

Después de la fecha de la carta el incidente más notable que hemos tenido es la pérdida del *Loa*. Los peruanos colocaron un torpedo en el fondo de una lancha grande de vela, la cargaron con combustibles y la dejaron anclada y sin gente cerca de la costa y no lejos de tres buques de nuestra escuadra. El ardid, como Ud. ve, era de lo más inocente. Sin embargo, uno de nuestros buques la divisó, la atracó, la descargó teniéndola atracada y al levantar el último bulto reventó el torpedo y se hundió el *Loa*.

A principios de Junio, me trajeron una carta de Lima en la que decían que un señor Cuadros preparaba un torpedo en el fondo de una lancha grande, de vela, que la cargarían con comestibles, que la dejarían para que los chilenos la tomasen y la descargasen, y que al levantar el último bulto el torpedo reventaría. Se decía en la carta lo que precisamente ha sucedido. Comunicqué a Riveros el contenido de esa carta, Riveros lo comunicó a su vez a los comandantes de buques, incluso al del

*Loa.* Y a pesar del aviso y de lo burdo del ardid, cayeron en la trampa.

Todos los percances que hemos sufrido han sido por enormidades parecidas.

Colombia tiene entre nosotros un Ministro Plenipotenciario y es preciso corresponder acreditando otro con igual carácter. Tenemos también que corresponder a México la atención que tuvo al enviarnos la legación del señor Portillos.

Este ha sido el motivo que nos ha inducido a proponer a Ud. esas legaciones.

Su af.

A. PINTO.

## LAS HUELGAS EN LOS PUERTOS DEL NORTE

La prensa da cuenta periódicamente de huelgas en los puertos del Norte que paralizan el embarque del salitre.

La noticia de estas huelgas produce siempre una justificada inquietud en el Gobierno y en la opinión pública, porque afectan la principal industria del país e influyen directamente en la situación [rentística del Estado, que hace frente a sus gastos, día a día, con las entradas que le proporciona el derecho de exportación sobre el salitre.

Muy vivo está, por otra parte, el recuerdo de los acontecimientos de Iquique del 21 de Diciembre de 1907, que repercutieron dolorosamente en todo el país, y como el problema social de las provincias del Norte está sin resolver, nadie sabe a qué extremos puede llegar cualquiera de estos movimientos.

Por esto, la primera preocupación del Gobierno cuando recibe noticias de una huelga, es la de enviar un buque de la Escuadra con fuerzas suficientes para mantener el orden a cualquier trance, y mientras duran, toman los puertos del Norte el aspecto de verdaderas plazas en estado de sitio.

Las huelgas son un fenómeno corriente en la vida económica de los pueblos modernos. Son la consecuencia natural de la oposición de intereses entre el capital y el trabajo, y han sido mal que bien, el recurso más eficaz de que han dispuesto las clases obreras para obtener un mejoramiento de sus condicio-

nes económicas, y para conseguir, de parte de los poderes públicos, la atención que merecen los legítimos intereses del trabajo.

Mientras se mantienen dentro de sus justos límites, no le es permitido al Estado emplear medios violentos de represión o tomar partido por uno u otro de los intereses en lucha. Le corresponde mantener el orden y la tranquilidad pública y garantizar el ejercicio de todos los derechos, sin perjuicio de que abandone, siempre que le sea posible, su rol de espectador y haga valer ante patronos y obreros su prestigio y sus influencias para obtener una solución de los conflictos y el restablecimiento del trabajo.

Por desgracia, no ha avanzado mucho entre nosotros la comprensión de los problemas sociales, y tampoco el de la naturaleza de estos movimientos. Las autoridades se inclinan a ver en toda huelga un acto subsersivo y a dar a los huelguistas el tratamiento consiguiente.

Para el Gobierno, estas huelgas no son más que una ocasión de molestias y malos ratos. Bajo la presión de las circunstancias toma siempre las medidas necesarias para impedir desmanes y excesos, pero apenas los obreros han reanudado sus faenas, no se acuerda más de las huelgas, archiva los memoriales de los obreros y los informes de las comisiones y las cosas quedan como antes.

Esta indiferencia es la explicación de la falta de todo empeño de parte del Gobierno para promover la legislación social y para obtener el despacho por las Cámaras de los diversos proyectos presentados sobre la materia.

\*  
\* \*

La huelga del Norte que hasta ahora ha producido más alarma pública, es la que terminó por los trágicos acontecimientos del 21 de Diciembre de 1907. No podemos tratar el tema de este artículo sin hacer algunas consideraciones sobre ella.

Esta huelga no lo fué sólo de los trabajadores del puerto de

Iquique. Fué un estallido de los obreros de la pampa contra los abusos de que eran víctimas en las oficinas salitreras.

Los obreros de las oficinas, incitados por agitadores socialistas, paralizaron a mediados de Diciembre el trabajo en las oficinas de Tarapacá y empezaron a bajar a Iquique, a donde se reunió un número de huelguistas, que publicaciones de la prensa de esos días estiman en quince mil.

El movimiento, ordenado en un principio, se transformó rápidamente en sedición abierta, que amenazaba trastornar el orden legal establecido. Envalentonados los huelguistas por su creciente número, incitados por sus cabecillas, negaron la obediencia a las autoridades y paralizaron la vida normal de la ciudad, llegando las cosas a un punto, en la tarde del 21 de Diciembre de 1907, en que la ciudad de Iquique corría el riesgo de quedar entregada a la merced de los huelguistas, que de noche no había manera de contener, y en quienes los agitadores habían desencadenado todas las pasiones.

El estudio de las publicaciones que se hicieron sobre la huelga deja el triste convencimiento de que dadas las circunstancias que se habían producido en la tarde del 21 de Diciembre de 1907, no quedaba a las autoridades otro recurso, si querían evitar mayores desgracias, que proceder en la forma en que lo hicieron.

El cuadro de la ciudad, con sus construcciones de madera, ardiendo por sus cuatro costados, entregada al saqueo de una masa de hombres apenas contenida durante el día, que solo esperaba la obscuridad para entregarse a sus desmanes, el desprestigio que al país habían de acarrear estos acontecimientos, las complicaciones internacionales consiguientes a los perjuicios ocasionados a los intereses extranjeros, a cuya protección acudían apresuradamente buques de guerra llamados por sus cónsules, eran razones más que suficientes para que las autoridades, en quienes recaía la responsabilidad de la situación, vencieran la resistencia que habían de sentir por el empleo de las armas contra masas inermes.

Con las descargas de la tarde del 21 de Diciembre terminó la huelga. Las víctimas del movimiento fueron enterradas, los

hombres de la pampa volvieron amedrentados a su trabajo, y el antiguo estado de cosas continuó, tal como antes, sin modificación alguna.

El Gobierno consideró que con el escarmiento había quedado asegurada la tranquilidad por mucho tiempo, y desde entonces hasta ahora se ha cruzado de brazos, ciego y sordo a lo que ocurre, para salir de su apatía cuando lo sacude la noticia de alguna huelga o teme la merma de sus rentas.

Si es de lamentar la pérdida de tantas vidas, y hay que reconocer que ellas han sido sacrificadas estérilmente, no lo es menos que este movimiento no hubiera tenido un desarrollo tranquilo, que probablemente habría producido resultados favorables para los obreros.

Muy motivadas eran muchas de las quejas que tenían. El empleo y descuento de las fichas, el monopolio de las pulperías, la falta de medidas de prevención contra los accidentes, los abusos de la justicia de menor cuantía, eran intolerables, y sólo la ignorancia de las clases obreras explica la paciencia con que las habían soportado.

Personas que conocen la situación en las provincias del Norte aseguran que desde aquella huelga han desaparecido muchos abusos, o que ellos sólo se conservan en oficinas de importancia secundaria.

Pero estos resultados, si es que existen, no han sido el efecto de la acción reguladora del Estado. Son el fruto del espíritu de equidad que anima a los administradores de algunas empresas serias y el temor al descontento de los obreros.

El autor de un folleto sobre el Problema Social de Tarapacá, se expresa en los siguientes términos sobre los efectos de esta huelga:

«Por las condiciones en que se desarrolló y, sobre todo, por el epílogo trágico que le puso término el 21 de Diciembre de ese año, aquel movimiento obrero, que pudo tan fácilmente evitarse, ha dejado profundas huellas en el carácter y en las disposiciones de ánimo del trabajador tarapaqueño, que serán difíciles de extinguir completamente en él.

Desde aquella fecha, el capital se sintió firmemente apoyado

por la fuerza armada, y si bien, justo es reconocerlo, no ha abusado de esta situación ventajosa, en cambio se ha mostrado más rehacio a oír peticiones, por justas que sean.

«El proletariado, por su parte, acepta más de buen grado que antes los arreglos que se le proponen; pero es porque teme—su experiencia es dura,—y este temor desarrolla en él los inevitables sentimientos de amargura que, por la más suave pendiente, se transforman de improviso en peligroso odio.»

El autor de las anteriores líneas estima que los sucesos del 21 de Diciembre habrían podido evitarse, impidiendo que se produjeran las circunstancias que hicieron inevitable la intervención de la fuerza armada.

Probablemente sea así.

No es nuestro propósito hacer un examen de la conducta de las autoridades en esa oportunidad, sino una crítica a los Poderes Públicos por no haber sabido deducir las debidas consecuencias de los acontecimientos del 21 de Diciembre de 1907, por no haber prestado al problema obrero del Norte la atención que merecía.

\*  
\* \*

Muchas huelgas parciales ha habido en el Norte después de la huelga de 1907, pero ninguna que como ésta se hiciera extensiva a toda la pampa. Algunas han sido localizadas a ciertos puertos, otras abarcaron todo el litoral de Antofagasta y Tarapacá.

Las que ocurrieron en Iquique en 1916 y que motivaron el envío de una comisión del Gobierno encargada de estudiar sus causas y de proponer las medidas que pudieran contribuir a su solución lo fueron únicamente de la gente de mar de este puerto.

Creemos útil exponer con algún detenimiento los motivos y el desarrollo de esta huelga, no porque le atribuyamos una importancia superior a las demás que ha habido, sino, porque estimamos que puede tener interés para el público la forma en que trabajó la comisión, y porque el conocimiento personal de los hechos permite al autor de este artículo formular sobre las huelgas del Norte ciertas apreciaciones de carácter general.

La huelga de los meses de Octubre y Noviembre del año pasado había sido precedida en Abril por otra, que a su vez había provocado un lock out de las casas embarcadoras que duró todo el mes de Mayo.

La huelga empezó por las exigencias de los obreros de una de las casas embarcadoras, que pedían la exclusión de un capataz contra el cual tenían quejas. Pronto se solidarizaron con los obreros de esta casa los demás del mismo gremio y los diversos gremios de la bahía y la huelga se hizo general. Los huelguistas rechazaron en forma terca e inaceptable las proposiciones de avenimiento que les hicieron las casas embarcadoras, que por vía de represalias acordaron y mantuvieron el lock out durante todo el mes de Mayo. Designado, por fin, un árbitro, que debía pronunciarse sobre el derecho de las casas para despedir a tres obreros considerados malos elementos, el fallo reconoció este derecho mandándeles pagar, por equidad, tres meses de sueldo.

La huelga, como se ve, había carecido de una causa seria que justificara una suspensión de los trabajos. El descontento de los obreros, que nada habían conseguido, se mantuvo, y en Octubre del mismo año se renovaron las dificultades.

Los cargadores empezaron por pedir que se disminuyera el peso de los sacos, que por dos decretos del año 1902 se había fijado en 196 kgs. Pedían que no excediera de 100 kgs., y manifestaron que después de cierto plazo no descargarían los sacos que pesaran más. Por fin se llegó con ellos a un acuerdo que fijaba en dos centavos y medio su retribución por la descarga del saco que pesara 96 kgs., y que se aumentaba en un 40% si pesaba más de esta cantidad y menos de 100 kgs., y en un 50% si pasaba de esta última cifra. El peso no se establecía individualmente para cada saco sino tomando el término medio de lo que llevaba el carro descargado. La solución fué aceptada por los obreros porque les procuraba un pequeño aumento en sus salarios, pero ella no ha hecho desaparecer los inconvenientes que para la salud de los obreros podía tener el transporte en hombros, continuo y repetido, de un peso desproporcionado con las fuerzas de un hombre normal.

Las principales dificultades de esta huelga fueron suscitadas por los «jornaleros y estibadores» que atienden la carga del salitre de las lanchas a los buques y la estiba de éstos. Este trabajo lo contratan los capitanes con algunos de los comerciantes llamados vulgarmente «stevedores» que hay en cada puerto, a quienes pagan cierta cantidad por tonelada.

El gremio de «jornaleros y estibadores» de Iquique pretendía eliminar a un contratista intermediario, que de hecho tenía el monopolio de estos negocios, para asegurarse así la remuneración íntegra de su trabajo.

El contratista, a costa del penoso esfuerzo de ellos, obtenía, según lo afirmaban los obreros, con sólo suscribir un contrato, una utilidad que a veces representaba no menos del 50% del precio pagado por el carguío del buque.

Con este objeto organizaron una sociedad de «Estibadores y Jornaleros» para hacer directamente la carga y estiba de los buques, en competencia con el principal contratista, pero esta sociedad fracasó y sus adherentes quedaron sin ocupación, excluidos de las cuadrillas del contratista.

Las autoridades, por supuesto, no pudieron acceder a la pretensión de prohibir su comercio al contratista. Carecían de facultades para hacerlo, ni habrían podido aceptar una medida que atentaba contra una de las libertades fundamentales y que los huelguistas reclamaban para sí.

Por este motivo fracasaron las gestiones de avenimiento, y para no mantener en suspenso durante más tiempo las faenas en el puerto, las autoridades reemplazaron a los huelguistas con tropas del ejército y de la marina.

En este estado se encontraban las cosas cuando llegó a Iquique la Comisión. Ella dedicó ocho días al estudio de las reclamaciones de los obreros y de las condiciones del trabajo en la bahía y pudo establecer la existencia de muchos abusos debidos principalmente al régimen del trabajo.

Había quejas, sobre todo, de los capataces. Salidos de las filas de los mismos obreros, propensos a abusar de su autoridad, daban a los últimos un tratamiento duro e injusto, pagaban los jornales en las cantinas y garitos, y daban preferencia

en el trabajo a los que dejaban en éstos su dinero, cuando no pedían préstamos al tiempo de hacer el pago de los salarios o rebajaban éstos con cualquier motivo.

Un Reglamento para los trabajos del puerto redactado por la Comisión y por el Gobernador Marítimo, pudo subsanar la mayor parte de los inconvenientes, y fué aceptado de buen grado por los obreros.

La Ordenanza y Reglamento General de Policía Marítima daban, por suerte, base legal a semejante reglamento, pues ellas confieren a las autoridades del puerto, amplias facultades para organizar las faenas marítimas y mantener la policía de las mismas.

El Reglamento fijó las horas de trabajo en la bahía, hizo depender de la aprobación del Gobernador Marítimo el nombramiento de los capataces; dispuso la formación de cuadrillas de jornaleros y estibadores que se turnaran en el trabajo para evitar exclusiones injustas; prohibió que el pago de los jornaleros y estibadores se hiciera en cantinas o garitos, o por medio de los capataces, e insistió, por último, en el cumplimiento de muchas disposiciones del Reglamento de Matrícula de Gente de Mar, de 25 de Noviembre de 1898, cuya aplicación había caído en desuso.

El informe pasado por la Comisión al Supremo Gobierno, contiene un estudio detenido de todas estas medidas, que le permitieron hacer una obra eficaz y contribuir al restablecimiento del trabajo en la bahía.

Pero la Comisión no se hizo ilusiones acerca de la duración de estas medidas. Las huelgas en los puertos, aunque tienen caracteres propios y dicen en algunos casos relación con las especiales condiciones de las faenas de mar en cada puerto, son, además, el reflejo de la situación general del trabajo en la industria salitrera, que no se subsana ni corrige con medidas parciales como las tomadas en Iquique.

\*  
\* \*

En la huelga de Octubre y de Noviembre de 1916, el Gobierno reemplazó por primera vez a los huelguistas con fuerzas

del ejército y de la marina. Hasta entonces éstas sólo habían servido para mantener el orden, pero no habían sido destinadas a ocupar el lugar que abandonaban los obreros.

Esta medida ha sido objeto de muchas críticas y observaciones.

¿Ha sido acertada?

Al empezar este artículo hemos dicho que en las huelgas no corresponde al Estado, por regla general, otro papel que el de mantener el orden público y el respeto a la propiedad y a todos los derechos, y que en las luchas entre el capital y el trabajo sale de su rol de tercero imparcial, cuando presta ayuda a una de las partes contendientes.

Sin embargo, como el Estado representa los intereses superiores de la sociedad, no se le desconoce su derecho a intervenir cuando la huelga llega a perturbar seriamente la vida económica del país o sus intereses generales, o constituir un peligro para la población, como puede ocurrir siempre que afecta los servicios de transportes, de agua potable, alumbrado, o el abastecimiento de una ciudad. Agotados los medios conciliatorios, y con el objeto de evitarse mayores males a la colectividad, no podría razonablemente negársele el derecho de reemplazar con la fuerza armada a los huelguistas para mantener así el servicio cuya paralización hay un interés público en evitar.

Es pues del caso preguntar, si estas circunstancias concurrieron en las huelgas de Iquique.

Como el régimen financiero del país descansa desde la guerra del Perú en las rentas que proporciona el derecho de exportación al salitre, está de manifiesto la existencia de un interés nacional en mantener el regular servicio de embarque, para evitar la disminución de las entradas del Fisco y las perturbaciones consiguientes del Erario Nacional.

No podría el Estado permanecer impasible ante una indefinida suspensión de los trabajos en el puerto, ni dejar éstos entregados a la merced de un gremio de obreros, cuando éstos no aceptan razonables proposiciones de avenimiento.

Esta era la situación que se había producido en Iquique en

Octubre y Noviembre del año pasado. Las autoridades habían interpuesto una inteligente mediación para llegar a un arreglo, pero sus bien intencionados esfuerzos se habían estrellado con la terquedad de los huelguistas, que más que nada deseaban imponer su voluntad.

No fué pequeña la sorpresa de éstos al ver de un día a otro ocupado su lugar por soldados y marineros, y al darse cuenta que de este modo se les escapaban ganancias que tarde o temprano esperaban recoger y con que contaban para el sustento de sus familias.

Creemos conveniente insistir en que el empleo de la fuerza armada para reemplazar a los huelguistas no es sino un recurso extremo, a que sólo es lícito recurrir cuando no se ve la posibilidad de un avenimiento o de otras soluciones que permitan conducir la huelga a un pronto término. Es explicable que el capital se incline a ver en estos actos una protección que el Estado le debe, y hemos tenido últimamente el caso de otras huelgas en el centro del país, en que los patrones reclamaban de la autoridad idéntica ayuda.

Establecer esta intervención del Estado en todos los casos como un deber del mismo, equivaldría a negar para siempre a los obreros el derecho de mejorar de condición.

Determinar el momento en que la medida procede sin que ella importe un acto de parcialidad a favor de los patrones, es cuestión de criterio, que requiere la prudente apreciación de las circunstancias y sobre todo una acertada inteligencia de los problemas sociales, que no es frecuente entre nosotros ni en las autoridades ni en los hombres que actúan en política.

\*  
\* \*  
\*

Las huelgas pueden ser originadas o por exigencias de aumento de los salarios o de mejoramiento en las condiciones del trabajo.

Las que ocurrieron en Iquique en 1916 tenían este último carácter.

Ha habido antes otras, motivados por el empleo del gancho

para tomar los sacos, que los obreros no han querido abandonar, mientras no se les deje puntas en los extremos que permitan tomarlos con facilidad.

La exclusión de los obreros de mal comportamiento, a quienes sus compañeros mantienen por solidaridad, es con frecuencia otro motivo de dificultades con los patrones.

La exposición de las causas de las dos huelgas de Iquique en 1916, manifiesta que muchas veces los motivos que inducen a los obreros a suspender los trabajos no guardan relación con la gravedad de la medida y con los perjuicios que las huelgas ocasionan aún a los obreros mismos.

Entre algunas reclamaciones fundadas que razonablemente deberían atenderse, hay muchas otras que carecen de base, que son simples pretextos para suspender el trabajo, o el fruto de tendencias socialistas.

Y aquí hemos enunciado una de las dificultades principales del problema obrero del Norte.

En ninguna parte de Chile las ideas socialistas, las tendencias subversivas al orden social, han tomado el desarrollo que tienen en las provincias de Tarapacá y Antofagasta, y sería de extrañar que fuera de otro modo, pues encuentran allí terreno favorable para prosperar.

En las conferencias que las autoridades celebran con los obreros con motivo de estas huelgas pueden distinguirse siempre dos elementos: el que representa genuinamente al hombre de trabajo, que persigue un cambio en sus condiciones de vida o que se cree víctima de un abuso, dispuesto y deseoso siempre de encontrar un arreglo, asequible a un razonamiento tranquilo; y el de los agitadores de profesión, que promueven y mantienen la huelga en interés propio, porque viven de las erogaciones de sus compañeros, o porque ven en la huelga un fin: el de hacer propaganda para sus ideas socialistas y mantener vivos el odio de clases y la lucha social.

Los cabecillas de estos movimientos obreros pertenecen casi siempre a este último elemento, que arrastra consigo a los obreros de índole más pacífica, por el convencimiento o por la presión de sus amenazas.

Se explica que vayan a la huelga con cualquier pretexto o con pretextos nimios. Está dentro de su política: las huelgas son para ellos medios de propaganda, una manera de estrechar sus filas, de acentuar sus odios, de avivar la lucha de clases.

Sus pretensiones injustas, su intemperancia, su actitud terca y poco conciliadora, impide y hace fracasar de ordinario las gestiones de avenimiento, al mismo tiempo que provoca en los patrones una reacción contraria: la disposición al atropello, la resistencia a oír y a atender las reclamaciones del trabajador, aun cuando fueran justas, la propensión a resolver las dificultades por actos de autoridad.

Muchos de estos agitadores son extranjeros que trasplantan a Chile sus ideas anarquistas y de odio al capital y a la sociedad.

Estos son hechos ciertos e innegables.

Los patrones, preconizan, por esto, como solución, la ley de residencia: el alejamiento del país de estos elementos perturbadores, que por sus malos antecedentes han tenido que cambiar de aires y buscar un nuevo campo de acción. Hay que perseguir a los cabecillas, es el consejo de los hombres prácticos, y se verá como queda restablecida la tranquilidad en estas provincias.

Muy útil sería una ley que impidiera la entrada al país de la hez que otros arrojan de su seno.

No caigamos en el error que oímos repetir a diario, que esa es la única causa del mal, que con semejante ley y con otra sobre huelgas, la paz social quedará para siempre asegurada en el Norte.

Con la expulsión de los agitadores, obreros más ilustrados de ordinario que los demás, se conseguiría tal vez que el resto de los trabajadores tardara en darse cuenta de su situación, pero no desaparecerían todavía las causas del profundo malestar y descontento.

La causa principal de esta situación debe buscarse en la falta absoluta de legislación obrera, que en otras legislaciones ha adquirido las proporciones de verdaderos Códigos y entre nosotros no ha salido todavía de los comienzos más modestos.

En la industria salitrera se hacen sentir y son palpables todos los inconvenientes de la producción industrial, que corresponde exactamente a lo que existía en Europa en la primera mitad del siglo pasado, y que estos inconvenientes no desaparecerán mientras el Estado no haga intervenir su acción reguladora entre el capital y el trabajo.

Ciego y sordo ha permanecido el Estado ante lo que ocurre en esta industria. Cuando se escriba algún día su historia, tendrán que causar sorpresa el abandono, casi podríamos decir la hostilidad que los Poderes Públicos han manifestado por el obrero, que con su esfuerzo ha hecho fructificar las áridas regiones de la pampa y procurado incalculables riquezas a Chile.

El Estado ampara la propiedad y el capital y sabe castigar a los obreros que olvidan el respeto a la ley. En los puertos en que se embarca el salitre está muy atento con su balanza para cobrar su parte de socio principal. Pero la vida del obrero, que desde un principio ha representado el elemento nacional en la producción del salitre, siempre le ha sido indiferente.

¿Es de extrañarse que, dada esta situación, encuentren terreno fértil las enseñanzas socialistas y la prédica anarquista? Como crecen los hongos en la humedad tienen que desarrollarse en ese medio la Mancomunal y demás asociaciones de carácter subversivo.

La mejor manera de contrarrestar su propaganda no está en dictar leyes de residencia para la expulsión de los agitadores, que siempre han sido insuficientes. Está, como lo insinúa el informe de la Comisión que fué a Iquique en 1916, en suprimir los abusos donde existen, en dar al obrero instrucción y educación moral, en dictar todas aquellas leyes de protección al trabajo que tienen los países cultos.

Pero ni aun con estas medidas desaparecerán las huelgas, que siempre se producirán donde exista oposición de intereses entre el capital y el trabajo. Pero habremos suprimido siquiera los justos motivos de descontento, y prestado a la vida del obrero el amparo que tiene derecho a recibir.

## HIGIENE SOCIAL

### El cáncer.—La credulidad y las mujeres

Hasta hace muy poco el cáncer constituía la enfermedad que más tenazmente se mantenía envuelta en el manto impenetrable de tantas otras, antes que empezara la era propiamente científica de la medicina. El verdadero terror con que se hablaba de ella, lo mismo que el que inspira la sífilis, persistía aún después que la desgraciada víctima había desaparecido ya de la tierra.

Los explotadores de la ingenua e inagotable credulidad humana encontraban siempre, y en todas las regiones del orbe, personas que sufrían de aquella tremenda enfermedad, aptas por tanto para que el *deseo* de sanar sirviera del más poderoso estímulo para ver desarrollarse la acción sugestiva de los innumerables remedios aconsejados por los especuladores de la salud de los enfermos.

En la propagación de estas pretendidas novedades curativas, como en tantas otras en que la imaginación tiene un papel importante que desempeñar, las mujeres han servido de valioso intermediario. Su mismo espíritu caritativo y de conmiseración ha sido puesto a menudo a contribución para incitarlas a pretender hacer el bien a los que padecían de la enfermedad a que nos referimos.

## I

La medicina experimental de los tiempos modernos ha tropezado en el estudio del cáncer con la imposibilidad de transmitirlo a otros animales; sólo hace muy poco tiempo se ha conseguido transplantarlo en ciertas y determinadas especies. Los antiguos observadores que, por lo general, asistían a las manifestaciones últimas de la enfermedad, cuya gravedad se imponía aún a los mismos profanos, emitieron la hipótesis de que tan grave enfermedad no podía menos que ser de orden general, esto es, que afectaba desde su comienzo al organismo entero. De este error fundamental en la interpretación biológica de la enfermedad se desprenden muchos otros, de los cuales no es el menor el querer o pretender curar el cáncer por medio de un tratamiento interno que llegue por intermedio de la sangre a modificar este líquido e influenciar así la enfermedad.

Mientras tanto, numerosos hechos bien estudiados, la experimentación en animales y el conocimiento mismo de los medios de desarrollo de la enfermedad, han probado de una manera incontrovertible que *el cáncer es una enfermedad local*. Sus venenos o toxinas no entran a la circulación general sino en los períodos ya muy avanzados de la enfermedad. Este hecho tiene una significación e importancia trascendental. Todo el mérito del diagnóstico *oportuno* de la enfermedad estriba en esta particularidad y, diagnosticado *a tiempo* el cáncer, es curable como cualquier otra enfermedad grave. En efecto, en los animales de una misma especie, y en ciertas y determinadas condiciones, si se inocular bajo la piel un trozo de cáncer no mayor que la cabeza de un alfiler procedente de otro animal, se pueden observar las demostraciones características del desenvolvimiento del cáncer, esto es, infiltración de los tejidos y la marcada tendencia a dar lugar a distancia a nuevos depósitos de tumores, denominados metastáticos. En ellos ha sido posible establecer de una manera perentoria y que no se presta a ambigüedades que, extirpado a tiempo el cáncer no mata al animal y pierde la propiedad que lo hace tan temible: la de reproducirse

a distancia. En ellos ha sido posible también estudiar hasta los menores detalles de la enfermedad.

En aquellos animales que están propensos *naturalmente* a contraer la enfermedad, se ha probado a voluntad el gran valor curativo de la extirpación, lo mismo que el medio de prolongar la vida librándolos de las miserias y sufrimientos que en sí lleva aparejada la enfermedad en sus últimos períodos.

De esta manera se ha evidenciado la base racional en que descansa el tratamiento quirúrgico del cáncer operado en las circunstancias que ya hemos recordado: antes que haya franqueado su etapa de enfermedad local, y, además, que *ha bastado un foco minúsculo de cáncer para que el mal se haya generalizado a todo el animal* y lo mate si no se va en su ayuda. La antigua teoría, pues, de enfermedad constitucional o de la sangre cae por el suelo, falla por el lado experimental.

A la experimentación a que acabamos de aludir ha venido bien pronto a agregarse la observación en el hombre. Lesiones de la lengua, por ejemplo, que se creían que nada tenían que ver con el cáncer han resultado ser propiamente cánceres *microscópicos*; extirpados *oportunamente* sus portadores han curado radical y completamente. Son estos mismos hechos los que las grandes clínicas modernas han demostrado también en grande escala.

Desgraciadamente, el cáncer, que *no comienza jamás en tejidos completamente sanos*, prepara el terreno en que habrá de desarrollarse de una manera solapada e insidiosa por medio de infecciones crónicas, que en la gran mayoría de los casos hasta pasan o, por lo menos, pueden pasar desapercibidas para el enfermo. En efecto, se ha evidenciado en investigaciones recientes, pero muy numerosas, que es una lesión microscópica, ordinariamente una inflamación crónica, una *absceso microscópico*, la fuente y el origen del cáncer. Su correlación por lo tanto, con las enfermedades infecciosas se va haciendo evidente en el espíritu de muchos. Hay ya un no escaso número de cirujanos que piensan que el cáncer del estómago—que por sí sólo representa el *cinquenta* por ciento de todos los cánceres—es precedido en la inmensa mayoría de los casos por la úlce-

ra de aquel mismo órgano. Muchos de los cánceres del pecho han sido precedidos, lo mismo que un buen número de los de la matriz, por inflamaciones crónicas de orden infeccioso común y vulgar. Muchos otros carcinomas, de la lengua, de glándulas genitales internas—la próstata, por ejemplo—han comenzado por ser inflamaciones de orden netamente sifilítico o simplemente infeccioso. Todos estos hechos tienden a circunscribir y estrechar el campo en que han de proseguirse las investigaciones referentes a esta enfermedad para arrancarle al fin los secretos que hasta hoy parecían insondables.

Hemos dicho que la pequeña inflamación crónica que precede al cáncer es a menudo microscópica; cuando hayamos agregado todavía que es *indolora*, comprenderemos perfectamente cómo es que el cáncer se inicia y hasta alcanza un considerable desarrollo sin haber comenzado por atraer la atención del enfermo. En efecto, comienza y *es en su principio una enfermedad esencialmente indolora*. Así se explica bien claramente que no sea nada fácil reconocer clínicamente un cáncer cuando está este en su comienzo. En ese período, de inmenso y decisivo valor para la vida del enfermo, es el microscopio el más poderoso elemento del diagnóstico con que cuente hasta hoy día la ciencia médica.

Bashford, el eminente director del Instituto especial de investigaciones del cáncer en Londres, nos dice que clínicamente, tomando los sitios en que el diagnóstico es fácil, y aquellos que no son accesibles a la exploración, hay de un 7 a 10 por ciento de errores de diagnóstico y agrega: de 1904-9, en los hospitales de Londres fueron indebidamente tratado como cánceres no menos de 757 enfermos en que el microscopio reconoció que no había ni indicios de tal enfermedad. Por otra parte, las estadísticas de los últimos años enseñan que en los hospitales de Berlín se había dejado de reconocer y tratar como cáncer no menos de un 20 por ciento de los sujetos en que el microscopio reconocía, *post mortem*, la existencia del cáncer. (B. B. Davis *Team-Wuork*. Surg. Gynec. Obst. 1915, XX) (1). Esta insegu-

(1) Justamente de esta dificultad para precisar si una lesión determinada es o no de naturaleza cancerosa y por lo tanto si envuelve o nó la reco-

ridad o dificultad para precisar el diagnóstico de una enfermedad, que si bien es cierto que no está demostrado de ninguna manera que sea hereditaria, tenemos, no obstante, que aceptar una cierta predisposición, es explotada a maravillas, lo mismo que el hecho de considerarla todavía algunos médicos como enfermedad de la sangre o constitucional.

Se ha podido precisar de una manera por lo menos aproximativa la duración de esa etapa inflamatoria o vulgar, digamos así del cáncer; para el del pecho no sería menos de siete a ocho años; para el del estómago probablemente mucho más largo tiempo. La consecuencia o deducción eminentemente halagadora que ofrece aquel período es nada menos que el de la garantía de la *curación* de la temida enfermedad cuando se la extirpa antes de que haya comenzado a difundirse y a infectar el organismo entero. Volvemos a repetir que en ese período no es más grave ni difícil de curar de cualquiera otra enfermedad de cierta entidad. Los hechos numerosos aportados en los últimos años así lo han evidenciado.

Estos hechos elementales que hemos creído oportuno recordar, no están por desgracia, suficientemente vulgarizados todavía; hasta hay un no escaso número de colegas que los desconocen. ¿Qué de extraño entonces que, partiendo de la obscuridad patológica que dominaba su etiología y hasta marcha o curso de la enfermedad, hubieran surgido tantos medicamentos destinados a procurar una «curación radical»? Cuando un hombre procede honradamente y en el ejercicio de la profesión declara sus dudas o sólo de una manera debutativa insinúa el diagnóstico de cáncer, el charlatán que nada expone, procede siempre en términos perentorios y absolutos, ya sea negando el diagnóstico formulado por el profesional, o ya declarando enfáti-

---

nocida gravedad de los tumores cancerosos, resulta a veces que en casos complicados o difíciles en que el hombre de ciencia no se atreve a pronunciar categóricamente una opinión con base científica suficiente, el charlatán, por pura presunción dogmatiza y suele atinar. Sir William Gull, a propósito de uno de estos casos, decía que se necesitaba precisamente de un tonto para que pudiera tener razón en un caso de obscura y de difícil interpretación.

camente que él hará desaparecer «radicalmente» hasta los menores vestigios de la enfermedad. A mayor honradez profesional de parte de los hombres titulados, corresponde mayor impudicia o desvergüenza de los charlatanes.

Mientras tanto, es perfectamente exacto que si para los hombres de ciencia es más o menos fácil entenderse respecto a la significación general de la palabra cáncer, muchos de sus detalles escapan hoy por hoy, casi podríamos decir en absoluto. Existen tantas modalidades diferentes que hasta hay quienes pensamos que la dominación en referencia abarca más de una enfermedad. Sin embargo, el vocablo es de empleo universal y hasta metafóricamente se le aplica a las acciones humanas; con él se comprende todo lo que es maligno, rápidamente invasor y destructor.. y algo más. Es, por lo tanto algo terrible y temible, aun cuando no se detenga uno a contemplar cuándo ni siquiera por qué. El charlatán se aprovecha de cada oportunidad para explotar con la inseguridad, la ignorancia, el miedo y la credulidad, mientras el hombre honrado y de ciencia no ofrece otra alternativa que la extirpación *oportuna* por medio del bisturí del mal que comienza.

## II

Entre los innumerables pretendidos remedios para curar el cáncer de que ha recibido noticias el director del Instituto a que nos hemos referido hace un instante, figuran no pocos de carácter meramente religioso. Uno piensa que el Todopoderoso le ha revelado la curación; pide como una compensación que se le ensaye por los médicos en la cirrosis del hígado (enfermedad que ninguna relación tiene con el cáncer).

Un ministro escocés cree que el poder maravilloso de que está dotado se debe «tal vez a que posee más calor o electricidad en su organismo que la mayor parte de los hombres».

Un tercero asegura que los judíos rara vez se enferman de cáncer; por consiguiente, si a una persona que padece de la enfermedad, se le sangra tanto como sea compatible con la vida y se reemplaza aquella cantidad de sangre extraída por la san-

gre de un judío joven, obtendrá la curación de la enfermedad tan temida.

No faltan tampoco los que presumen haber descubierto una planta cuyas virtudes contra el cáncer habían sido comprobadas en otra época; la han redescubierto y pregonan de nuevo sus virtudes. Hace algunos años se habló mucho en Inglaterra de la curación por medio de emplastos de violetas; en Rusia se ponderaban las maravillas curativas de una *synantherea* y entre nosotros mismos hubo un tiempo en que el quillay alcanzó a gozar de cierto pretendido prestigio. Las virtudes del condurango han sido exaltadas en el Ecuador y de ahí han llegado a Europa; los zumos irritantes y cáusticos de la ipeca, algunas *euforbiaceas*, del ají, las cebollas, la trementina, etc., han venido de la Australia. Lo mismo que la melasa, base de la «Curación de Mc.-Kay para el Cáncer», de que tanto se habló en 1902: fué puesta a la moda por el propietario de una refinería de azúcar en Mc.-Kay, Queensland.

Hace treinta años, cuando iniciamos nuestros estudios de medicina, casi el único tratamiento que se usaba en nuestros hospitales contra el cáncer consistía en el empleo de pastas cáusticas en que la base era el arsénico, o el cloruro de zinc, cáusticos minerales, en una palabra. Estos dos agentes son todavía, nos dice Bashford, los ingredientes más a menudo comprobados en los innumerables remedios que aguardan de su Instituto la sanción de la experiencia para conquistar en seguida el mundo de los cancerosos. Veremos más adelante cómo inventa cada uno de estos especuladores una teoría más o menos ingeniosa o descabellada para hacer aceptable su remedio «infalible», a condición de que el enfermo no haya sido antes operado».

Pero sin duda alguna son, como en la generalidad de los casos, los remedios secretos o «de patente», como entre nosotros los llama el vulgo, los que en mayor proporción invaden el mercado y asedian al Instituto de Mr. Bashford con peticiones de exámenes y hasta envíos de los trozos de cánceres, justificando de esa manera los triunfos ya alcanzados. Entre éstos el «VITADATIO» es digno de ser recordado. Examinadas las piezas de convicción resultaron ser un trozo de placenta, pedazos

de membranas de quistes hidatídicos en otro, masas excrementicias endurecidas en un tercer examen, porciones de un feto en una cuarta... Cuando Bashford y su asociado el Dr. J. A. Murray quisieron continuar con el examen de aquel extraño muestrario, el explotador había desaparecido de Londres.

Estados Unidos ha tenido siempre la supremacía en estos descubrimientos maravillosos para... llenar los bolsillos del charlatán que sabe hacer una *réclame* desenfrenada y ultra bombástica. Reproducimos algunos ejemplares:

«PURIFICO»

Núms. 1, 2 y 3.

del Dr. E. E. BURNSIDE.

EL MÁS GRANDE DE LOS REMEDIOS CONOCIDOS CONTRA EL CÁNCER, TUMORES, ESCRÓFULA, ÚLCERAS, ERISIPELA, REUMATISMO Y TODOS LOS HUMORES.

PREPARADO POR

*La compañía manufacturera del «Purifico»*

«CÁNCER CURADO»

(Aquí la fotografía de un anciano de pelo muy largo y muy blanco).

por

ANTONIO HOLLOWAY

el

AFORTUNADO DOCTOR DEL CÁNCER

ARKANSAS.

*Léanse los testimonios en las páginas siguientes.*

A TODOS LOS QUE SUFREN DE CÁNCER  
SE OFRECE AQUÍ UNA CURACIÓN COMPLETA.

(Aparece la fotografía de un pensador de cara respetable e imponente).

Ald. R. D. EVANS

DESCUBRIDOR DEL «REMEDIO DE EVANS PARA EL CÁNCER».

Y así por el estilo podríamos recordar centenares y hasta miles de pretendidos remedios curativos del cáncer. Cada uno de estos explotadores de los sufrimientos y miserias de los desgraciados enfermos es de suponer que encuentra compensación en sus audaces e insinuantes *réclames*, ya que se suceden con no escasa frecuencia. Cuando el negocio se organiza más o menos bien, averiguan por intermedio de agentes especiales el domicilio de las víctimas de esta tremenda enfermedad y de esa manera las asedian hasta conseguir que sean a la vez víctimas de su «imponderable y siempre eficaz remedio contra el cáncer».

Hay en algunos de estos pretendidos remedios analizados hasta aquí siquiera un agente químico más o menos eficaz en el sentido de producir cauterizaciones o destrucción más o menos profunda de los tejidos con que se les pone en contacto; veamos otros en que sólo la insensatez, la fe que cura, la radioactividad u otra superchería sin base sería ni experimental de ningún orden entra en acción para explotar la credulidad del enfermo y los buenos propósitos de los deudos que le rodean o desde lejos se interesan por él.

Las restricciones al ejercicio ilegal de la profesión en el Reino Unido han obligado a numerosos charlatanes del Transvaal, Natal, Holanda, Alemania., etc, lo mismo que a muchos homeópatas, a recurrir al Instituto del cáncer para que se les reconociera su competencia y poder ejercer como «doctores en cáncer», y hasta poder agregar en aquel país en que tanta significación se da a las mayúsculas que siguen a un nombre propio,

las letras D. C. S.—lo que equivale a decir, *doctor en la ciencia del cáncer!* Un charlatán alemán ha ido aún más lejos, ofrece las 3/5 partes del premio Nobel si obtiene, después de la autorización solicitada, aquella honrosa recompensa científica y financiera.

Muy justo y razonable sería que comenzáramos por incluir en esta categoría al famoso NITRO-OZONA, anunciado y recomendado a diario en la prensa de la capital como un remedio contra el cáncer, los prodigios curativos que realiza Santa Filomena contados hace apenas unos pocos meses con toda la seriedad del caso en la Revista *Zig-Zag* y otros.

«Un paseo por el campo antes que el rocío de las plantas se haya evaporado, seguido de la ingestión de todos los caracoles que se hayan encontrado en el paseo», asegura un corresponsal que procura la curación del cáncer.

«Doctor, escribe otra, los cánceres *absolutamente* sin esperanzas de curación e inoperables, sanan con un té de carbón. La señora del doctor X. que falleció de cáncer hace poco estaría seguramente viva y sana si hubiera tomado el té que le propongo.»

El presidente del VRIL-YA-CLUB hace saber por intermedio de una colaboradora «terapeutista», que VRIL es la expresión del alto poder de dominio alcanzado por el cultivo de las potencias latentes de que está dotado el hombre y que, gracias a la gran experiencia del presidente, su acción para «pases magnéticos, mesméricos» lo mismo que para la «energía nerviosa», es incalculable. Algunos de los principios de este notable charlatán valen la pena de ser conocidos.

«La Magia, la Superchería, la Nigromancia, la Brujería, el Mesmerismo, la Electro-Biología, el Magnetismo animal son todas creaciones erigidas sobre el principio fundamental de que el organismo humano es un cuerpo radio-activo poderoso que emite rayos que pueden ser percibidos por lo menos en la tercera parte de los individuos. Las propiedades curativas de esta radio-actividad han sido conocidas y demostradas desde hace largo tiempo de una manera que no deja lugar a la duda en el cerebro de cualquier investigador imparcial de que ese es el

método científico de curar las enfermedades. El doctor Ashberner escribía en 1851 en el prefacio de la traducción de las investigaciones de REICHENBACH, que él había conquistado y dominado al maligno *cáncer*. Ha extirpado inmensos tumores conocidos con el nombre de pólipos (tumores benignos en la inmensa mayoría de los casos y que nada tienen que ver con el cáncer propiamente) que yo puedo mostrar a ustedes. Sé que ha eliminado o hecho desaparecer inmensos tumores del ovario, lo mismo que hidropesías que habían desafiado toda la habilidad y competencia de los mejores médicos ... (enfermedades ambas que tampoco tienen ninguna relación con el cáncer). Cuando se reconozca que la energía nerviosa es una fuerza comparable a la electricidad entonces se comprenderá y explicará fácilmente su acción poderosa. Una sensibilidad exaltada, lo mismo que los actos de fe o confianza en la energía nerviosa del organismo, exaltan su potencialidad y aumentan la *densidad*... La elevación de la potencial en la energía nerviosa es la explicación científica de las curaciones maravillosas que se realizan por intermedio de la fe que cura en todos los países y en todas las edades. El VRIL-YA-CLUB explicará completa y satisfactoriamente todas las curaciones que hayan sido y sean hechas en el futuro.»

«La gran dificultad, agrega aquel célebre presidente del ya citado VRIL-YA-CLUB, consiste en encontrar «operadores» suficientemente poderosos de esta energía nerviosa... Nadie podrá sorprenderse, en seguida, de que, habiéndose reconocido él con aquella maravillosa cualidad curativa, la ofrezca al público que la haya menester.

De esta manera agrega Bashford en el *British Medical Journal* de Mayo 27 de 1911, de donde tomamos las bases para estas líneas, queda demostrado el modo cómo se pervierten, ¡merced a la credulidad y a la deliberada explotación que hacen los charlatanes de los sufrimientos de los enfermos, cómo se corrompen hasta las últimas y más recientes investigaciones realizadas en las ciencias físicas. Esta perversión es aún más completa cuando se trata de explotar hasta por intermedio de

pretendidas aguas radio-activas asegurando poder obtener la curación del cáncer. Excusado parece decir que el *Agua de Isham*, ponderada por el audaz estafador,— lo mismo que tantas otras que se encuentran en el comercio—es tan inocente de radio como de la exposición a la influencia de los rayos del sol.

Hemos dicho categóricamente desde el comienzo de estas líneas que sólo la extirpación *oportuna* del cáncer, entendiendo por tal, la que se efectúa cuando el tumor es todavía una enfermedad local,—es la única capaz de ofrecer hoy por hoy la curación completa del cáncer. Desde ese punto de vista, el canceroso puede compararse perfectamente al individuo que tiene una peritonitis o una infección de la médula de los huesos. Si no se opera a tiempo, esto es *oportunamente*, se muere el enfermo en el primer caso, o la infección ósea pasa a la categoría de la osteo-mielitis crónica, tanto da decir incurable, aunque no mortal. Pero, por desgracia para la profesión y en especial para no pocos enfermos, hay todavía un crecido número de colegas que solamente de una manera casi dudosa, podríamos decir—*a contre coeur*— se resignan a hablar de operación. «Han visto morirse tantos»... es su aparente justificación; pero se guardan muy bien de insinuar siquiera el momento, la hora undécima en que han propuesto la operación o en que el enfermo por su propia decisión, ha resuelto tentar el bisturí. Si es fuera de toda duda que la demostración de la curación del cáncer no es posible hacerla tan rápida ni en tan gran escala como para la peritonitis, en cambio, las estadísticas de los hombres de mayor competencia en la materia, están contestes para asegurarla. En Inglaterra, donde se han levantado los más formidables y tenaces enemigos de la vacuna, no es raro que haya médicos que abierta y resueltamente sostengan «que la cirugía no es el método racional de curar la enfermedad, sino que, por el contrario, es un medio de inducirla o de agravarla». Tal es el criterio sustentado por un médico inglés. (De paso recordaré, ya que he recurrido al símil con la peritonitis, la idea absolutamente inexacta y descabellada que se atribuye a un profesor de la Facultad de Medicina que está ahora en el extranjero y de quien se dice que habría escrito que «en Europa ya no se

*opera la apendicitis*». Desgraciadamente, nadie de los que propalan esta especie sabe qué es lo que se hace en presencia de una apendicitis o de una peritonitis (términos casi sinónimos. Estamos nosotros en condiciones de poder asegurar que tales ideas son simples suposiciones o deseos de que así sea, o bien, pretendidas justificaciones de operaciones tardías y por tanto ineficaces). Del cáncer podemos decir y asegurar otro tanto: hoy día *solo la cirugía lo cura*. Veremos sí que tiene poderosos agentes coadyuvantes, tales como los rayos X, y el radio; pero *después de haber intervenido quirúrgicamente*.

La inmensa mayoría de los médicos opositores a la cirugía del cancer, sostienen que se trata de una infección o contaminación de la sangre, es decir, no contemplan otro período que aquel que estábamos habituados a observar antes del empleo del poderoso e indispensable auxiliar que representa el microscopio para el diagnóstico oportuno, o sea, del cancer incipiente. Se comprende que partiendo de una base falsa no se puedan sacar conclusiones exactas.

Otros fanáticos, estudiando citas del Antiguo Testamento, creen ver en las hormigas y el ácido fórmico el remedio señalado por el Creador mismo para curar la tan temida enfermedad. Que sea este agente, el arsénico, la formalina o el bicromato de potasa, todos quieren o pretenden haber descubierto un poder selectivo de aquellos agentes para perseguir a las células carcinomatosas hasta en sus últimos reductos y obtener, por lo tanto, la curación. Los remedios secretos se suceden y hasta se emprenden cruzadas predicando la abstención de todo tratamiento quirúrgico. Más aun, en un país como Inglaterra, en que la inmensa mayoría de los hospitales son sostenidos por contribuciones voluntarias, ha habido establecimientos que han recibido donaciones de la Orden Teosófica del servicio de la Abolición de la Vivisección, la Vacuna y las Inoculaciones!

Con alguna frecuencia el cuerpo médico mismo ha creído haber llegado, por fin, al ansiado remedio para la curación del cáncer. Los rayos X, las corrientes de alta frecuencia, la tripsina, la papaya y otros fermentos, para no recordar sino algunos de los que han alcanzado cierta fama, han tenido su auge para

entrar en seguida en el seno del olvido. Desde 1904 se ensaya en Londres, como en muchos puntos de la tierra, el *radio* como agente curativo del cáncer. En aquella metrópoli se ha ensayado el bromuro de radio. Todo lo que ha sido posible establecer es que el radio es el último y tal vez el mejor de los cáusticos propuestos y usados; pero, como todos los cáusticos, su acción no es electiva. Su valor terapéutico es más efectivo en afecciones no cancerosas.

### III

Se ha dicho que la naturaleza humana está de tal manera constituida que se engañaría a sí misma si no hubiera quien lo hiciera. De ahí que el charlatanismo médico que explota la inagotable credulidad humana, haya sido desde los tiempos más antiguos una de las industrias más prósperas y más esparcidas en la faz de la tierra. Por lo demás, preciso es convenir en que nuestra ciencia no ha comenzado a tener los caracteres propiamente científicos y experimentales sino desde mediados del siglo XIX. No hay, en consecuencia, razón alguna para sorprenderse de que los enfermos, siempre deseosos de obtener la curación de sus dolores lo más rápidamente posible—lo que, por desgracia, no nos es dado realizar con presteza en la mayoría de los casos,—recurra a los charlatanes que, ellos sí, que aseguran no sólo la curación rápida de los dolores, sino lo que es mucho más halagador, de la enfermedad, misma. Estas dos circunstancias son las que han permitido decir a un gran observador que es incuestionable que la Humanidad ha realizado grandes progresos, pero que el hombre ha quedado el mismo, víctima fácil de su propia ignorancia, excesiva curiosidad o supremo deseo de creer que alguna fuerza superior, misteriosa o divina, venga en ayuda de sus humanos padecimientos. «No os sorprendáis, les decía W. Osler, en sus discursos de despedida a los universitarios de Filadelfia, si a la cabecera del mejor de vuestros clientes encontráis los remedios de un charlatán cualquiera: la naturaleza humana es así». (*Aequanimitas*, Londres, 1914, p. 6). Por otra parte, no está demás recordar que duran-

te muchos siglos la medicina no fué sino una admirable y deliciosa red de supercherías que dan muy alta idea de la imaginación más bien que de la observación de nuestros antepasados. Y puesto que en todas partes del mundo hay individuos desocupados y aprensivos que están constantemente pensando en sus funciones corporales, natural es que lleguen a ser víctimas fáciles de la explotación y sobre todo que contribuyan al coro de alabanzas entonado en pro del último medicamento de la cuarta página de los diarios con que se han sugestionado o hipnotizado para aliviarse de padecimientos mucho más imaginarios que reales.

En el siglo IX, Rhases, que fué algo así como director general de un hospital en Bagdad, escribía lo siguiente:

«Hay tantas pequeñas artes usadas por los charlatanes y pretendidos médicos, que necesitaría escribir un libro si me propusiera describirlos todos. Su impudicia es comparable sólo a la tortura con que martirizan a los enfermos hasta en sus últimas horas. Algunos de ellos pretenden curar la epilepsia practicando en la parte posterior del cráneo un orificio en forma de cruz y pretendiendo extraer algo por el orificio que ellos cubren todo el tiempo con sus manos. Otros hacen creer a las gentes que ellos extraen culebras de las narices de los enfermos; parece que engañan a los enfermos introduciendo en la parte alta de aquel conducto un estilete de fierro hasta provocar una hemorragia. Entonces extraen un gusano artificial hecho de hígado.

Otros portentos consisten en extraer «nubes» de los ojos, gusanos de los dientes, piedras de la vejiga o «flegma» de diversas regiones del cuerpo, substancias todas que ellos llevan ocultas en sus manos a casa del enfermo cuya credulidad quieren sorprender.

Otra maravilla consiste en acumular los malos humores en cualquiera parte del cuerpo, frotando fuertemente la región con algún vegetal irritante hasta producir una inflamación; aplican, entonces, un aceite para curar la irritación artificial que ellos han determinado.

Algunos aseguran a sus enfermos que han tragado vidrio y

que es de absoluta necesidad que lo expelan por la vía gástrica; practican la titilación del paladar por medio de una pluma, en la que han ocultado algunas partículas de vidrio, que en seguida se apresuran a hacer reconocer al enfermo.

Ningún hombre sensato debe confiar su vida a esos charlatanes ni tomar sus medicinas, que han resultado ser fatales en tantas ocasiones y a tantos enfermos.»

Esto se escribía hace once siglos.

No hace muchos años hubo en Valparaíso un charlatán de esa especie que pretendía reconocer y hacer expulsar de una manera perfectamente segura y prodigiosa la lombriz solitaria; su fama se extendió luego hasta la capital; pero los colegas del puerto, sorprendidos del crecido número de estos enfermos que ellos no habían reconocido como portadores de aquella lombriz, no tardaron en descubrir la artimaña del embaucador: era el mismo animal el que aparecía siempre en el fondo del tiesto en que se le buscaba. La historia del médico de Choapa, de Davidcito y del padre Tadeo es de todos conocida.

Pero no hay tal vez ejemplos más sorprendentes de la credulidad humana que los que nos han legado los peregrinos a los templos de Asklepios en las vecindades de Atenas. Las mujeres sobre todo, rendidas por el cansancio de la peregrinación, estimuladas por la grandiosidad de la ceremonia y de la música, no sólo veían al dios de la medicina sino que sentían que hasta tocaba la región enferma. De ahí arranca la superchería de los santuarios reputados del poder curar la esterilidad; del abuso que se ha hecho se origina el dicho de la señora que volviendo de uno de aquellos santuarios se dirigió a una dama que iba hacia él, insistiéndole en que no prosiguiera su camino «parce que le chanoine qui les faisait venait de mourir...»

Todas estas supercherías y muchas otras que sería fastidioso enumerar han hecho de la medicina la rama de los conocimientos humanos más a menudo asediada—casi podría decirse la única—por hechos sorprendentes, sobrenaturales, *milagrosos*, como dicen los fanáticos. Jamás se han preocupado los agentes de la divinidad ni ella misma en hacer aparecer un puente de ferrocarril, por ejemplo, donde se le necesita, ni siquiera en

hacer que el sol caliente más en los años en que sería de positiva ventaja para el rendimiento de las cosechas. Es cierto sí, que más de una vez sacan a San Isidro en procesión para que interceda ante el Supremo hacedor y haga llover cuando han transcurrido *largos* meses de sequía en la época en que normalmente debe llover en esta región de la tierra. Son súplicas: guardan estrecha relación con la observación de los climas, los fenómenos de la atmósfera y el fanatismo y credulidad de las gentes.

Tal es la base primera y más fundamental de la aceptación con que ha contado y por desgracia, guardan todavía un relativo prestigio ante el vulgo, sistemas curativos tan absurdos como los de la Ciencia cristiana, de tan poca base científica como la antigua homeopatía de Hahaneman.

Así es como muchas personas que no tienen ni la más ligera noción de la historia natural de enfermedades tales como la tuberculosis, el raquitismo o el cáncer, se imaginan que la curación puede almacenarse como por obra de encantamiento en una *pastilla vigorizante*, el ruborol, el nitro ozona o cualquiera de los medicamentos anunciados en la cuarta página de los diarios, o en los tableros de *réclame* esparcidos en toda la ciudad. Ignorando en absoluto la base biológica de un ser o de una enfermedad es materialmente imposible discernir acerca de las perturbaciones que sufra su organismo, ni mucho menos sobre los medios de reparar esos mismos trastornos.

Y sin embargo, la ambición y la ignorancia han llevado al hombre hasta a perseguir durante siglos de siglos la transmutación de los metales y con ella el descubrimiento de la piedra filosofal—la perenne obsesión de los sabios de la edad media; han perpetuado el deseo de conservar más allá de lo natural la juventud y la belleza, a correr en busca de la fuente de la Juventud, a aceptar los filtros de amor y el arte de mantenerse permanentemente atrayente.

El secreto de Cagliostro, el famoso conde de Saint Germain, del mesmerismo y demás charlatanerías del siglo XVIII consistió siempre en deslumbrar y fascinar a la mujer, a fin de que haciéndose el porta voz de las maravillas con que se trataba de adular su vanidad y amor propio, se convirtiera en su más po-

deroso baluarte y sostenedor ante los grandes de la tierra, lo mismo que ante las cortes o los prelados de la Iglesia. Muchos de los grandes impostores de la humanidad han contado en su gran clientela hasta más de un *noventa por ciento* de mujeres... Por cierto que las de Chile no hacen excepción.

Fascinadas, hipnotizadas por el esplendor del espectáculo y en no pocas ocasiones por el *actor*, su imaginación fácilmente sugestionable, ha aceptado el magnetismo animal y su acción sobre el hombre como un factor terapéutico poderoso; no ha trepido en evocar los espíritus de las personas que han desaparecido ya de esta tierra, sin pensar en lo ridículo que aparece que Cervantes escriba un detestable castellano y hasta con las faltas gramaticales inherentes al embaucador que sirve de medio, o que el espíritu de Tolstoi hable y escriba en castellano o sea, en un idioma al que jamás prestó aquel escritor la menor atención, sin decir nada de otras incoherencias por el estilo. De la evocación directa o a voluntad del espíritu de los seres queridos, o de grandes personajes a la aparición de la Santísima Virgen o de algunos de los santos del calendario cristiano no hay gran distancia. Y como sería incorrecto, o poco cortés el hecho de venir desde el cielo a visitar a los mortales, sin demostrarles de un modo claro y convincente la cercanía del Todopoderoso, cada uno de esos personajes se ha creído en la obligación moral de realizar algún prodigio, y nada les ha parecido más apropiado que curar (?) por arte de milagro alguna de las numerosas enfermedades que aquejan al hombre, como ya lo hemos dicho.

Desgraciadamente, hasta ahora ningún santo se ha dado la molestia de iluminar a ningún hombre de ciencia para que pueda llegar a curar radicalmente el cáncer sin recurrir a las operaciones quirúrgicas, que no han sido nunca indicadas por ellos. Tal es la razón porque los médicos continuamos apegados a la materialidad de la enfermedad, con prescindencia absoluta de todo lo que no tenga relación directa y tangible con la materia, o en otros términos, con los tejidos enfermos.

La mujer, víctima del cancer con más frecuencia que el hombre, por las funciones peculiares al sexo, ha tenido muy a me-

nudo la ocasión de comprobar en sí misma sus horrores, o de ser la confidente y testigo de las miserias inherentes a las últimas etapas de la enfermedad. Nosotros hemos visto más de una de estas desgraciadas con la imagen de un santo milagroso incrustada en las ulceraciones producidas por la enfermedad, favoreciendo por lo tanto con ella la *infección* que es la complicación que más poderosamente contribuye para que el cáncer se haga doloroso.

El carácter compasivo de la mujer, su misma ingénita bondad y el hecho de ser víctima frecuente de la enfermedad de que venimos ocupándonos, han hecho que los traficantes que se consagran a la más vil de las especulaciones— la especulación con la salud y la vida de los enfermos—la hayan elegido siempre y en todas las regiones del orbe como el medio más adecuado para hacer llegar hasta el enfermo el pretendido remedio que había de llevar la «Curación».

Como ilustración del arte con que se insinúa el charlatán, reproducimos los anuncios del conde de Rochester.

Este charlatán, uno de los grandes favoritos de Carlos II de Inglaterra, ejerció en Londres bajo el nombre de Alejandro Bindo. La mayoría inmensa de su clientela estaba formada por damas de la sociedad, a las que vendía cosméticos en particular.

«Yo soy el afamado Paracelso de otros tiempos, por nombre señor Doloso Euprentorio, hijo de aquel químico y maravilloso artífice muerto últimamente en Alsacia y cuya reputación se extendió por toda la Europa, el Asia, Africa y América. Después de mi exaltación en el Oriente a Titán he accedido en el Occidente por mis sentimientos de conmiseración hacia los mortales y los ruegos e intercesiones de Reyes, Emperadores, Príncipes y Lores, Caballeros y otros Personajes he consentido, digo, en llegar a hacer saber a todas las personas, jóvenes y viejas, ciegas y paralíticas el método seguro y rápido para curar sus Cefalalgias, Orantalgias, Paroxismos Paralíticos, Reumatismo, Gota, Fiebres, Fracturas, Dislocaciones y todos los otros molestos Desagrados del Cuerpo humano, tanto externos como internos, agudos o crónicos, curables o incurables. Mis

Medicamentos representan la Quinta esencia de la Energía Farmacéutica; las curaciones que he realizado ya exceden a todas las maravillas que haya conocido el Mundo.

«Yo poseo el Bálsamo de los Bálsamos, excelente hipnótico, cáptico, odorífero, carminativo, renovativo, estíptico y corroborativo, capaz de volver gordo a la vida a un cadáver, rosado y grasoso como un ganso. Representa la verdadera Farmacopea de Hermes Tris-megistos, el verdadero Pente-magogon del triple Reyno; actúa por siete vías diferentes y su preparación ha requerido siete años de trabajo, habiendo sido preparado exactamente *secundem artem* por Fermentaciones, Soluciones, Sublimaciones, Rectificaciones y Quidlibelicaciones in Balnes Marias. Gracias a ello ha llegado a ser el Palladium de la Naturaleza, el Almacén de la Salud; una dracma de él vale por un Bushel del polvo de Marte. Si alguno de Uds. llega por cualquiera circunstancia a tener su cabeza cortada o reventados los sesos, diez gotas de mi Bálsamo aplicadas *a tiempo* harán volver a los espíritus tendientes a volar a depositarse en el Archeus, y en *seis minutos* volverá la vida con su pristino vigor y todas sus funciones vitales, racionales y animales.»

De esta manera el «patrón de la sabiduría» curaba los Dolores en el Hueso Sacro, los Calambres de la Lengua, el Cáncer, etc., y al estilo de los *modernos* impostores, no despreciaba el hacer saber a su *clientela* que había sanado al Emperador de Marruecos, atormentado por la peste bubónica desde hacía siete años, dejándolo en cuarenta y dos minutos tan admirablemente bien que «podía bailar la Zarabanda, el Flip-Flap y el Somerset».

Se ve, pues, que la ignorancia y la credulidad, en íntimo consorcio con la expeculación audaz e insolente, constituyen hoy, exactamente como fueron ayer, la base invariable del éxito (!) de los pretendidos remedios para curar el cáncer u otras enfermedades graves.

DR. LUCAS SIERRA.

## TACNA Y ARICA DESPUÉS DEL TRATADO DE ANCÓN

(Continuación)

### Comercio

La importancia comercial de la provincia y especialmente de Arica, depende de factores y circunstancias naturales que la mano del hombre no tiene más que encausar.

La latitud de Arica le da ventajas sobre los demás puertos de la República: basta considerar que con la apertura del istmo de Panamá se ha aproximado al Atlántico a tal punto que está más cerca de Nueva York que Río Janeiro y Buenos Aires. La distancia a Europa ha disminuído también en muchos grados geográficos. Si cuando nos comunicábamos con el mundo oriental por el estrecho de Magallanes, nuestros puertos septentrionales podían estimarse reclusos a segundo término, ahora, que se ha abierto camino directo por el Canal, sucede lo contrario. Esta subversión debe ser tomada muy en cuenta para discurrir sobre el porvenir.

La *zona de atracción* del puerto de Arica comprende todo el Norte y aun comparte con Antofagasta el Centro de Bolivia; amén de la provincia de Tacna, y hasta los territorios que formaron un tiempo el departamento de Moquegua, y que, por

causas diversas, llevan sus frutos a la ciudad de Tacna y al litoral, de preferencia a Ilo.

El Ferrocarril de Arica a La Paz no da aún los resultados que son de esperar, en razón a que carece de elementos suficientes de tracción y a que faltan en el puerto medios adecuados para la carga y descarga de las mercaderías. En cualquier instante, de año en año, desde que el ferrocarril está en movimiento, han podido y pueden verse miles de bultos hacinados en el descampado que hay frente a la Aduana y hasta el Macón, en espera de wagones para ser conducidos a la altiplanicie. Y esta plétora, que no se ha podido hasta ahora deshacer, no es lo único que produce el descrédito de la vía Arica-La Paz, en beneficio de su rival, Mollendo-Puno-Titicaca-La Paz; hay que agregar a la deficiencia, la rapiña; en aquella arca abierta de riquezas botadas, en que, como dice el refrán, hasta los justos pecarían, hacen su agosto los pillos que pululan en la playa. No hay policía que vigile,—porque no hay personal, fuera del muy escaso que resguarda la población, ni una mala reja que cierre siquiera el recinto que sirve de almacén al aire libre. El edificio de la Aduana,—uno de los mejores del país, y que, entre paréntesis, no ha sido jamás refaccionado desde que lo ocupa el gobierno de Chile, debido a lo cual, para dejarlo en condiciones de buen servicio habría que gastar no menos de treinta a cuarenta mil pesos, cuando reparado en oportunidad pudo refaccionarse con tres o cuatro,—es ya estrecho para las exigencias presentes: fué construído antes de la guerra, cuando, si bien el camino del Tacora era casi el único para el tráfico a la Paz,—no existía la línea férrea de Mollendo a Puno,—no estaban ligadas la costa y la altiplanicie por un ferrocarril internacional, ni habían la Capital y otras ciudades bolivianas alcanzado el progreso y población que hoy tienen.

He querido entrar en estas disquisiciones para adelantarme a las dudas que puede despertar la eficacia de nuestra arteria ferroviaria, por su estado presente y el no haber podido aún dominar el tráfico por Mollendo.

Pero no es sólo la avanzada latitud de Arica el fundamento de su futura grandeza; lo es también,—y en ésto hay que con-

siderarlo unida a Tacna, como aquellos hermanos siameses, que nacieron unidos por la columna vertebral, de suerte que separarlos habría sido condenarlos a muerte,—lo es también, repito, la ubicación de la provincia en que está asentado, en los límites de tres países, Chile, Perú y Bolivia. Para individuos que miran y no observan, que observan, y no meditan, puede parecer diferente esta situación, mas no para quienes estudien y comparen el papel que representan o pueden representar territorios semejantes como centros de atracción y de expansión política y comercial respecto de los países convecinos. Júzguese de lo que serían capaces de hacer los yanquis, probablemente de lo que harán, el día que, libres de las preocupaciones de la guerra que hoy los ensimisma, se desparra-men por las costas del Pacífico y sienten pie en las regiones inmediatas, en aquellas más propicias para ser convertidas en teatro de sus portentosas especulaciones.

Los ferrocarriles estudiados en otra época, como aquel de Tacna o Arica a Corque, punto de confluencia de toda la red ferroviaria de Bolivia, y que, pasando por la margen norte de la quebrada de Camarones, permitiría, a la vez, comunicar a Iquique por el longitudinal con la República vecina, y marcar rumbos a las exploraciones mineras, facilitando la explotación de las borateras de Chilcaya y de otras grandes riquezas mineras, que yacen entrevistas o ignoradas por lo lejanas; el que uniera la línea que va de Arica a La Paz con Tarata, convirtiendo así la Capital de la sierra en lo que fué y que momentáneamente ha dejado de ser por la suspensión del tráfico primitivo a las fronteras de las naciones vecinas: centro de abastecimiento de numerosos pueblos asentados en las quebradas y valles de las cordilleras y bodega de los frutos que esas regiones producen, y que irían, como antes iban, a los mercados de Tacna y Arica y de este puerto a Tarapacá:—esos ferrocarriles y otro más, serían pronto, bajo la acción incontenible de la pujanza y del capital norteamericanos, una hermosa realidad. Sólo un ciego no verá las ventajas de este territorio, único por su ubicación en toda la América del Sur, para centralizar y distribuir desde él las múltiples producciones de las tres repúblicas limítrofes.

Se dirá acaso que si estas visiones del porvenir se cumplieran, Tacna y Arica serían un peligro para el soberano que las poseyera, ya que difícilmente esa soberanía podría mantener incólume, cuando hombres de la iniciativa, de la ambición y del poder de los estadounidenses, hubiesen plantado sus reales en su suelo. Más grave aun sería ese peligro,—en el evento de que existiera, siendo Chile, país tranquilo, progresista y patriota, el soberano,—si lo fuera el Perú, que no tiene las mismas características, o no las tiene en el mismo grado, valga escribirlo, sin ánimo de ofensa. Pero, si a despecho de estas reflexiones, existiera de todos modos ese riesgo, sería preferible que lo vigiláramos nosotros mismos y no un gobierno extranjero, máxime cuando este territorio es el resguardo de la provincia en que está nuestro tesoro más valioso en el presente.

Para coadyuvar al engrandecimiento de Tacna y Arica, fuera de las medidas insinuadas en otra parte de este estudio, podrían adoptarse dos: declarar franco el puerto para todas las mercaderías extranjeras destinadas a ser consumidas en la provincia, cualquiera que fuese la procedencia de las naves que las transportaran, siempre que estuviesen matriculadas como nacionales; y establecer, además, a estilo de lo que existe en Hamburgo, el derecho de almacenar las importaciones en tránsito.

El Estado perdería muy poco por las franquicias aduaneras otorgadas, y, en cambio, engrandecería el territorio con el abaratamiento de la vida; y con la creación del puerto libre, aseguraría el predominio de la vía a la metrópoli boliviana sobre toda otra.

## VI

### Fin de la chilenización

La obra de chilenización encomendada al intendente Lira, había, como antes he dicho, llegado a feliz término: una mayoría, en ningún caso inferior a 1,093 votos, se habría obtenido en Julio de 1910, si por esa fecha se hubiera realizado el plebiscito.

Ocurrió por entonces un hecho infausto: el Presidente Montt,

trabajado por una enfermedad gravísima al corazón, hubo de abandonar por fuerza sus tareas de gobernante. Ni siquiera fuérale dado influir, en la medida a que su alta representación le daba derecho, en el ánimo de su sustituto y sus colaboradores, para que la obra internacional a que había dedicado sus más patrióticos e insistentes afanes, fuera mantenida; pues las prescripciones facultativas le impusieron abstención absoluta de toda preocupación, por cuya causa hubo de abandonar el país.

El cambio de la política internacional fué inmediato. El Ministro de Relaciones Exteriores don Agustín Edwards, de cuya energica acción he hablado anteriormente, abandonó la Moneja junto con la entrega del mando de su jefe.

El gobierno interino, quebrantado por el fallecimiento del Presidente Montt y luego del Vicepresidente don Elías Fernández Albano, veía aproximarse la fecha del Centenario de la Independencia nacional, dudoso de si el duelo que enlutaba la República y las preocupaciones de la elección del nuevo Jefe del Estado, le permitiría brindar hospitalaria y suntuosa acogida,—tal como la grandeza del acontecimiento y el progreso de Chile lo requerían,—a los altos dignatarios de las naciones amigas, enviados de diversos lugares de la tierra, a festejar con nosotros la conmemoración de nuestro secular advenimiento a la libertad; y estos motivos le hacían olvidar que en esos mismos momentos, llenada ya la medida de nuestro poder electoral en Tacna y Arica, era indispensable mantenerlo en toda su amplitud para no perder ninguno de los elementos congregados.

Vanas fueron las representaciones de la autoridad administrativa local: sus notas, sus telegramas, quedaban sin respuesta. Los individuos que habían cumplido sus contratos y a quienes se les prometiera costearles sus pasajes de regreso al Sur, reclamaban ante el intendente de Tacna o el gobernador de Arica; y estos funcionarios, en presencia ya de amenazas tumultuarias que podían degenerar en represiones sangrientas o en desbordes populares graves, no tenían recursos ni medios de qué dis-

poner: ni trabajo que proporcionar a los hambrientos, ni dinero para mantenerlos, ni autorización para embarcarlos.

Lira salvó el conflicto comprometiendo su crédito por veinte mil pesos en el Banco de Chile.

En aquellos momentos el intendente pensó en renunciar. Esa renuncia habría sido ineficaz, si las causas que la determinarían quedaban ocultas; ocasionada a escándalo, si se hacían públicas en los precisos momentos en que nuestros huéspedes aplaudían en festines, sesiones y banquetes, nuestro patriotismo y espíritu de orden, la solidez de nuestras instituciones y la organización de nuestros partidos políticos, que nos permitían ofrecer a los Padres de la Patria, como homenaje a sus virtudes y sacrificios, el espectáculo de una elección unánime, inspirada en los más puros sentimientos de abnegación republicana.

El país, entregado por completo a su legítimo entusiasmo, ignoró que con la mitad de lo que invirtió en las fiestas centenarias, se habría podido mantener la chilenezación hasta la convocatoria a plebiscito.

Justo es, sin embargo, decirlo en descargo de muchas aparentes responsabilidades: las comunicaciones de Lira, sus clamores, sus apuros y angustias, sólo fueron conocidos de unos cuantos; ni siquiera todos los miembros del gobierno del interinato supieron el desmoronamiento subterráneo que se estaba produciendo bajo el oropel de tantas aparatosas manifestaciones.

Pasaron las fiestas centenarias.

Tomó el mando don Ramón Barros Luco a la expiración de 1910.

Tenía el nuevo Presidente el mejor concepto de las aptitudes y moralidad del Intendente de Tacna. Pasados los meses de vacaciones,—siesta oficial de nuestros gobernantes,—fué llamado Lira. El Canciller del interinato había sido sustituido. Nunca fué Lira bastante explícito conmigo respecto al recibimiento que se le hizo, ni a los propósitos de la nueva administración.

Hacía un mes aproximadamente que Lira se hallaba en la Capital, cuando recibí anuncio de que el Gobierno deseaba oír-

me. No vacilé en imponerme el sacrificio de abandonar mi hogar y mi escritorio profesional, anheloso de concurrir a la salvación de los restos de la chilenización, bien respetables todavía. A pesar de la dispersión considerable de los empleados y jornaleros del ferrocarril de Arica a La Paz y de muchos obreros de las fábricas de calzado y cigarrillos, el guarismo electoral entre chilenos y peruanos podía, a mediados de 1911, estimarse balanceado. Teníamos, sin embargo, dos ventajas grandes: la soberanía, que da prestigio, libertad de acción, influencias; y la facilidad de retornar a la provincia a los chilenos que alcanzaron a tener más de seis meses de residencia, en número suficiente para asegurar el triunfo. Bien se comprende la inmensa responsabilidad que asumía yo al fijar el cómputo electoral ante el Gobierno; debía en mis cálculos peear por defecto antes que por exceso. Pues bien: en la *Memoria* a que tantas veces me he referido, fijaba 112 votos en favor de Chile, caso de procederse a un plebiscito inmediato. Este guarismo, muy parsimoniosamente deducido de la estadística llevada *ad hoc*, lo disminuí aún más, descontando sobre el total del contingente chileno un diez por ciento, y así, habría excedido el elemento plebiscitario adverso a nosotros en sólo 217 votantes. Llenar este vacío y superarlo en un centenar más para ponerse a cubierto de cualquiera eventualidad, habría sido entonces fácil y de exiguo costo.

Para facilitar al Gobierno el conocimiento de las cuestiones más intsesantes, a mi juicio, del problema e imponerlo con datos y números de lo hecho y del estado de la provincia, escribí apresuradamente,—trabajando día y noche para no demorarme en acudir al llamado de la Moneda,—el folleto ya citado, MEMORIA SOBRE TACNA Y ARICA. Imprimí unos pocos ejemplares, de los cuales entregué, así que llegué a Santiago, cincuenta ejemplares al empleado que tenía a su cargo la biblioteca del Departamento de Relaciones Exteriores. Un ejemplar había puesto ya en manos del señor Ministro de este ramo, la única vez que tuve la honra de conferenciar con él.

Mi viaje es para mí todavía un mito.

Al día siguiente de mi llegada fui con Lira a la Moneda. Nos recibió el Canciller muy atentamente. Tenía sobre su mesa escritorio un mapa de la provincia de Tacna, y extendiéndolo en toda su grande amplitud,—era el mapa de la Dirección de Obras Públicas, según creo,—me preguntó:

—¿Podría decirme, cuál es el fundamento de nuestro derecho sobre Tarata, que fué provincia durante el régimen peruano, cuando en el Tratado de Ancón se mencionan como entregadas a Chile sólo las de Tacna y Arica? Hágame a usted esta interrogación para que en cuanto le sea posible, confronte sus explicaciones en el mapa.

—El asunto,—le contesté,—es sencillo; y ha sido ya dilucidado y resuelto por nuestra Cancillería. Antes de que nuestro Gobierno fijara los límites de la provincia de Tacna, reclamó el del Perú porque nuestras autoridades ejercían jurisdicción en Tarata, cuando esta provincia no figuraba de modo alguno en el Tratado de Paz, ni había formado tampoco parte de Tacna. Después de un debate entre las Cancillerías, nuestro Gobierno expidió el decreto de 20 de Enero de 1885 que, en su parte pertinente, al fijar el límite Norte de Tarata, dice: «Limitará al Norte por el río y quebrada de Chaspaya, (o Salado) que es el mismo río de Sama remontando su curso». Ahora bien, el sentido del decreto es éste: el artículo tercero del Tratado de Ancón expresa que quedará en poder de Chile el «territorio de las provincias de Tacna y Arica, que limita por el Norte con el río Sama, desde su nacimiento en las cordilleras limítrofes con Bolivia hasta su desembocadura en el mar». Si se sigue esta demarcación geográfica la provincia de Tarata queda comprendida dentro de ella; pues, en el supuesto de existir disconformidad entre el límite real marcado por el río Sama, que es la línea que señala la Convención, y la división política del territorio, debe prevalecer aquel sobre ésta, como prevalece el hecho sobre el nombre. Más claro todavía: el río Sama tiene este nombre desde el mar hasta un sitio denominado Tala, en el cual confluyen los dos ríos que lo forman: el Tala que remonta su curso con inclinación hacia el Sureste, y el Chaspaya que

asciende hacia el Noreste. Nuestro Gobierno fijó el Chaspaya como río madre del Sama por ser más caudaloso que el Tala y tener su hoya hidrográfica en las serranías de Llauroco en la frontera de Bolivia, mientras que el Tala queda muy al oriente de la línea señalada en el Tratado. De aquí proviene que en los deslindes que anota el decreto de 20 de Enero de 1885 figuran como chilenos los caseríos de Ticaco,—que se ha hecho famoso por las concentraciones de fuerzas que en diferentes ocasiones, con razón o sin ella, se ha creído que allí ha hecho el Perú,—Sitajara, Llauroco, Chayaguaya, etc. Estè mismo límite figura en la ley de 31 de Octubre de 1884 que creó la provincia de Tacna.

Agregué, todavía, otros datos corroborativos, como ser: que en el predicho artículo 3.º del Tratado, se dice, después de anotarse los límites del territorio a que ese artículo se refiere, que «continuará poseído por Chile y sujeto a la legislación y autoridades chilenas»; y como Tarata se hallaba sometida a la sazón al régimen militar chileno, pues estaba allí de guarnición el regimiento Ángeles, era evidente que el artículo comentado comprendía también esa provincia.

El señor Ministro escuchó atentamente mis argumentaciones y se manifestó convencido de su exactitud. Acaso pudiera haber omitido esta relación, sobre todo porque, en otra parte, he hablado, de paso, sobre el verdadero límite Norte de Tacna; pero he creído útil consignar fiel e íntegramente esa entrevista ya que fué la única que tuve con el señor Ministro.

Pasaron los días. Yo llevaba con calma la tardanza, convencido de que mi *Memoria* era en aquellos momentos objeto de meditación, y que sería al fin llamado para esclarecer los puntos oscuros o completar las informaciones que se juzgaran necesarias.

Al cabo de un mes de permanencia en Santiago me dió Lira a entender que el plebiscito unilateral no era aceptado por el Gobierno. La chilenuzación, basada sobre su convocatoria, con o sin la concurrencia del Perú, caía al suelo como un castillo de naipes. Los dispendios del Gobierno, los que habíamos realizado unos cuantos ilusos, en cuyo número debía contarme en

primer término yo, habían caído a pura pérdida en el tonel de las Danaídas.

Acepté entonces, antes de abandonar la Capital, comprendiendo que mi viaje había sido, más que inútil, desairado para mí, pues se me había descartado anodinamente, sin la menor prueba siquiera de agradecimiento,—acepté, dictar una conferencia pública sobre los títulos de Chile al dominio definitivo de Tacna y Arica. Esa conferencia, celebrada el 14 de Mayo de 1911,—a la cual concurrieron numerosas y distinguidas personalidades, mereció aplauso unánime; fué ella el único lenitivo al desengaño experimentado (1).

De regreso a Tacna, algún tiempo después, recibí una tarjeta del señor Ministro de Relaciones Exteriores, en la que me citaba a una entrevista que debía verificarse dos días después de su fecha,—es de advertir que el timbre de su recepción en el correo era posterior a esos dos días,—citación a la que contesté, explicando mi ausencia y el tiempo que aguardé las órdenes de Su Señoría.

### Lo que queda de la chilenización

El buen sentido del Presidente señor Barros Luco impidió que el desmoronamiento material de la chilenización sobrecogiera los espíritus de los chilenos residentes en Tacna y Arica y de los adherentes a su política, determinándoles a desprenderse poco a poco de sus intereses para no caer envueltos en la ruina general el día nefasto del abandono. Como consecuencia del cambio de rumbos, empezó a circular el rumor de que la Corte de Apelaciones sería trasladada a Iquique y de que la guarnición militar se reduciría a sólo dos regimientos. Escribió Lira al Presidente, y éste le contestó que, lejos de entrar en las miras del Gobierno la idea de implantar una política contraria al propósito de integración definitiva de la provincia de Tacna

---

(1) La *Conferencia* aludida figura entre los anexos, a fin de facilitar al lector el conocimiento del Tratado de Ancón, único modo de juzgar con acierto de la legalidad de las diversas soluciones propuestas para el desenlace del litigio.

a la República, se preocupaba de buscar un medio, tan eficaz, aunque, acaso, menos contundente que el de la chilenización, para conseguir el mismo fin. Esta carta, confidencialmente comunicada a las autoridades y dirigentes chilenos y a los más conspicuos de nuestros amigos extranjeros, dió buenos resultados: la confianza en el mantenimiento de nuestra causa renació y la vida de cohesión y trabajo de todos los elementos afines, congregados en torno a la autoridad chilena, continuó casi sin interrupción.

La vuelta al Sur de cuantos obreros, operarios y jornaleros llegaron en 1909 y que no se arraigaran con recursos propios en la provincia, no quitó a la colectividad chilena el carácter predominante que había adquirido y que hasta ahora,—después del cambio de sede de la Corte de Apelaciones,—mantiene.

Antes de presentar datos estadísticos, puedo aseverar que la agrupación, chilena, proletaria, sin influencias, sin recursos en los comienzos de la administración de Máximo Lira; simple colonia en su propio país; agredida en ocasiones por individuos intransigentes y audaces, aun en las personas de los más respetables de sus miembros; todavía,—conviene decirlo con franqueza,—aislada de los extranjeros y odiada de los peruanos,—había pasado a ocupar el primer lugar en las sociedades de Tacna y Arica. Y este cambio no se había producido como imposición de fuerza, sino por la adopción de procedimientos justos y *por el desarrollo de intereses nacionales*. Peruanos y chilenos llegaron a entenderse, aproximándose, asociándose muchas veces en sus empresas,—como sucede, por ejemplo, en varias importantes comunidades mineras,—concurriendo a los mismos centros sociales, cuya dirección comparten, como el Club Social y el Hípico; dejando de mano esa politiquería que infunde pasiones malsanas, sin que por ello ninguno de los bandos renunciara a sus patrióticos ideales, aunque en muchas ocasiones haya existido entre ellos acuerdo tácito para condenar arreglos internacionales, insinuados desde Lima o desde Santiago, contrarios a las conveniencias y aspiraciones de los habitantes de la región.

Y esta situación perdura.

Tacna y Arica,—acaso lo he dicho ya en otra parte de estas páginas,—tienen una fisonomía más chilena, más genuinamente chilena, que Iquique.

Me he referido,—al trazar este cuadro de lo que ha dejado la chilenización aun después de abandonada,—a los intereses que poseen los chilenos en la provincia. Esos intereses son más cuantiosos en Arica que en Tacna; ello se debe, principalmente, no tanto al puerto y al ferrocarril a Bolivia, sino a la mayor confianza que se ha tenido,—sobre todo desde la construcción de esa vía férrea,—de que nuestro dominio en Arica se mantendrá cualesquiera que sean las emergencias de la política internacional, en tanto que de cuando en cuando se ha cernido como una amenaza la devolución de Tacna a su antiguo soberano. Tan cierto es esto que en la primera época de la administración Lira, las compras de propiedades y la implantación de negocios por nuestros compatriotas, fueron más en Tacna; y después, desde que se habló de *partija*, en Arica. Conviene tener presente, antes de asentar datos estadísticos, que con posterioridad al derrumbe de la chilenización, ningún nacional se ha arraigado en Tacna, ninguno ha llevado sus capitales para invertirlos en aquel suelo movedizo, semejante, para los chilenos, a esos pantanos cubiertos de vegetación superficial y que abren su seno para tragarse al temerario o al ignorante que avanza su planta en ellos como sobre base firme.

Los industriales y los agricultores chilenos de Tacna y Arica se acercaron en la *época de Lira*, así habrá de llamarse en la historia aquel trienio administrativo.

El gobernador Arteaga ha formado cuadros estadísticos muy interesantes de su departamento. Ellos permiten ver el origen y desarrollo del esfuerzo de los chilenos que han concurrido a la nacionalización del territorio.

A fines de 1903, cuando fué nombrado intendente de Tacna Máximo Lira, los chilenos todos eran proletarios, empleados públicos casi en su totalidad. Acaso habría alguno, establecido desde el principio de la ocupación bélica, que hubiese formado hogar propio; pero «una golondrina no hace verano».

Cinco años más tarde, en 1908, el rol de propiedades urbanas y rurales arrojaba el siguiente resultado:

Nacionalidad de los Propietarios	URBANAS		RURALES		TOTAL GENERAL	
	Núm.	Valor	Núm.	Valor	Núm.	Valor
Chilenos .....	147	\$ 902,887	25	\$ 256,600	172	\$ 1.159,487
Peruanos .....	597	3.501,301	815	3.099,824	1,412	6.601,125
Bolivianos....	16	99,592	55	272,090	71	731,682
Extranjeros...	156	1.975,503	12	187,800	168	2.163,303
TOTALES...	916	\$ 6.479,283	907	\$ 3.816,314	1,823	\$ 10.295,597

Las chilenas pertenecen a:

Particulares...	143	\$ 839,087	24	\$ 245,600	167	\$ 1.084,687
Fiscales .....	3	50,600	1	11,000	4	61,600
Municipales..	1	13,209	...	.....	1	13,200
TOTALES...	147	\$ 902.887	25	\$ 256,600	172	\$ 1.159,487

El impulso dado a la chilenización había producido, como se ve, éxito lisonjero. Su incremento era ya cuestión de tiempo. Así lo revela este otro cuadro:

PROPIEDADES DEL DEPARTAMENTO DE ARICA CONFORME  
AL ROL PRACTICADO EN 1917.

Nacionalidad de los propietarios	URBANAS		RURALES		TOTAL GENERAL	
	Núm.	Valor	Núm.	Valor	Núm.	Valor
Chilenos .....	365	\$ 16.735,500	55	\$ 971,500	420	\$ 17.707,000
Peruanos.....	496	6.285,500	1,367	5.728,175	1,863	12.013,675
Bolivianos....	43	705,000	153	686,850	196	1.391,850
Extranjeros...	236	4.641,800	26	791,800	262	5.433,600
TOTALES...	1,140	\$ 28.367,800	1,601	\$ 8.178,325	2,741	\$ 36.546,125

Las Chilenas pertenecen a:

Particulares..	323	\$ 3.658,500	49	\$ 854,000	372	\$ 4.512,500
Fisco.....	20	11.911,000	4	49,500	24	11.960,500
Municipal.....	19	543,000	...	.....	19	543,000
Beneficencia.	2	223,000	2	68,000	4	291,000
Iglesia.....	1	400,000	...	.....	1	400,000
TOTALES...	365	\$ 16.735,500	55	\$ 971,500	420	\$ 17.707,000

El aumento de las propiedades fiscales débese exclusivamente a las construcciones destinadas al ferrocarril de Arica a La Paz.

No menos interesante es el cuadro que corresponde a los industriales chilenos. Los conozco personalmente a todos ellos; y afirmo que se establecieron en la provincia en el período de la chilениzación; y don Julio Fuenzalida, que estaba entonces en

Tacna a punto de liquidar sus pequeños intereses, se radicó en Arica y ha logrado formar cuantiosa fortuna, invertida toda en negociaciones agrícolas e industriales. He aquí el cuadro:

## EMPRESAS CHILENAS INDUSTRIALES

Luz Eléctrica de Arica, Julio Fuenzalida.

Empresa Chilena de Fundición de Estaño, Sociedad Anónima.

Fábrica de Hielo, Arica, Julio Fuenzalida.

» » Alfarería, Francisco Lopehandía.

Pasto Picado y Aprensado, Julio Fuenzalida.

» » » Juan J. Riveros.

» » » Lluta, César Acuña.

» » » Nicolás Fuenzalida.

Como punto de comparación inserto las anotaciones que siguen:

## EMPRESAS EXTRANJERAS INDUSTRIALES

Fábrica de Fideos, Carlos Carlevarino.

Fábrica de Chocolate, » »

Refinería de Azúcar, Societé Française de Sucrieries Au Chili.

Destilación de Alcoholes, » » » »

Bebidas Gaseosas, D. Abruzzese y Cía.

» » Girardi y Pratti.

Fábrica de Licores, D. Abruzzese y Cía.

» » Víctor Viaccava.

» » Francisco Loredo.

Refinería de Azufre, Estéban Dondero.

Fundición de Cobre (próxima a instalarse), Cía. Minera de Corocoro.

De estas empresas no hay otras propiamente peruanas que las Fábricas de Fideos y de Chocolate.

Las declaraciones de los niños nacidos en los últimos quince

años, es decir durante el proceso de la chilenización, respecto a su nacionalidad, o las de sus padres, cuando por la escasa edad no han podido hacerlo aquéllos personalmente, manifiestan que las nuevas generaciones son y continuarán siendo eminentemente chilenas.

He aquí la prueba:

CENSO DE LA POBLACIÓN ESCOLAR DEL PUERTO DE ARICA  
EN MARZO 12 DE 1916

De 1 a 5 años

NACIONALIDAD	Núm.	SEXO		RESIDENTES		TRANSEUNTES	
		H.	M.	H.	M.	H.	M.
Chilenos.....	605	301	304	299	301	2	3
Peruanos.....	92	45	47	43	47	2	—
Bolivianos.....	9	6	3	6	2	—	1
Extranjeros.....	16	7	9	6	9	1	—
TOTAL.....	722	359	363	354	359	5	4

En la misma fecha se levantó el censo correspondiente a los niños mayores de 5 y hasta de 15 años.

Estos niños declararon con la más absoluta libertad, lo cual se confirma con el número de peruanos que aparecen anotados en el respectivo comprobante.

## CENSO DE LA POBLACIÓN ESCOLAR DEL PUERTO DE ARICA EN 1916

De 5 a 15 años

NACIONALIDAD	Núm.	SEXOS		RESIDENTES		TRANSEUNTES		ASISTEN A LA ESCUELA				ESTADO DE INSTRUCCIÓN			
		H.	M.	H.	M.	H.	M.	Sí		Nó		Alfabetos		Analfabetos	
								H.	M.	H.	M.	H.	M.	H.	M.
Chilenos .....	935	487	448	478	442	9	6	311	220	176	228	296	281	191	167
Peruanos .....	212	118	94	116	91	2	3	60	59	58	35	53	45	65	49
Bolivianos.....	23	9	14	7	7	2	7	4	5	5	9	3	5	6	9
Extranjeros.....	29	11	18	8	15	3	3	9	16	2	2	7	15	4	3
TOTAL.....	1,199	625	574	609	555	16	19	384	300	241	274	359	346	266	228

Estas apuntaciones revelan que la nacionalización de Arica es un hecho consumado.

Tacna ha quedado rezagada; lo cual no quiere decir que se encuentre como en 1903, en que los chilenos no tenían un rezo de suelo o una casa propia en qué poner la planta, nó.

En el año indicado, que marca el punto inicial de la chilениzación, puede estimarse en unos doscientos mil pesos el valor de las propiedades urbanas y rurales pertenecientes a nacionales; en 1908, llegaba a quinientos ochenta y un mil cincuenta pesos; en 1907, a ochocientos cincuenta y nueve mil setecientos.

Para terminar con esta reseña sobre chilениzación y pueda el lector formarse concepto del estado actual de la provincia, conviene recordar un fenómeno que lógicamente debía producirse y que se ha producido: a medida que elementos nacionales iban estableciéndose en el territorio,—desarrollando su actividad, adquiriendo bienes, luchando, en competencia con los regnícolas, por la supremacía en los distintos órdenes de trabajo,—los gremios peruanos, *no renovados*, iban también perdiendo su situación predominante y desalojando el campo. Los profesionales de esa nacionalidad, los comerciantes y hasta los jornaleros, en número considerable, se han retirado de la provincia. En una palabra, la *chilениzación* ha determinado la *desperuanización*. Si por causa, pues, de la inercia que sucedió al período de hecho por la conquista moral de la provincia, ha descendido el nivel de nuestras influencias, ha descendido también pasablemente la situación de nuestros antagonistas. Y este decaimiento común ha servido para mantener el prestigio alcanzado, la superioridad representativa que tiene la colectividad chilena en las sociedades de Tacna y Arica.

El sólo gremio peruano que conserva su estado anterior, es el de los agricultores; pero como éstos son casi en su totalidad aborígenes ignorantes, que subsisten anónimamente en sus reducidas heredades, que carecen de representación y autoridad colectiva; cada hombre es un peón y no más.

Aquella sociedad, que tenía tradiciones y abolengos, ha

levantado poco a poco y para siempre el vuelo. La situación internacional es adversa a todo arraigo libre: los que se van no vuelven. Me refiero en esta parte a la desperuanización natural, no a la que se ha producido por razones políticas.

Queda, pues, en pie sólo una entidad que da vida y fisonomía a los pueblos: la del soberano. Y mientras esta autoridad mantenga tan sólo el esqueleto de la administración y las fuerzas militares que guarnecen el territorio, y a cuya sombra se han generado y subsistido intereses chilenos, Tacna y Arica no perderán el sello que les ha impuesto la acción del tiempo y de la política de afianzamiento de nuestra dominación.

ANSELMO BLANLOT HOLLEY.

*(Continuará)*

## SOUVENIRS DU CHILI

### I

#### DU PAYS

Comme vous êtes loin, ô terre langoureuse,  
Chili formé de monts et frangé par les flots,  
Où le ciel bleu sourit tout comme une amoureuse,  
Où les champs sont bordés de rideaux «d'alamos»!

Comme vous êtes loin, jeunes filles heureuses,  
Vivant au jour le jour parmi vos «pololos»,  
Remplissant de vos ris vos familles nombreuses  
Parlant de vos amis... et des «biografos»!

Je ne sais si jamais dans le cours des voyages  
Je pourrai de nouveau revoir vos beaux rivages  
Ni fouler votre sol, ni respirer votre air,

Mais éloigné de vous par le temps et l'espace  
Votre bon souvenir toujours aura sa place  
Dans un coeur plein de vous, ô Chili, comme hier.

## II

## DU «PASEO»

La place, au soir tombant, se remplit, s'illumine,  
Les bancs sont pris d'assaut par toutes les mamans,  
Tandis que babillant, toute rose leur mine,  
Les jeunes filles font des tours incessamment.

Les galants ont bientôt rejoint—on le devine,—  
Celles dont les yeux doux ont un pouvoir d'aimant  
Et qui très cajôleurs, savent dire en sourdine  
Un tas de gros secrets ou faire des serments.

Pendant que quatre rangs se côtoient et se croisent  
Et passent sous le feu de regards qui les toisent,  
L'orchestre a terminé son morceau de la fin,

Et huit heures sonnant au clocher de l'église  
Font s'envoler soudain Rebecca, Sarah, Lise,  
Tous ces jolis oiseaux au plumage si fin.

C. VAN SCHEUDEL,  
Secretario de la Legación de Bélgica  
en el Ecuador, ex secretario de  
la misma Legación en Chile.

Quito le 27 Septembre 1917.

# DIARIO

DE DON

JOSÉ VICTORINO LASTARRIA

DESDE JUNIO DE 1849 HASTA MARZO DE 1852

(Continuación)

Yo me había hecho cargo de la defensa de Ugarte en la causa de capítulos que promovió Montau. El sábado 21, se vió en la Corte Suprema la apelación que habíamos entablado del decreto de suspensión, librado por la de Apelaciones. Hubo una barra numerosísima. Yo pronuncié un alegato que fué muy aplaudido, y cuyos puntos principales se encuentran en el cuaderno que publicamos después sobre la sentencia de la Corte Suprema, con el título de ..... (1), y cuyo trabajo es mío.

El mes de Septiembre concluyó sin que hubiese habido otra cosa notable. Ambos partidos permanecían en sus puestos.

*Octubre.*—Los primeros 20 días de este mes corrieron sin que hubiésemos avanzado nada. Todas las noches nos reuníamos en casa de Manuel Eyzaguirre, pero sólo para charlar. Urizar Garfias, que había sido sindicado como caudillo de la revolución que se anunció en Septiembre, comenzó a entenderse con los

---

(1) En blanco en el original.

Ministeriales. El día menos pensado apareció comisionado por el Gobierno para visitar la Aduana de Valdivia. El trató de satisfacer a sus amigos políticos de las sospechas que todos abrigan contra él, diciendo que admitía la comisión por no perder su destino; pero que si lo necesitaban, estaba pronto a abandonarlo todo por servirnos. Todos recibieron con frialdad su descargo. Este hombre, que había sido la esperanza del partido por su serenidad, por su constancia y más que todo por su oposición tenaz al Ministerio, no obraba por principios. La pasión era su guía y su estímulo. Cuando vió que no podía satisfacerla, adoptó el camino más prudente para salir de la situación difícil en que se había colocado y asegurar su subsistencia, aunque con deshonor.

20.—En la noche de este día se reunieron en la casa del clérigo Eyzaguirre como ochenta opositores, con presencia de D. R. Errázuriz, para acordar la asistencia de todas las personas notables a la Sociedad de la Igualdad. Este pensamiento era salvador en las circunstancias. La Sociedad de la Igualdad era nuestra única fuerza, nuestro único apoyo popular. La última sesión que ella había celebrado había hecho eco. Más de 600 socios se habían reunido y después de la sesión, celebrada en la casa de Ovalle, en la Alameda, se habían ido en corporación conduciendo a las salas de los grupos un árbol de la libertad, que llevaba Bilbao. El círculo del Ministerio, que en número de 15 a 20 individuos se reunía todas las tardes en la Alameda, se había alarmado. Sabíamos que estas reuniones Ministeriales podían mucho en el ánimo de Bulnes y nos propusimos ostentar las nuestras, ya que podíamos presentarnos centenares de opositores juntos.

En la sesión del 20, se acordó asistir a la Sociedad. También se trató de una transacción propuesta por Bulnes. La mayoría se pronunció contra ella.

25.—En este día expidió el Intendente un bando prohibiendo que la Sociedad saliera en cuerpo por las calles, y ordenando que en sus sesiones se admitiera a cuantos quisieran entrar. Nuestra determinación había picado al Ministerio. Ellos, que habían puesto a la moda los paseos y que habían dado tanta influencia

política a sus reuniones callejeras de 20 individuos, no querían que la oposición los imitase. Nuestra prensa atacó con fuerza y con sobrada razón el tal bando.

30.—Este día celebró la Sociedad de la Igualdad su sesión general. La descripción de las ocurrencias de este día está en *El Comercio* núm. 914, así como las de los días posteriores al banquete del domingo 3 de Noviembre, están en los núms. 915, 916 y 917 del mismo diario.

*Noviembre 5.*—Los sucesos de los cuatro primeros días de este mes están descritos en los números citados de *El Comercio*. El 5 apareció un impreso ministerial con el título de *Manifiesto de don Ramón Errázuriz*. Bruno Larraín lo llevó a mi casa. Allí acordamos trasladarnos a la de don Ramón con Federico, a quien mandamos llamar. Yo calculé que el mejor modo de evitar los efectos que el Ministerio se proponía producir con esta publicación era entablar contra ella una acusación ante el jurado, porque una simple contestación de don Ramón, desmintiéndola, no hacía tanto eco como una querrela ante la justicia.

Se adoptó este arbitrio y don Ramón firmó el escrito que yo redacté y publiqué a las 6 de la tarde. El Ministerio, firme en su propósito de hacer aparecer a don Ramón como separado de la oposición, publicó una hoja con el título dicho y sin fecha, la cual se suprimió, sin duda porque el tal *Manifiesto* es, según se asegura, una especie de proclama publicada en 1844 contra la oposición de entonces y en favor del Ministerio. Esta superchería de los retrógrados había hecho efecto en las masas populares, pero la acusación entablada fué suficiente para revelar la falsedad del intento y para hacer caer el desprecio sobre el partido que recurría a una suplantación tan infame, tan indigna y tan mal calculada.

6.—A las 5 de la mañana de este día llegó la noticia de haberse levantado contra el Gobierno la ciudad de San Felipe. El intendente sustituto, Blas Mardones, mandó quitar una bandera que se había fijado el 5 en la tarde a la puerta de la casa en que se reunía la Sociedad de la Igualdad de aquella ciudad. Don Ramón Lara se presentó a reclamar y fué aprisionado. Don

Benigno Caldera, que se presentó con el mismo objeto, fué también aprisionado. El pueblo se amotinó y en la noche dió libertad a los presos, hirió al intendente y lo aprisionó. El Gobierno recibió la noticia y puso en movimiento sus fuerzas, mandando para Aconcagua algunos oficiales y soldados. He aquí los conflictos de la oposición: sin un verdadero jefe para circunstancias semejantes, sin preparativos y sin elementos de resistencia en Santiago, quedó sin hacer ni determinar nada. Dimos la dirección a don José Antonio Alemparte, y sin intimidarnos, continuamos reuniéndonos en la imprenta de *El Progreso*. El Gobierno recibía noticias cada hora. Nosotros no teníamos un solo correo. En la tarde se circuló la nueva de que el Gobierno había recibido una nota firmada por Ramón García, Benigno Caldera y Manuel Antonio Carmona, quienes le notificaban que se habían hecho cargo de la autoridad por evitar desórdenes y motines, pero que estaban prontos a entregarla al Gobierno, asegurándoles éste que no correrían peligro. Los ministeriales se presentaron muy gozosos en la Alamada. Nosotros también nos presentamos en considerable número. En la noche nos reunimos en casa de Larraín, pero nada se avanzaba ni se había tomado medida sustancial ninguna: todo era perplejidad y desconcierto. Mis indicaciones no eran atendidas y, sin embargo, el Ministerio se presentaba fuerte, dominante. Un día entero le había bastado para reponerse de la primera impresión y para continuar con serenidad su marcha. Alemparte no hacía más que hablar. La ligereza de su carácter, su falta de recursos y su cobardía, eran más que insuficiente para perdernos. Don Ramón Errázuriz permanecía en su casa, sin presentarse.

En este día comenzó también a circular el manifiesto que con el título de *Bases de la Reforma* publiqué yo y Federico Errázuriz con fecha 28 de Octubre último. Este debía haber sido el manifiesto de la oposición. Ya he dicho algo de las tentativas que hicimos para hacerlo aceptar por la junta directiva. El 23 de Octubre por la noche nos reunimos en casa de don Ramón, yo, Larraín, Federico y Cristóbal Valdés, con el fin de decidirlo a publicar el manifiesto por las circunstancias muy favorables. Desde luego caímos en el inconveniente de las fir-

mas que debía llevar... No era posible publicarlo firmado por la junta directiva, porque entre los que la componían no había acuerdo sobre las bases detalladas en este papel, puesto que unos están por la libertad de cultos y otros no, y así también están divergentes sobre otros puntos. Don R. Errázuriz se pronunció desde luego contra el tal manifiesto, porque en su concepto no debíamos decir con tanta franqueza cuáles eran los medios y principios que nos proponíamos adoptar. Su opinión era porque se hablase sólo de las reformas que exigía el partido, sin decir cómo, para evitar las divergencias de opiniones. Yo le observé que eso era repetir el programa de vaciedades que habíamos publicado en Agosto de 1849 y que el país exigía ahora más. Es un hecho, añadí, que existe un espíritu muy pronunciado en favor de la reforma y que todos piden que se haga la de la Constitución. Los ministeriales mismos reconocen las necesidades del país y confiesan que es necesario reformar; pero nadie dice cómo y según cuáles principios debe verificarse tal reforma. El partido progresista es el que debe formular estos principios y aprovecharse de las circunstancias para alzar de una vez su bandera. Supuesto que hay inconvenientes para hacer aparecer este manifiesto como obra de la junta directiva; yo la publicaré por mi cuenta y riesgo y serviré así de punto de apoyo a las ideas de toda la nación. Las sociedades populares y los amigos políticos adherirán a este manifiesto y así vendrá en fin a ser el programa del partido entero. Valdés, apoyando a don Ramón, me rogó que no lo hiciera; Larraín calló; y Federico me dijo, publíquelo Ud. que yo pongo junto a la suya mi firma. En efecto, al día siguiente lo dí a la prensa. Su aparición en las circunstancias presentes no ha dejado de llamar la atención. Un papel suelto que proclama la candidatura Montt no ataca el tal manifiesto y dice que él estaría muy bien si yo y Federico hubiéramos de ser ministros.

7.—En este día continuó el gobierno recibiendo noticias de Aconcagua y nosotros permanecimos ignorantes de todo, inactivos y desconcertados, como si estuviéramos derrotados. Yo no me presenté a los opositores sino un momento, porque me tenía fatigado su incapacidad. A las 10 salió la artillería para

Aconcagua, porque, según se decía, los de San Felipe se mantenían fuertes. A las 3 se publicó un bando dando a conocer como intendente de Santiago a un oficial Ramírez (1), de odiosa celebridad en el decenio de Prieto, instrumento de Montt en las prisiones de 1846, y muy digno de la confianza de Bulnes. El Consejo de Estado estaba reunido para declarar en estado de sitio no sé qué puntos de la república.

A las 5½ mi casa fué allanada. Luego que entré a este cuartel, escribí una solicitud al Presidente de la República, pidiéndole mi pasaporte para el Perú y ofreciéndole fianza de no volver en los días de mi vida a este país, al cual he servido desde niño y en donde se corresponden mis servicios con vejaciones. La entregué a mi escribiente para que la llevara a Varas y quedé en mi incomunicación. Al poco tiempo después han traído presos a Federico Errázuriz y a Lillo, redactor de *La Barrera*, a quienes han colocado juntos, y a Zapiola y Larrachea (2), de la Igualdad, los cuales están también en un mismo calabozo. El comandante Videla me asegura que la incomunicación rigurosa sólo está decretada para mí.

8.—He pasado una noche infernal en medio del bullicio de las armas, del alerta de los centinelas y del ruido de los tambores.

Mi espíritu no ha vacilado. Estoy tranquilo y espero con paciencia el resultado de estos atentados. Dirijo una nota al Presidente de la Cámara, pidiéndole que recabe resolución del gobierno sobre mi solicitud de partir al Perú y anunciándole que me tienen incomunicado y en prisión solitaria.

A las 2 de la tarde me comunicaron con Errázuriz y demás. Mi posición no es tan amarga.

12.—Hasta hoy el gobierno permanece en alarma. La conmoción de Aconcagua ha cesado y están presos Ramón García y tres Calderas. El gobierno espera por momentos una asonada en Santiago.

Bulnes tiene en su palacio artillería, infantería y caballería y

---

(1) Don Francisco Angel Ramírez.

(2) Don Eusebio Lillo, don José Zapiola y don Ambrosio Larrachea.

lo pasa sobre las armas. Pantoja paga un cuarto de onza por cada delación y los ministros se afligen a cada paso.

15.—*Valparaíso*.—El martes 12, a las 3 de la mañana, nos sacaron del cuartel, menos a Errázuriz, 29 artilleros, con dirección a Valparaíso. Treinta granaderos guardaban la entrada de la ciudad, porque temía que el pueblo nos quitara. Nos han traído como a criminales famosos. Llegamos a Valparaíso el miércoles a la 1½. Fuimos puestos a bordo de la *Chile*, incomunicados, en cuya situación estamos aún.

De Casablanca escribí al general Pinto, para que consiga mi libertad. Hoy he recibido una carta de él en que me avisen haberme conseguido permiso para permanecer en la ciudad con la condición de rendir fianza de partir al Perú dentro de 14 días.

El general Blanco, el comandante Cabieses, de la *Chile*, y el capitán de puerto, Orella, me han tratado como caballeros y son dignos de mi aprecio. Los demás oficiales de la *Chile* son tercos y altaneros.

*Abril 14 de 1851*.—El 5 de Febrero desembarqué en Valparaíso, habiéndome embarcado el 3 en Copiapó, adonde permanecí 18 días. Todos los datos que recogí sobre el estado de cosas, me mostraron que la oposición no existía. Los caudillos del partido progresista, libres ya de las persecuciones, habían abandonado sus puestos, y a ejemplo suyo, todos los demás prosélitos estaban desanimados, sin esperanzas y sin ideas.

El partido de Montt había triunfado completamente, no tenía enemigos, era dueño del poder en toda la república. Le había sido fácil extender su dominación y hacer aceptar su candidatura por todos los tímidos y por todos los que no le eran adictos. El estado de sitio, que terminó el 16 de Diciembre, había muerto el espíritu público. Las sesiones extraordinarias del Congreso, que principiaron ese día, no fueron sino el mejor testimonio de la dominación de Montt y de la ruina del partido progresista. Ni una voz se alzó para pedir cuenta de sus procedimientos al ministerio, nadie le interpeló ni opuso obstáculo a sus pretensiones. Los diputados progresistas que se hallaban en Santiago enmudecieron, huyeron de la Cá-

mara, y cuando llegaron a presentarse a ella fué para lanzar una expresión aislada, una bravata que no hacía más que poner en ridículo la impotencia de la oposición. La prensa opositora estaba lánguida y desorientada.

A mi llegada, no había más papel en Santiago que *El Progreso*, cuya imprenta había pasado a otras manos. Su redactor, Rafael Vial, se hallaba en Valparaíso con el ánimo de no escribir más en él y de fundar un nuevo diario. *El Comercio* de Valparaíso no se ocupaba de política y si se acordaba del ministerio era para dirigirle una cuchufleta. Semejante situación me avergonzó y me picó el amor propio: yo no podía tolerar que Montt triunfase así de los intereses nacionales.

Llegué a Santiago con la idea de encuadernar los pocos elementos dispersos y de hacer surgir del mismo partido conservador una nueva candidatura que pudiese interesar a los muchos que estaban con Montt por necesidad, por miedo o por odio a la oposición. Para lo primero, provoqué reuniones a que asistieron el clérigo Eyzaguirre, Manuel, su hermano, B. Larraín, Santa María (1), Ugarte, Alemparte, Sanfuentes y González. En ellas no se hizo nada de provecho, pues lo único que se acordó fué abandonar las esperanzas que abrigaban Alemparte y Ugarte de poder trastornar el gobierno y encargarme a mí la realización de mi plan de hacer surgir una nueva candidatura, sin que en ello se viera la mano de la oposición. Desde entonces me dediqué con Santa María a publicar secretamente un periódico proclamando a Irrarrázabal (2), como el más a propósito para dividir al partido ministerial y yo sólo me consagré a reanimar nuestra prensa como el único arbitrio que nos quedaba para excitar de nuevo el espíritu público. Cuando ya habíamos avanzado algo con Santa María en nuestro plan, llegó a Santiago la noticia de la proclamación de Cruz (3), hecha en Concepción el 10 de Febrero por 104 vecinos. Esto me ahorraba la mitad de mi plan. Entonces me con-

---

(1) Don Domingo Santa María.

(2) Don Ramón Luis Irrarrázabal.

(3) El general don José María de la Cruz.

sagré a organizar vigorosamente nuestra prensa y a fomentar secretamente la candidatura Cruz, para prestarle apoyo en las provincias del centro y divertir así la atención del gobierno. En lo primero, obtuve luego el resultado que me propuse, porque Rafael Vial reasumió su redacción de *El Progreso*, sin interés ninguno y sin exigir estipendio; Mitre recomenzó la campaña en *El Comercio* de Valparaíso y Manuel Bilbao se consagró a resucitar *La Barra*. Estos tres diarios principiaron un ataque vigoroso y razonado contra Montt y lo sostuvieron por muchos días, como medio muy a propósito en aquellas circunstancias para hacer abjurar la candidatura oficial a todos los que podían desertar de ella y pasarse a Cruz. Para lo segundo, es decir, para fomentar la candidatura Cruz, me valí de Pradel (1), en Valparaíso, quien, de acuerdo conmigo y bajo mi inspiración, emprendió la publicación del periódico *Voto Libre*, proclamando a Cruz; y en Santiago me valí de González a fin de que animase a Angel Prieto (2) a costear otro periódico. Este arbitrio, que no tuvo lugar, me lo había imaginado para descubrir también cuál era el ánimo de Bulnes respecto de Cruz, pues tenía para mí como seguro que Prieto no había de moverse a esto sin consultar a Bulnes. Mas, Prieto comenzó desde luego a desdeñar el apoyo de la oposición y a buscar partido para su tío Cruz entre los de su familia y los pelucones rancios que habían aceptado a Montt. Su plan era presentar una docena de estos estafermos al lado de la candidatura Cruz para reducir a Bulnes a que variase ministerio.

En estas circunstancias, teniendo ya organizada la prensa, me consagré a organizar una junta directiva de los negocios del partido. Pero carecía de hombres. Todos permanecían fuera de Santiago. Federico Errázuriz estaba en su hacienda y su silencio por una parte y la absoluta prescindencia del clérigo Eyzaguirre por otra, hicieron creer que tanto aquél como éste habían abandonado a la oposición. A mi no me ayudaban sino los dos

---

(1) Don Nicolás Pradel.

(2) Don Angel Prieto y Cruz, sobrino de don José María de la Cruz.

Bilbaos (1), Rafael Vial, Ramón Vial, Marín (2), Recabarren (3), Agustín Ovalle, los dos Amunáteguis (4), Santa María. Estos jóvenes, ardientes, generosos, nobles, eran los únicos que mantenían en aquellas circunstancias el honor del partido. Ellos escribían, hablaban, y trabajaban en todo sentido para favorecer el propósito de reanimar la oposición. En el resto de los antiguos opositores reinaba el desaliento y todos los días llegaban a mis oídos las noticias de nuevas defecciones y de los esfuerzos que muchos hacían para pasarse a Cruz. Yo y mis amigos, incluso Bruno Larraín, quien me había escrito desde su hacienda, estábamos persuadidos de que la oposición no debía decidirse por Cruz, abandonando desde luego a Errázuriz, porque semejante proceder no sólo era deshonesto, sino que exponía al partido a ser desechado por Cruz y a no sacar las ventajas que más tarde podía obtener de esta unión, si lograba presentarse reorganizado y fuerte. En este sentido escribí a Manuel Vial, que estaba en Valparaíso para partir con Alemparte para Concepción, y él me contestó aprobando mi idea. Sin embargo Alemparte iba de emisario de la oposición, nombrado por Ugarte, Félix Mackenna y otros tres o cuatro a quienes se les había ocurrido mandarlo al lado de Cruz. Fué efectivamente y sucedió lo que había de suceder: Cruz se fastidió de la *charla* de Alemparte, según lo dijo él mismo en una carta, los prosélitos de Cruz en Concepción manifestaron desprecio por la oposición y dijeron que su jefe no daría el programa que le pedían los opositores, y la prensa ministerial nos burló completamente. A esto se agrega que Vial no pudo hablar francamente con Cruz, a causa del mal aspecto que tomó el negocio.

Mientras tanto yo con mis pocos amigos de Santiago llevábamos a efecto nuestro plan de organizarnos. Ya estaban aquí Pedro Ugarte, Bruno Larraín, a quien yo había llamado, y Arteaga (5), que se había aparecido muy empeñoso por la oposi-

---

(1) Don Francisco y don Manuel.

(2) Don Francisco Marín Recabarren.

(3) Don Manuel Recabarren.

(4) Don Miguel Luis y don Gregorio Víctor.

(5) El coronel don Justo Arteaga.

ción. Yo me había apersonado a Don José Santiago Luco, y lo había animado. En casa de éste formamos una junta directiva compuesta de él, de Arteaga, Bruno Larraín, Recabarren, Francisco Bilbao y yo. Al día siguiente fué aprobada esta junta por todos y comenzó a funcionar. Cuatro sesiones sólo tuvo la junta y el único acuerdo importante que celebró fué determinando que yo y Bruno fuésemos a Popeta, en donde se hallaba don Ramón Errázuriz para traerlo a Santiago y ponerlo al frente de su partido, o, para que en caso de resistirse a ello, nos diese por escrito su resolución. Arteaga había disgustado a los demás de la junta proponiendo como medio de política el de malquistar a Bulnes con el ministerio, haciendo creer al primero, por anónimos, que el segundo estaba en connivencia con Freire. Se le observó que esto era una felonía contra Freire, y él retiró su indicación. Después de esto promovió en la junta que se determinase no atacar por la prensa a Bulnes, porque en esos días *El Progreso* y *La Barra* habían pedido a Bulnes que se vindicase de la acusación que la voz pública le hacía de haber recibido 90,000 pesos en pago del apoyo que prestaba a la candidatura Montt. Arteaga fundó su petición en una vindicación empeñosa de Bulnes y se esforzó tanto que lo pintó como el hombre más puro y desinteresado. Yo que, con Vial Rafael, habíamos tratado de convencer a Arteaga el día anterior de la necesidad de este ataque a Bulnes tomé la palabra esa noche, lo traté con violencia de propósito, por ver si nos deshacíamos de este coronel que tantas sospechas se había atraído de los demás de la junta. Él me insultó y nos levantamos sin haber acordado lo que propuso. Al día siguiente, que debíamos hacer nuestro viaje con B. Larraín, éste se presentó a mi cuarto disgustado con la conducta de Arteaga y sobre todo con un impreso que había llegado a sus manos, en el cual se contenía un decreto en que se declaraba establecida una junta revolucionaria compuesta de Freire, Errázuriz y Echeverría, se convocaba a una contituyente y firmaba Freire como presidente y Bruno como secretario de estado. Este papel, que había sido impreso en 1850 y, a mi parecer en la imprenta de Aconcagua, era, sin duda, obra de antiguos planes de García de Aconcagua y de

otros, pero como no había circulado, nada peligroso era contra Larraín. Sin embargo éste se agravió y me manifestó su ánimo de no continuar en la junta. Yo me aproveché de esto. Dejamos el viaje a Popeta y me fuí con él a casa de Luco para dejar disuelta la junta. Así sucedió porque Luco se manifestó muy dispuesto a no continuar con Arteaga, y yo me fuí a reunir de nuevo con mis amigos, los jóvenes, que tanto habían contribuído a mantener la oposición.

Allí hemos continuado nuestros trabajos i a ese centro se han agregado Ugarte, los Larraín, incluso Bruno, Carrera (1) y otros. En esta junta, sin presidente, sin arreglo y sin formalidad ninguna, alternando lo serio con lo ridículo, lo chistoso y lo obsceno, hemos tratado y dirigido los negocios de la oposición mejor que en ningún otro club.

*Mayo 27 de 1851.*—Aquí dejé suspenso mi diario hasta hoy a consecuencia de los acontecimientos. Don Ramón Errázuriz suscribió una adhesión a Cruz, que yo le escribí, y se verificó así la unión de los dos partidos. En la noche que se reunieron todos los interesados, les expuse yo terminantemente que yo no suscribiría la candidatura Cruz, porque no le conocía, pero que contarán con mi cooperación en contra del ministerio. Desde entonces se organizó una junta directora compuesta de Sanfuentes, Arteaga, Manuel Eyzaguirre, González y Angel Prieto, la cual comenzó a funcionar en casa de este último y allí se reunían también todos los opositores. Prieto y Urriola (2) comenzaron a rogarme que asistiera a su casa y que les ayudase. Accedí a sus instancias repetidas, pero siempre diciéndoles que no adhería a la candidatura Cruz. Fuí varias veces a casa de ellos, pero me limité a una intervención muy secundaria y no tomé parte en las deliberaciones de la junta. El suceso que me hizo ir a casa de Prieto fué el de su enjuiciamiento como secretario de la municipalidad. El gobierno mandó por decreto que ésta entregase el registro de calificaciones correspondiente a San Bernardo. La municipalidad pretendió hacer observacio-

---

(1) Don José Miguel Carrera Fontecilla.

(2) El coronel don Pedro Urriola.

nes a este decreto y pedir su modificación. El Intendente se obstinó en que se obedeciese ciegamente lo mandado por el gobierno. La discusión duró algunas sesiones; pero viendo el Intendente que no tenía mayoría en favor de su pretensión, abandonó el campo del debate, no quiso librar el resultado a una votación, y ordenó por un decreto que el secretario entregara las llaves del archivo para sacar el registro. Prieto resistió, porque siendo responsable del archivo a la municipalidad, no debía obedecer órdenes que no emanasen de ella misma sobre este punto. El Intendente intimó de nuevo su orden. Prieto resistió todavía, y entonces aquél mandó descerrar el archivo y sacar violentamente el registro. El ministerio apoyó este procedimiento atentatorio, suspendiendo a Prieto de su cargo de regidor y secretario y mandando encausarlo por desobediencia al Intendente. Este suceso produjo una gran alarma. Se dispuso comunicarlo a Cruz y tratarlo enérgicamente en los diarios. Se alcanzaron a escribir dos o tres artículos en esos días, que eran los de semana santa.

El sábado santo, 19 de Abril, en la noche, fuí a casa de Prieto. Había pocos opositores y habiéndome dicho que se reunían en casa de Vial los amigos que acostumbraban juntarse allí a tertuliar, me fuí a oír la música de la retreta en la plaza de la Moneda. No se advertía ninguna señal de la tormenta que se preparaba. Esa noche, a las cuatro o cinco de la mañana, me despertaron con la noticia de que los batallones Valdivia y Chacabuco estaban sublevados en la plaza y que además había más de cinco mil almas. Cuando era de día, fuí a la plaza: allí ví al Valdivia a las órdenes de Urriola y como doscientos rotos armados y mandados por algunos jóvenes. Hallé algunos amigos y supe por ellos que estaba el motín hecho desde las 3 de la mañana, que no se había tomado medida ninguna y que el Chacabuco había faltado a su compromiso. Desde luego advertí que aquel movimiento estaba mal dirigido, que no llevaba trazas de acierto y que el pueblo no acudía al toque de rebato ni le prestaba apoyo. El pueblo, consecuente a su imbecilidad, se había dirigido a los cuarteles de sus cuerpos y de allí era conducido a la Moneda en auxilio del

gobierno. Yo me retiré a mi casa. El suceso tuvo el progreso más tardío. A las 10 atacó Urriola acompañado de Arteaga al cuartel de artillería. Ya entonces era más popular el movimiento, porque multitud de ciudadanos fraternizaban con los amotinados y pasaban de quinientos los que habían tomado las armas. El ataque duró como 3 horas, pero el tiroteo de cañón y fusil sólo duró como un cuarto de hora. Los asaltadores vencieron, pero al tiempo de tomarse la artillería, Urriola murió de un balazo y Arteaga huyó. Así es que el Valdivia y los ciudadanos armados entraron al cuartel sin jefes y allí fueron rendidos o capitulados por los jefes del gobierno, que habiéndose escondido o huido, volvieron sobre sus pasos al notar que el triunfo de los revolucionarios se detenía en las puertas del cuartel.

El Presidente con los Ministros y otros vecinos huyeron, pero fueron avisados de la ocurrencia en su fuga y volvieron victoriosos.

Desde ese momento principiaron las persecuciones y los arrestos. El gobierno, autorizado con el estado de sitio, que se declaró en la mañana de ese día, se mostró en todo el esplendor de su arbitrariedad. La ciudad quedó consternada.

Yo me oculté porque supuse prudentemente que el Ministerio había de aprovechar esta oportunidad para aprisionarme. Así sucedió, pues fuí complicado en el proceso que se formó a los amotinados y se me persiguió con empeño.

Luego comenzaron a llegar las contestaciones de los gobernadores e intendentes, asegurando que los pueblos estaban tranquilos, y entre ellas se publicó una del general Cruz, en la cual éste lamentaba el suceso del 20 y decía que había dado las órdenes convenientes para que marchasen a Santiago los Cazadores, que el Gobierno había mandado pasar a esa ciudad.

El 12 de Mayo llegó Cruz a Santiago, llamado por el Gobierno. Los opositores se llenaron de esperanzas y creyeron triunfante su causa. Pero, en mi concepto, la presencia de Cruz no vale nada. El Ministerio no ha de abandonar su puesto por más empeños que Cruz haga para conseguirlo. Han visitado a Cruz centenares de personas, le han visto comisiones numero-

sas de artesanos, de jóvenes y más de 60 señoras relacionadas con los perseguidos se le presentaron en corporación y vestidas de luto a pedirle que restableciese la quietud y que consiguiese la cesación de las persecuciones. Cruz ha recibido esta especie de apoteosis, pero no ha hecho nada. El 23 ha tenido una entrevista con los Ministros y ha salido de ella con fiebre a caer a su cama.

Hoy estamos a 28 y todavía el Ministerio se muestra firme en su puesto e inexorable en su marcha. Parece que ya los opositores pierden sus esperanzas de un cambio y comienzan a creer que una revolución los salvará. Yo no veo sino la misma miseria de siempre, la misma abyección y creo que el triunfo del Ministerio es inevitable. No veo en Cruz al hombre de las circunstancias, al hombre que necesita el país para salvarse de la dominación que sufre por su propia culpa.

*18 de Septiembre de 1851.*—Tengo suspenso mi diario desde el 28 de Mayo, porque no he tenido ánimo para escribir sobre los odiosos sucesos de este tiempo.

Abiertas las Cámaras el 1.º de Junio, el Ministerio quiso impedir a Cruz, por medios indirectos, que presentase el proyecto de amnistía, que éste se proponía presentar como para satisfacer las esperanzas que tantas familias y tantas personas habían puesto en él. Al efecto, el Ministerio se valió de los senadores para que no se reuniesen, y sus amigos esparcieron la voz que si el Senado aprobaba semejante proyecto, serían asesinados en sus propios bancos los senadores. (Un R. Gatica era el más empeñado en hacer creer esto). Cruz se cansó y, sobre todo, se fastidió de los sufrimientos que le causaba el Ministerio y después de las elecciones de Junio se fué a Concepción, llevándose consigo todas las esperanzas de los opositores y después de haber entregado a la justicia unos cuantos hombres perdidos, de esos que emplea el Ministerio, los cuales pretendían asesinar al General. Los hombres fueron posteriormente absueltos: yo no creo que estuviesen organizados para asesinarlo, sino para inspirar miedo a todo el Senado, a fin de que no aprobase el proyecto de amnistía. Recurso era este a que el Ministerio no tenía necesidad de acudir, porque tenía en la presiden-

cia del Senado a Benavente, quien encarpeté el proyecto, como ha encarpetado todos los proyectos liberales aprobados en la Cámara de Diputados en 1849 y 50, para que no hayan reaparecido hasta hoy. Otro tanto hizo Pérez, Presidente de Diputado, con la representación que yo hice el 1.º de Junio para que se revisase la infame declaratoria dada para que se me encausase por la Comisión Conservadora.

Las elecciones tuvieron lugar con la concurrencia de los opositores, porque Cruz insistió en que debían concurrir. La historia de este acto está en el *Manifiesto del partido de oposición a los pueblos de la República*.

En todo el tiempo de Cámaras hubo una lucha innoble entre el Ministerio y los pocos opositores que quedaban, pues que al principio el Ministerio cubileteaba para que no hubiera sesiones, y cuando le convino que las hubiera, no podía reunirlos porque los opositores hacían otro tanto. La única cuestión interesante que hubo, fué la relativa a los Diputados Bello y Urízar (1), que el Ministerio tenía relegados en Copiapó. Después de sostener González y B. Larraín contra Varas, Mujica y otros, que debían ser llamados a la Cámara, ésta declaró que no. Después el Ministerio temió que no se reuniesen para el escrutinio de las elecciones las tres cuartas partes de las Cámaras, como ordena la Constitución, y entre muchas medidas que puso en juego, hizo que las Cámaras sancionasen la famosa ley de 28 de Agosto, en que se declara «que el día 30 de Agosto, designado por el artículo 67 de la Constitución para hacer el escrutinio o rectificación de la elección de Presidente de la República, no es señalado como término fatal. Si no pudiese practicarse en este día porque circunstancias imprevistas lo impidiesen o por que *no se hubiese reunido el número* necesario de miembros de cada una de las Cámaras, se practicará en otro día, tan pronto como se allane la dificultad.»

Pues bien, el Ministerio que impuso esta ley, infringiendo la Constitución, y las Cámaras que la sancionaron, el uno y las otras infringieron a los dos días su propia ley, pues que no ha

---

(1) Don Juan Bello y don Fernando Urízar Garfias.

biéndose reunido el Senado en el número de 15 que era el preciso, sino en el de 14 miembros, procedieron hacer el escrutinio, que dió por resultado ciento sesenta y dos sufragios, de los cuales 132 fueron por Montt; 29 por Cruz y 1 por Errázuriz...

¡En el momento en que escribo estas líneas, aquí, en mi asilo, a dos leguas de Santiago, viene a perturbarme el estampido del cañón del Santa Lucía!... ¡esa es la salva, que anuncia que en este momento presta el juramento de la Presidencia, Montt, ese Presidente impuesto a Chile por los más ruines de sus hijos, es decir por Varas, Mujica y la caterva de especuladores políticos y de pelucones imbéciles y torpes, que por miedo los apoyan!...

En todo este tiempo, desde que Cruz partió para el sur, todo el mundo esperaba la revolución por momento. Ha habido una alarma constante atizada a cada paso por las mentiras y visiones de los opositores. Al fin, el sábado 13 de Septiembre llegó a Santiago la noticia que se había sublevado Coquimbo y Atacama, constituyendo gobiernos independientes. Ese día mandó el Gobierno partir al Chacabuco para Valparaíso con destino a Coquimbo, pero a las dos de la mañana, en vez de partir aquel batallón para Valparaíso, fué para Aconcagua revolucionado. El domingo 15 se empleó todo en las angustias de una revolución. El 16 llegó la noticia de que el Chacabuco se había sometido y estaban presos los oficiales sublevados. Hoy 18, día de la patria y de tanto regocijo en otros años, es un día de luto para los amigos de la libertad. No tengo noticias ciertas sobre la revolución del norte.

19.—Los periódicos ministeriales anuncian que la rendición del Chacabuco se hizo sin efusión de sangre. La voz pública explica esta sublevación como una farsa, ideada para obtener facultades extraordinarias y hacer aparecer a todos los opositores que aún quedaban sin ser aprehendidos. En efecto, el sábado mismo, cuando llegó la noticia de la sublevación de Coquimbo, el Ministerio intentó la declaración de sitio, y dicen que Bulnes se opuso. Pero el domingo 14, con la sublevación del Chacabuco, obtuvo cuanto quiso. El Consejo de Estado declaró *unánimemente* en estado de sitio las provincias de Coquimbo, Santiago, Valparaíso y Aconcagua; y las Cámaras, primero el

Senado, y a las cuatro de la tarde la de Diputados dieron su sanción a esta ley: «Artículo único. Se autoriza al Presidente de la República por el término de un año para que pueda hacer arrestar y trasladar personas de un punto a otro de la República, fijando la residencia del individuo y variarla si lo creyese necesario; para que aumente la fuerza del ejército permanente en el número que las circunstancias lo exijan; para que pueda invertir caudales públicos sin sujetarse al presupuesto, y para que pueda remover empleados públicos de oficina sin sujetarse a las formalidades prescritas en la parte 10ª del artículo 82 de la Constitución». Esta ley monstruosa, producto de una maquinación escandalosa contra las libertades publicas, legado infame que el Presidente saliente hacía al entrante, no tuvo más que dos votos en contra en el Senado y otros dos en la Cámara de Diputados.

Los ministros nuevos, nombrados ayer, son Gana para el de Guerra y Lazcano para Justicia. Varas y Urmeneta (1) quedan como para significar la continuación del sistema opresor que nos está envolviendo en la ruina y en la guerra civil: ellos pondrán en uso de esa ley espantosa que hicieron sancionar el 14. No era posible que dejasen a otro esa gloria.

*22 de Septiembre.*—Hoy he visto un boletín ministerial de noticias del sur hasta el 17. Se dice en él que Concepción se declaró independiente el 14, nombrando Intendente a don Pedro Félix Vicuña, y general de la milicia sublevada a Baquedano (2); que el Carampangue y los Cazadores están fieles a las órdenes de Viel, que estaba en los Angeles, y de Riquelme y García. Ayer han salido para el sur el general Bulnes, García Reyes Tocornal y varios jefes y oficiales, en un convoy de 10 birlochos contratados hasta Chillán en 10 onzas cada uno. Gana salió el 19 para Valparaíso; pero dicen que las noticias del sur le hacen volverse a Santiago.

---

(1) Don José Francisco Gana, don Fernando Lazcano, don Antonio Varas y don Jerónimo Urmeneta.

(2) Don Fernando Baquedano.

*Octubre 2.*—Hasta hoy no tenemos noticias positivas sobre el estado de las revoluciones del norte y del sur. El gobierno no publica en sus boletines sino las que le son favorables. Nos han hecho saber que el gobernador de Curicó disolvió la fuerza que el clérigo Méndez había reunido en la Villa de Molina, de la cual se había apoderado, deponiendo a su gobernador; que en el Parral ha sido derrotado por 50 hombres el coronel Urrutia que se había insurreccionado con 200; que en Illapel ha sido derrotado por Campos Guzmán la vanguardia de las fuerzas de Coquimbo. Sin embargo, se sabe que el general Cruz está a la cabeza del movimiento del sur y ha dado varias proclamas que he visto manuscritas. También he visto el acta levantada en Concepción el 14, resumiendo esta sublevación e invitando a las demás provincias libres a que reúnan una asamblea que reforme desde luego la ley electoral y que convoque una constituyente para cuatro meses después.

En *El Mercurio* del 30 de Septiembre está el Consejo de Estado nombrado por Montt se compone de Bulnes, nombrado el 19; de Pinto y J. J. Perez, nombrados el 20; de Alcalde e Izquierdo, el 22; de Irarrázaval y Mancheño, el 23, y de Benavente y el clérigo Arístegui (1) el mismo día. Sin duda nombra a Bulnes, el primero para que recaiga en él la presidencia de la República en cualquiera contingencia.

*Octubre 6.*—*El Mercurio* del 4 nos da a conocer un tratado celebrado por el gobierno de Coquimbo con los ingleses sobre el *Firefly* y el *Arauco*. Dicho gobierno, a poco de haberse instalado, tomó el primero de estos vapores, perteneciente al inglés Lambert, para servirse de él. El gobierno revolucionario de Concepción también tomó el vapor *Arauco*, perteneciente a una compañía de chilenos. El 27 de Septiembre publicó el consul inglés de Valparaíso un aviso declarando bloqueado el puerto de Coquimbo por orden del Encargado de Negocios de

---

(1) Don Manuel Bulnes, don Francisco Antonio Pinto, don José Joaquín Perez, don Ramón Luis Irarrázaval, don José Tadeo Mancheño, don Diego José Benavente, don Juan Agustín Alcalde, don Vicente Izquierdo y don José Miguel Arístegui.

S. M. B., Sullivan, hasta la devolución del *Firefly* y hasta que el gobierno de aquella provincia diese satisfacción. El ministro de Montt, en notas al dicho Sullivan, fechada el 29, se dió por notificado del bloqueo y le dijo «que en virtud de la manifestación que le tenía hecha en notas anteriores, acerca de la imposibilidad en que se hallaba el gobierno de prestar la debida protección a los intereses británicos existentes en Coquimbo, con motivo de la insurrección, no había inconveniente por parte del gobierno para que se llevase a efecto la medida tomada por el comandante en jefe de las fuerzas navales de S. M., sobre el embargo de aquel puerto». Al mismo tiempo, el ministerio declaró en otro decreto *pirata* al vapor *Arauco*, y también declaró cerrados los puertos de Concepción y de Coquimbo, menos para los buques de guerra. El bloqueo de Coquimbo por los ingleses se estableció, pero el gobierno de la provincia ajustó con D. Ross, consul inglés en Coquimbo y con el capitán del vapor inglés *Gorgon*, el siguiente tratado, que nos da conocimiento de lo ocurrido en el asunto: «1.º Este vapor (el *Firefly*) queda desde luego considerado como presa de los oficiales del navío inglés *Portland*. 2.º El gobierno de Coquimbo se obliga a entregar, de las entradas de su aduana, y en el transcurso de tres meses, la cantidad de \$ 30,000 al buque inglés de guerra que se halle en este puerto, debiendo considerarse esta entrega como la compensación de los gastos y perjuicios ocasionados a don Carlos Lambert por la toma y presa de su buque. 3.º También se obliga el gobierno de Coquimbo a entregar de las entradas de aduana, y en el mismo término de tres meses, la suma de \$ 10,000 al buque inglés de guerra que se halle en este puerto. Esta entrega tendrá lugar, caso que el señor almirante inglés declare que el señor Paynter, capitán del *Gorgon*, ha tenido motivo bastante para haber apresado al vapor *Arauco* que a esta bahía arribó el día de hoy.

(Continuará)

## BIBLIOGRAFÍA

Guillermo Subercaseaux.—*Nuevas orientaciones de política internacional sudamericana*.—Santiago, 1917.—1 vol. de 66 págs.

En la primera parte de su trabajo el señor Subercaseaux hace algunas consideraciones generales de política sudamericana. Comienza estableciendo que, según la Economía Política, la naturaleza y el trabajo, o sea el territorio y la población, son los dos factores originarios de la producción de las riquezas. Ningún estado puede alcanzar un alto grado de poder económico y de importancia exterior si no cuenta con una población más o menos considerable, la que, a su vez, para subsistir y desarrollarse, requiere un territorio dotado de elementos naturales para servir de base a la población. Al lado del factor población hay que tomar en cuenta los factores raza y cultura. Estados con población abundante alcanzan escasa eficiencia, en razón de la mala calidad y pobre cultura de la raza. De la propia manera, no es la extensión el único factor que deba tomarse en cuenta al tratar del territorio. Suplen no pocas veces la poca extensión territorial las felices condiciones geográficas y las riquezas naturales de toda índole del mismo. Buen ejemplo nos da de ello la Bélgica.

¿Qué condiciones de territorio y de población reúnen las repúblicas

sudamericanas para llegar a constituir estados de alto desarrollo económico y vigorosa potencialidad política internacional? Poseen un territorio extenso, apenas inferior al de la América del Norte y dos veces más grande que el de Europa. Una parte considerable de él, la costa del Pacífico, parte del Perú, el norte de Chile y una vasta porción de la Argentina es de poca fertilidad, perdida casi para la agricultura, a causa de la falta de lluvias. Tiene, además, la mayor extensión de su territorio en la zona tórrida, donde, como es sabido, el hombre desarrolla un vigor y poder de trabajo muy inferior al que tiene en las zonas templada y fría. Las regiones de la América del Sur situadas en la zona templada son de reducida extensión y algunas de ellas, como la Patagonia Argentina, bastante áridas.

Las regiones sudamericanas del Pacífico (Chile, Bolivia, Perú y Ecuador) son, desde el punto de vista agrícola, inferiores a las del Atlántico (Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil). Tienen estas últimas mayor extensión territorial, terrenos menos frágiles, lluvias más frecuentes y mejor distribuidas. En cambio, desde el punto de vista minero, las repúblicas del Pacífico son enormemente más ricas. El poniente del continente sudamericano es minero; el oriente, agrícola.

Con los elementos de que dispone, y no obstante los inconvenientes de que adolece, cree el señor Subercaseaux que la América del Sur puede servir de base a un estado poderoso y de alta civilización en la región tropical y a otro de los mismos caracteres en la zona templada.

«Si la existencia de un territorio rico y vasto es una condición tan importante para alcanzar un alto grado de desarrollo económico ¿qué podrán hacer las repúblicas, se pregunta el señor Subercaseaux, que en el reparto de las tierras del continente no obtuvieron para su soberanía un territorio de tales condiciones? ¿Habrán de resignarse a mantener una vida económica de modestas proporciones, o, por el contrario, aguijoneadas por los anhelos de progreso, han de lanzarse a las conquistas territoriales, declarándole la guerra a sus vecinos? Este problema, al parecer tan sin salida, tiene felizmente su solución. La extensión territorial, como medio de conseguir la importancia de un estado, cuando se trata de pueblos que hablan el mismo idioma, que tienen las mismas creencias religiosas, que pertenecen a la misma raza y descienden de un mismo tronco, se realiza a plena satisfacción por la vía de la unión y confederación entre ellos.» Esta unión les trae considerables beneficios, así en el orden económico como en el político. Los primeros son obvios. Se estrechan sus vinculaciones industriales y comerciales, económicas en general, por la supresión de las barreras que antes las dividían, principalmente de las aduanas. «El muro de los derechos de internación que separara entre sí a diversos países, desaparece desde el momento que se establece entre ellos la unión aduanera». «Las repúblicas de la América que aisladamente no constituyen una base territorial suficientemente importante para el desarrollo de la vida industrial, agrupadas entre ellas, subsanarían esta dificultad. Las regiones tropicales, unidas a las

de la zona templada, y las agrícolas a las mineras, se completarían mutuamente y podrían, de esta manera, constituir un todo o conjunto económico y social de verdadera importancia... Puede afirmarse que la entidad económica que resultaría de la unión de varias repúblicas constituiría un producto de mucho mayor importancia que la suma de los organismos económicos de cada una de ellas por separado. La operación de la unión no se reduciría, pues, a una simple adición, sino que revestiría más bien los caracteres de una multiplicación. Si expresamos la potencia económica de un estado con la cifra dos, y la del otro límite y en buenas condiciones para la unión, con la cifra tres, la potencia del conjunto resultante sería, pues, muy superior a cinco».

En el orden político internacional no son menos evidentes las ventajas de la unión. Bastará indicar una sola de ellas. Las repúblicas unidas serían, políticamente, más fuertes para resguardar los derechos que emanan de la soberanía, podrían, con más eficacia, defenderse de agresiones extranjeras.

¿En qué forma, se pregunta el señor Subercaseaux, podría realizarse esta unión? Bastaría, dice, la unión aduanera y crear lazos de amistad en el orden político manteniendo la autonomía administrativa de los países de la unión. ¿Cómo se agruparían las diversas repúblicas para constituir estas uniones? «El panamericanismo, dice el autor, es ya una corriente internacional de cuya existencia no es posible dudar, y si este movimiento de unión de ambas Américas se encausa por las vías del respeto y de las consideraciones recíprocas, está llamado a satisfacer, sin duda, grandes ideales, no siendo el menor entre éstos el de la defensa de América contra las agresiones que podrían venirle ya sea de Europa, ya sea del Asia... Pero la unión aduanera no podría extenderse tanto que comprendiera los dos continentes... La República del Norte ha

alcanzado un tan alto grado de poder industrial que no es posible equipararlo al de las repúblicas hispano-americanas. Sería, pues, necesario concretar la fórmula de la unión aduanera a nuestro continente, ya que todas las repúblicas de él se encuentran en condiciones más o menos análogas. Respecto al número de repúblicas, la unión podría constituirse entre dos, tres o más de ellas, sin que repugnara extenderla por todo el continente. La situación geográfica sería, sin duda, uno de los elementos determinantes para la unión, puesto que sería preferible constituir la entre estados limítrofes, para facilitar de esta manera el desarrollo de las relaciones económicas entre ellas, y el mejor aprovechamiento de sus condiciones naturales».

En la segunda parte de su trabajo estudia el señor Subercaseaux el problema desde el punto de vista chileno. «Voy a exponer, dice, la manera cómo, a mi juicio, podemos llevar a la práctica esta gran política de la unión a que vengo refiriéndome». «Los límites de nuestra patria han quedado ya fijados. La era de las conquistas territoriales por las armas, parece ya concluída para siempre en América. En tales condiciones no queda otro camino de expansión que el muy noble y legítimo de la unión con nuestros vecinos».

Esta unión se impone con especial evidencia a las repúblicas del Pacífico, y por tal motivo son ellas las llamadas a iniciar su realización.

Teniendo en cuenta las conveniencias recíprocas de ambas repúblicas, yo creo que una de las uniones que se impone con mayor evidencia y acaso la de más fácil realización, es la de Chile con Bolivia.

Bolivia, nuestra vecina del norte, se encuentra en situación territorial más desventajosa aun que la nuestra, y valen, por lo tanto, para ella, y con mayor fuerza todavía, las mismas consideraciones que hacemos para Chile.

Si aisladamente consideradas ambas repúblicas, no tienen una base territorial que les permita conseguir en el futuro el alto grado de desenvolvimiento económico y de potencialidad política a que tienen derecho a aspirar, en cambio, unidas para los fines del progreso que les son comunes, sin perder su autonomía administrativa del presente, constituirían una entidad económica y política de primer orden en Sud América.

La superficie comprendida en la zona de la unión aduanera de Chile con Bolivia, sería de más de dos millones quinientos mil kilómetros cuadrados. Comenzaría al Norte con el grado 10 de latitud para alcanzar al Sur de la larga faja del territorio chileno hasta el grado 56. La región del Norte sería apta para la producción de la zona tropical, del café, de la goma, del cacao, etc. Hay regiones que se prestan para el cultivo del arroz. El azúcar de caña que hoy compramos al Perú por valor de varios millones de pesos anuales (1), podría ser producida en ciertas regiones de Bolivia que parecen prestarse muy bien para este cultivo. La unión del Pacífico poseería una importantísima zona mineral, tanto en el territorio boliviano del Oeste como en el chileno del Norte. Más hacia el Sur, en territorio chileno, dispondría de regiones agrícolas de la zona templada hasta llegar a la zona fría de la ganadería de Magallanes. Las bellas regiones del centro y sobre todo del Sur de Chile, ofrecerían amplia base para el desarrollo de la civilización y del turismo. El mar bañaría sus costas en una longitud mayor de 4,000 kilómetros.

En medio de esta variedad de producción, la vida industrial y comercial se armonizaría y completaría perfectamente, sin que las industrias de una de las repúblicas tuvie-

(1) En 1915, la importación de azúcar del Perú fué de más de \$ 7,000,000 oro.

ran que sufrir por la competencia de las de la otra.

Las dificultades de los medios de comunicación y de transportes que hoy existen en alto grado para con el interior de Bolivia, han de desaparecer en el futuro con los ferrocarriles y caminos; y de esta manera la unión del Pacífico podría mantener comunicaciones expeditas por todo su territorio.

La industria manufacturera encontraría en la región protegida por las tarifas aduaneras de la Unión del Pacífico, un mercado que hoy alcanzaría a cerca de seis millones de población consumidora, y que tendría buenas expectativas de aumento para el futuro. Muchas de nuestras industrias del presente, entrarían inmediatamente a beneficiarse con el incremento del mercado consumidor. Allí está, por ejemplo, la industria del cemento, la de los tejidos de lana, la fabricación de zapatos y otras susceptibles de un interesante desarrollo en el futuro. La industria siderúrgica no tiene al presente en Chile un mercado consumidor capaz de asegurar su vida y prosperidad, a pesar de la gran riqueza de nuestras minas de hierro; y otro tanto podría agregarse de la fabricación de ciertos artefactos de cobre, como los alambres, y de la fabricación en gran escala del papel de imprimir.

Las instituciones bancarias de ambos países, al ser consideradas igualmente como industrias nacionales, encontrarían un mayor campo para la expansión de sus negocios; y otro tanto cabe también observar de las compañías de seguros.

Las universidades, los planteles de educación y demás centros de cultura intelectual y moral que supieran prestigiarse por sus progresos, atraerían hacia sí los estudiantes y viajeros de la vasta extensión de ambos países.

En una palabra y repitiendo el concepto que ya expresé al tratar en general de las ventajas de la unión, la nueva entidad que se constituiría

con la unión chileno-boliviana, sería un producto mucho más importante, económica y políticamente considerado, que lo que son al presente ambas repúblicas. La operación no sería, pues, una simple adición, sino que revestiría el carácter de una multiplicación.

Pero todo esto no pasaría de ser más que una bella utopía, el sueño de un idealista. He aquí la respuesta desdeñosa que merecerán estas ideas a muchos de nuestros políticos y en especial a algunos que manifiestan en estas materias no tener otro criterio que el del *huaso ladino* que por desconfiar de todo para que «no se la peguen» se contentan con sonreír maliciosamente y no hacer nada.

Este es un error funesto. Chile tiene en su mano la realización de esta gran idea, primero porque si para él hay ventajas evidentes, para Bolivia las hay todavía mucho mayor. He aquí la verdadera clave de la cuestión. Además porque Chile tiene para ofrecer a Bolivia lo que ninguna otra república puede ofrecerle: facilidades especiales para su salida al Pacífico.

Pero aquí interviene la grave cuestión de Tacna y Arica. Yo he sido de los que sistemáticamente me he opuesto a toda cesión, total o parcial, franca o disimulada de este territorio, fundado precisamente en la importancia que para un país tiene la extensión territorial. Pero cuando se trata, no de ceder un territorio a un vecino por darse el placer de satisfacerlo, como, ha solido proponérsenos, sino cuando se trata de unirse con él para constituir entre ambos una nueva entidad económica y política, la cosa es ya diversa. Si yo cedo sencillamente a mi vecino una parte de mi propiedad, disminuyo mi haber, cerceno mi patrimonio. Pero si yo me asocio con él, o bien, en el caso de tratarse de una vecina bien parecida, si yo contraigo matrimonio con ella, resultará que formaremos entre ambos un haber conyugal, un patrimonio común, mucho más valioso que el que teníamos por

separado. He aquí la nueva faz de la cuestión que tenemos que considerar.

¿En qué podrían consistir estas facilidades de salida al Pacífico que deberíamos conceder a Bolivia? Esto dependería de las negociaciones que se entablaran al respecto. Pero cabe insinuar la idea de constituir en Tacna y Arica un territorio neutral, administrado de común acuerdo por los Gobiernos de ambas Repúblicas, mientras dure la unión o alguna otra fórmula que satisficiera las aspiraciones de Bolivia.

Repito que esto no sería ceder una parte del territorio nacional, no sería disminuir la potencialidad económica y política de la patria, sino que, muy por el contrario, ensanchar considerablemente el horizonte de su grandeza. Esto no significaría cerrar para las energías de nuestros conciudadanos, la región de Tacna y Arica (como habría sucedido en el caso de una cesión de estos territorios); esto significaría, por la inversa, abrir las puertas de la altiplanicie para que nuestros conciudadanos pudieran llegar hasta el Beni, a la par que los bolivianos podrían alcanzar hasta Magallanes.

En cuanto a las bases constitutivas de la unión, no hace al caso el entrar en sus detalles. Me bastará recordar lo dicho al tratar la materia en general. La confederación, que es sin duda el tipo más perfecto de estas uniones, no es en este caso, por lo menos por ahora, posible; deberíamos limitarnos, por una parte a la unión aduanera y económica en general, y por la otra a establecer entre ambas Repúblicas las vinculaciones políticas de una alianza. Podría, por ejemplo, establecerse un consejo especial, compuesto de representantes de ambas repúblicas, cuyo objeto sería el estudio de las medidas más conducentes para el desarrollo armónico de las relaciones comerciales, industriales, bancarias, de las empresas de seguros, de las vías de comunicación, etc.»

La unión sería también convenien-

te con el Perú; pero, por ahora, se oponen a ella razones políticas de todos conocidas. Algo semejante ocurre con la República Argentina, si bien los obstáculos son más bien de orden económico que político. «Lo más urgente y fácil de realizar para nosotros, termina el señor Subercaseaux, es la unión del Pacífico, formada, desde luego, por el consorcio de las Repúblicas de Chile y de Bolivia. Con ella reforzaríamos nuestra situación económica y política, quedaríamos en condiciones más ventajosas para extender la unión hacia el Atlántico, cuando llegara el momento de hacerlo».

R. C.

José Toribio Medina.—*Medallas de Proclamaciones y Juras de los Reyes de España*.—Santiago de Chile.—Impreso en Casa del Autor.—1917.—1 vol. de XX+332 págs.

Es, en verdad, maravillosa la laboriosidad de nuestro ilustre logógrafo el señor Medina. En los meses transcurridos del presente año ha dado a la estampa, si no llevamos mal la cuenta, siete volúmenes, algunos de ellos gruesos in folio, amén de no pocos artículos publicados en diarios y Revistas. Y esto sin contar otros libros que tiene en prensa o listos ya para imprimirse.

La obra más completa que sobre esta materia existía era *Las Medallas de Proclamaciones y Juras de los Reyes de España* que—años ha—publicó en España el señor don Adolfo Herrera. En ella se describen 241 medallas de juras americanas y el señor Medina describe en la suya 430, o sea 189 más.

Aparte de su valor numismático, tiene el libro del señor Medina considerable importancia histórica. Así, contiene interesantes noticias sobre los escudos de armas de las ciudades en que se acuñaron las medallas de que se ocupa, datos biográficos de los Alféreces Reales que tremolaron el pendón de los monarcas cuya coronación se celebraba, pintorescas descripciones de las ceremo-

nias con que esa misma coronación se festejaba y otros muchos datos de igual o mayor trascendencia.

S. T.

Daniel S. Bustamante.—*Los conflictos internacionales y el panamericanismo*.—La Paz.—1917.—1 vol. de 68 págs.

Mientras que en Europa, dice el señor Bustamante, la hidra de la guerra ruge y destruye casi toda cultura y toda piedad, en América corren alados mensajes de paz y brisas de concordia; ocurren cordiales conferencias bajo las invocaciones a la ciencia, a la riqueza o al derecho; la prensa y la tribuna proclaman en alto la sensatez de nuestras jóvenes repúblicas, capaces de enseñar magistralmente al Viejo Mundo las sabias fórmulas en las cuales aquietan crueles hegemonías y refrenan predominios potenciales, y como contraste al diabólico trabajo de la técnica militar en Ypres y Verdun, brillantes diplomáticos y sesudos estadistas proclaman en Washington los derechos de las naciones: todas las tienen de existencia, de territorio, de igualdad, de independencia y desarrollo autónomo... América tornaría a ser el mundo de las grandes promesas, donde se apagan las inquietudes de los débiles y se humanizan y dirigen al bien los poderes de la fuerza. Autorizados heraldos dicen que eso significa el panamericanismo, y además que no habrá otros medios de grandeza que el trabajo, ni otras luchas que las que tengan que librarse para compeler a los rebeldes a ejecutar la obra común de cultura y elevación moral... El señor Bustamante, que bien sabe que en muchas ocasiones, tras de bellos espejismos, encuentran los pueblos «sorpresas y desengaños irremediables», examina «lo que hay de positivo valor en el panamericanismo», en la «armonía continental». Lo hace primero en el terreno teórico, sociológico, estudiando las leyes que, junto con crear las nacionali-

dades, obstan de una manera fatal a la armonía universal. Estudia, en seguida, el problema práctico, en nuestra América. Ambos estudios lo hacen llegar a conclusiones pesimistas: «Por mucho que se declame en los Congresos y las Cancillerías sobre la fraternidad panamericana, cuando alguna de estas nuevas nacionalidades sienta sus fronteras estrechas y se vea al mismo tiempo con fuerzas suficientes de expansión, el conflicto surgirá fatalmente, siempre que a su lado no encuentre vecinos que sepan hacerse respetar, o, en otro sentido, organizaciones internacionales que encaucen dentro de la paz las necesidades económicas, políticas o geográficas que conducen a la guerra. No faltarían a los hombres de estado, primero, y a los historiadores, después, pretextos para convertir a su país de agresor en agredido...». ¿Quiere esto decir que sea totalmente inútil la campaña de fraternidad entre las repúblicas americanas? No lo cree así el señor Bustamante. «Reconocemos—dice—no obstante, a la doctrina actual del panamericanismo una virtud: la de suscitar en las gentes cultas la esperanza de que estas naciones puedan vivir y prosperar sin creerse rivales hostiles, y cooperar al bienestar y cultura de todas, sin practicar nuevas expansiones o imponer sistemas exclusivos a favor de los más fuertes». Pero aun esta ventaja será bien precaria si, como el señor Bustamante afirma, «el individuo puede idear y querer sinceramente los medios nobles y pacíficos; el grupo está a merced de corrientes que cambian y la más leve chispa puede encender en él los instintos de la horda».

P. P.

P. Charlmers Mitchell.—*Le darwinisme et la guerre*.—Traduit de l'anglais par M. Solovine. Paris, 1916.

Para explicar y justificar la guerra se ha emitido por muchos escritores, especialmente alemanes, la teoría de

que ella es manifestación del principio darwiniano de la lucha por la vida que ha producido la evolución de todos los seres orgánicos que pueblan la tierra. El general von Bernhardi la sintetiza muy bien en estas frases de su libro de propaganda popular *La Inglaterra vasalla de Alemania*: «Donde quiera que contemplemos la naturaleza, veremos que la guerra es la ley fundamental de la evolución. Esta gran verdad, que ya había sido reconocida en los siglos pasados, fué demostrada en los tiempos modernos por Carlos Darwin. Probó que la naturaleza está dirigida por la lucha incensante para la existencia, por el derecho del más fuerte, y que ese combate, con su aparente dureza, produce una selección al eliminar a los débiles y a los perjudiciales».

El naturalista inglés P. Chalmers Mitchell, secretario de la Sociedad Zoológica de Londres, ha publicado el interesante libro de que damos cuenta con el propósito de refutar esa teoría, y condenar a los provocadores de la más gran guerra que ha asolado a la tierra. Es un trabajo de gran alcance filosófico, pero creemos que sus observaciones merecen fundadas críticas. Juzgamos que para censurar a los que fría, paciente y sabiamente prepararon el sangriento conflicto, bastaba apoyarse en la conciencia de la humanidad que ha venido desarrollándose a través de los siglos, y probar, lo que nos parece tarea fácil, que tanto la competición pacífica como la competición violenta forman parte de la «lucha por la vida» establecida por el darwinismo, y que en el estado actual del mundo, debido a las transformaciones que las aplicaciones industriales de las ciencias han hecho experimental, la primera forma de competición permite mejor que la segunda hacer triunfar a los pueblos más fuertes, más activos, más industriales.

Las argumentaciones del autor se reducen a las dos siguientes: la lucha por la existencia no es una ley cien-

tífica y, aunque lo fuera, no se aplicaría en su forma violenta a los asuntos humanos, porque el hombre posee cualidades psíquicas y morales que lo distinguen profundamente del animal.

Como nos lo dice Mr. Mitchell, la evolución afirmada por Buffon, Lamarck y por H. Spencer antes que Darwin, ha sido aceptada como un modo de proceso orgánico, como una ley científica, gracias a la enorme suma de trabajo realizado por el gran naturalista inglés y, después de 1859—año en que se publicó su obra *Origen de las especies*—por sus continuadores, influenciados por él. El principio nuevo introducido por Darwin fué el de la *selección* como factor de la evolución, es decir, la supervivencia de los individuos más aptos en lucha por la vida. La selección explica, pues, la evolución, pero ella no es una ley natural. No pensó que lo fuera Huxley, el primer defensor y el más eminente de la teoría darwinista; hasta el fin de su vida sólo la consideró como una hipótesis admirable que tenía un fuerte grado de probabilidad. La opinión de los partidarios de la evolución está al respecto muy dividida: unos ven en la selección el único agente probable de los cambios que sabemos se han verificado en las especies; otros que no es sino una de las múltiples causas de ellos; algunos le niegan todo valor. «El mundo científico—nos dice el autor, competentísimo en la materia—está acorde respecto de la evolución, pero nó respecto de la selección natural».

Por otra parte, sostiene Mr. Mitchell que si se examina en conjunto el reino animal y el reino vegetal, sujetos el uno y el otro a la evolución orgánica, no se encuentra razón alguna para interpretar la «frase metafórica» de Darwin, la lucha por la existencia, en un sentido que pudiera justificar la guerra entre naciones, sino que, por el contrario, numerosos ejemplos tomados del reino animal manifiestan que el éxito en la vida se obtiene por medios pacíficos,

como los que emplean los hombres para cultivar las artes de la civilización. «De ninguna manera entendía Darwin que fueran razas favorecidas los que estuvieran mejor armadas para la exterminación violenta de sus semejantes, sino las que estaban mejor adaptadas al medio, comprendiendo en éste, el clima, el alimento, la facilidad de unirse y tener descendencia.»

No vemos en las afirmaciones de Mr. Mitchell la verdad completa. Esta es otra: el mecanismo de la selección natural es muy amplio, presenta formas muy variadas: de lucha indirecta, pacífica, como cuando las plantas crecen al lado unas de otras, extraen sus materiales nutritivos de un suelo común, y algunas perecen por no conseguir la cantidad necesaria; o cuando en un espacio de tierra no muy grande viven animales con la misma clase de alimentos, morirán aquellos que, por las circunstancias o por sus inferiores aptitudes, tengan menos facilidades para encontrarlos; y será de lucha directa, violenta en casos como el de esas guerras entre sociedades de hormigas del género *ecitones*, dotadas de un fuerte instinto militar, que se levantan en masa formando columnas de centenares de metros para lanzarse contra otras sociedades con propósito de matanza y saqueo.

El mismo Mr. Mitchell nos habla de hormigas que, con un instinto social extraordinariamente desarrollado, defienden sus viviendas hasta la muerte, realizan expediciones guerreras individuales o en grandes masas para obtener provisiones y vuelven cargadas de botín, y aun tienen la tendencia a reducir a la esclavitud a las vencidas, lo que constituye uno de los fenómenos más curiosos en la vida de los insectos. «Sin duda, dice, esta tendencia incita a la sociedad de una especie a dirigir contra la sociedad de otra especie un ataque directo, cuyo resultado es que las crisálidas del nido atacado son capturadas para ser criadas en el nido del vencedor, y las cautivas ali-

mentan y siguen a sus dueños» (página 58). Eso sí, agrega, que no se observa el propósito de exterminio de una sociedad de hormigas por otra, ni de alcanzar prosperidad conservando la parte victoriosa en su poder el nido de la parte vencida.

Exagera Mr. Mitchell las diferencias entre las luchas violentas de los animales y las guerras humanas; son sólo diferencias cuantitativas, no cualitativas. Afirma que las sociedades de insectos representan tal vez el grado más considerable de perfeccionamiento del acto instintivo, mientras que, por el contrario, el hombre manifiesta el más elevado grado alcanzado en el desarrollo de la acción consciente, inteligente. Llega hasta sentar una separación absoluta entre el hombre y los animales, lo que causa profunda extrañeza por ser él un convencido evolucionista darwinista «que detesta todas las formas del supra-naturalismo, y que ni siquiera retrocede ante la frase célebre de Cabanis: el cerebro secreta el pensamiento como el hígado secreta la bñlis (pág. 164), y que encuentra «que no podemos menos de sonreír al pensar en los desesperados esfuerzos desplegados por los anatomistas durante la segunda mitad del siglo pasado, para encontrar algún detalle de estructura que les permitiera establecer una separación neta entre el hombre y los grandes monos». Y agrega que, aun considerando únicamente las formas vivas en la actualidad, es difícil decir que el hombre por su estructura se diferencia más del Gorilla, que éste del Macaco o del Babuino; y tomando en consideración los descubrimientos recientes en la historia fósil del hombre y la de los grandes monos, la distinción entre ellos se desvanece por completo, y podemos estar seguros que en cierto momento del período geológico terciario más reciente, unos y otros han tenido un antepasado común.

Seguramente, olvida Mr. Chalmers Mitchell que el funcionamiento de todo órgano está ligado a su estructu-

ra, y que a toda variación de los órganos corresponde una modificación de las funciones y que, aun cuando anatómicamente el cerebro del hombre se parece mucho al del mono, al del carnero y al de otros animales, no son semejantes. Hay en el cerebro del primero una visible complejidad y una riqueza más grande de las distintas fibras de asociación, las que producen una diversidad en el funcionamiento intelectual. Por esto, el hombre tiene, como los animales, instintos, pero más complejos, y los animales superiores tienen como el hombre, inteligencia, aunque en un grado mucho menor. Nadie niega que los seres humanos poseen instintos: el de imitación, la tendencia innata a la combatividad, a los celos, etc.; mas algunos, contra toda evidencia, creen que la actividad animal se debe sólo a los instintos, pues carece en absoluto de inteligencia. Quien quiera haya observado a los animales, podrá recordar actos de ellos que prueban cuán gran error es éste, porque manifiestan tener consciencia del fin que persiguen, que observan y proporcionan los medios al resultado que buscan. No son todas las acciones de los animales, como cree el Dr. Grasset (1) «consecuencia directa y necesaria de su constitución y de su automatismo que reaccionan sobre el medio exterior», sino algunos son «actos deseados y reflexivos», cuya previsión es imposible. Si el espacio nos lo permitiera, citaríamos algunos ejemplos que dejarían perfectamente establecido que entre la psicología humana y la psicología animal hay diferencia grande, pero no absoluta, no de naturaleza.

Muchas acciones de los hombres se deben a tendencias innatas de su naturaleza, y frecuentemente la inteligencia no hace otra cosa que ponerse al servicio de ellas. Así se explica que las luchas entre las agrupaciones humanas sean más eficientes y más crueles que las de los

animales. Es un error creer que la teoría de que las guerras constituyen un proceso natural de la existencia de la humanidad ha nacido por una simple analogía zoológica: lo cierto es que la historia no puede menos que demostrar que la lucha violenta entre agrupaciones humanas, ya sean razas o naciones, es decir colectividades cuyos elementos tienen un común sentimiento que les da cohesión, que da a la colectividad vida distinta de la individual, es un fenómeno tan generalizado que se ha elevado a la categoría de ley social. Desde los tiempos prehistóricos, el espectáculo que presenta la trama de la existencia de la humanidad, es el de razas o pueblos que se empujan, se suplantán en los territorios, se exterminan, se esclavizan; naciones que tienden a la expansión más allá de sus fronteras y la realizan hasta que se produce un equilibrio de fuerzas con otras naciones. Del libro *La Guerra* del sociólogo ruso Novicow, tan enemigo de ella, tomamos los siguientes datos estadísticos: Desde 1496 antes de nuestra era hasta 1861, en tres mil trescientos cincuenta y ocho años, ha habido 227 años de paz y 3130 años de guerra, o sea un año de paz por cada trece. Durante los tres últimos siglos, hubo 286 guerras en Europa. «Desde 1500 años antes de J. C. hasta el año 1860 se han firmado ocho mil tratados de paz que debían subsistir eternamente; su duración media ha sido de dos años».

Ante la frecuencia de la lucha violenta en la humanidad, no podemos menos que reconocer que ella obedece a las tendencias innatas de la naturaleza del hombre, y en vista de la refinada crueldad con que se realiza, nos vemos obligados a admitir que la superior inteligencia humana ha ayudado a esos instintos, no los ha refrenado. Un ejemplo sólo recordaremos de guerra: cuando los israelitas, al mando de Josué, conquistaron la Palestina, pacíficamente ocupada por otro pueblo, pasaron a cuchillo a todos los habitan-

(1) *Revue Scientifique*, 27 Enero de 1917.

tes «hombres y mujeres, niños y ancianos: matando hasta los bueyes y las ovejas, y los asnos (Libro de Josué, cap. VI, 21). ¡De cuántos millones de feroces guerras semejantes habrá sido teatro la Tierra desde la remota aparición de la humanidad! Nada han podido para impedir las matanzas humanas, los preceptos morales mejor intencionados: ni el «no matarás» ordenado al pueblo de Israel antes de la conquista a que acabamos de referirnos; ni la proclamación hace dieciocho siglos de que «todos los hombres son hermanos».

Mas, todo lo anterior ¿querrá decir que las guerras serán eternas en la humanidad? Nó, muy lejos de eso. Al lado de la competición guerrera entre las naciones, se verifica una competición pacífica, continúa la lucha comercial, industrial, científica: el combate en cualquier forma es la vida. Pero creemos que la forma violenta terminará entre los pueblos civilizados, no en obediencia a los preceptos de la moral corriente, sino por exceso de eficacia de los medios para realizarla. Aumentando éstos día a día, se establecerá un verdadero equilibrio en el poder destructor de las naciones-rivales, y sólo será posible la concurrencia pacífica. Es un principio fundamental de la biología que los organismos se modifican cuando cambian las condiciones en que viven, y el resultado de su funcionamiento variará cuando obran sobre ellos nuevas influencias.

Es la ciencia la que, con sus aplicaciones industriales, que van en prodigioso aumento, modifica las condiciones de la vida de los hombres, y hará imposible las guerras, y muy intensa y fructífera la concurrencia económica entre los pueblos.

En conclusión, creemos que Mr. Chalmers Mitchell, al combatir la teoría de que la guerra es y ha sido siempre necesaria, principalmente en boga entre los escritores alemanes, tiende a desconocer el importante papel que la lucha vital desempeña en la humanidad. Pudimos lle-

gar a conclusiones que, hasta cierto punto, están de acuerdo con las suyas, pues condenan la actual conflagración que ha herido el sentimiento de humanidad ya desarrollado en el mundo, y que preven la desaparición de las guerras, siguiendo nosotros distinto camino.

A. L.

Luis Barros Borgoño.—*Curso de Historia General*.—Tomo III.—Santiago. — 1917.—I vol. de 445 págs.

El mejor y más cumplido elogio que podemos hacer de este libro consiste en decir que, a más de ser un excelente texto didáctico, es obra de provechosa y gratísima lectura. Abarca parte de las materias que, en conformidad a los planes de estudio en vigor, deben tratarse en el tercer año de humanidades de los colegios de segunda enseñanza. La transcripción del título de sus capítulos dará una clara idea de las materias que abarca: Primera parte. Revolución y espíritu nuevo.—Capítulo I. La Revolución inglesa.—Cap. II. Los preliminares de la Revolución francesa.—Cap. III. La Revolución.—Cap. IV. Las Guerras de la Republica; el 18 de Brumario.—Cap. V. El Consulado y el Imperio.—Cap. VI. Invasión de Portugal y de España; el levantamiento de la península; su repercusión en América.—Cap. VII. Invasión de Rusia; caída de Napoleón; Elba y Santa Elena.—Parte Segunda. Revolución de la Independencia americana.—Capítulo I. La aurora de la libertad.—Cap. II. La insurrección y las juntas coloniales.—Cap. III. La Independencia de Colombia; Simón Bolívar.—Cap. IV. El imperio en América; don Pedro e Iturbide.—Cap. V. La Revolución Argentina; Belgrano y San Martín.—Cap. VI. Los precursores de la revolución de Chile y el gobierno nacional.—Cap. VII. La patria vieja; Carrera y O'Higgins, Rancagua.—Cap. VIII. La liberación de Chile; Chacabuco y Maipo.—Cap. IX. El dominio del

mar.—Cap. X. El Perú v Bolivia.— El título de este último capítulo no da una idea clara de su verdadero contenido. Como su mismo autor lo dice, en él ha tratado de presentar en toda su significación la Expedición Libertadora del Perú, «precisando los sacrificios que ella impuso al pueblo de Chile y los desvelos que exigió al gobierno del Director O'Higgins...». Será siempre altamente educador para la juventud chilena el conocimiento cabal y preciso de aquella empresa magna, realizada por sus antepasados con el concepto más elevado de sus deberes para con la patria y con un espíritu amplio y generoso de solidaridad americana. (Pág. 385 y 86).

¡Qué de diferencia entre este texto,—amable y de sencillísima comprensión—y los que usábamos en los tiempos remotos ya de nuestra vida estudiantil. Eran estos un verdadero quebradero de cabeza: sin una idea general; sistemáticamente suprimido todo lo pintoresco; sin nada que cautivara, que interesara siquiera; y, en cambio, erizados de nombres, de fechas, de hechos. Con ellos no había más disyuntiva que aprenderlos de memoria desde la primera hasta la última página o reventar, valga decir sacar tres *negras* en el temido examen.

Otro mérito del texto del señor Barros Borgoño: en los de antaño, a la vuelta de cada página, se transparentaban las ideas políticas o religiosas del autor. Eran casi siempre obras de tesis, medios de propaganda, de mal encubierto proselitismo, que en ocasiones importaban verdaderas violaciones del espíritu indefenso del niño y total desconocimiento del derecho de los padres de familia. El señor Barros Borgoño se aparta por completo de camino tan peligroso. Refiere los hechos con severa elevación, con impecable serenidad. Los juzga pocas veces y cuando lo hace, no gasta esos juicios dogmáticos y apasionados—gratos para unos, desagradables para otros,—y que casi siempre se

apartan de la verdad. No abandona su serenidad ni para apreciar negocios criollos—esos que tanto nos interesan y tanto nos apasionan.—Así por ejemplo, no es—caso raro entre los historiadores chilenos—ni O'Higinista ni Carrerino. No cree que competa al historiador deprimir a uno de esos personajes para ensalzar al otro. Comprende que los dos tienen sus merecimientos y que a los dos debe hacer justicia la historia. «En esos días de angustia y de graves preocupaciones—dice—asume de lleno el mando militar un apuesto y brillante joven, que se hallaba desde meses atrás virtualmente a la cabeza del Gobierno y que encerraba en su persona la energía, la altivez y la valentía de la revolución. Se llamaba José Miguel Carrera; había llegado de España a mediados de 1812, había peleado en las batallas de la Península, traía condecoraciones que atestiguaban distinguidas acciones y el grado de sargento mayor de Húsares de Galicia. Tenía sólo veintiséis años, era de gallarda y hermosa figura, de clara y rápida inteligencia, de genio impetuoso, arrogante, seguro de su valer y de la influencia que le daba el prestigio de su familia. Carrera llevaba en su alma el fuego y la pasión de los libertadores y se sentía agitado por la noble ambición de hacer a su patria libre, grande y próspera. Se destaca, asimismo, desde esos primeros días, la figura serena, gloriosa, del que en breve había de ser jefe de la revolución chilena, Bernardo O'Higgins, doblemente héroe: en los campos de batalla, por su desprecio a la muerte y su valor a toda prueba; y en las luchas cívicas, por su abnegación, su patriótico desinterés y su virtud republicana. Porque don Bernardo O'Higgins no sólo exhibe ante la historia su gloria de intrépido y valiente capitán, sino que también ha transmitido a la posteridad el ejemplo más acabado de civismo y de fidelidad a las instituciones de su patria» (pág. 307). Hasta se sobrepone a hondos prejuicios

nacionales. Al referir la batalla de Chacabuco dice: «Esta batalla fué ganada por el arrojo y la bizarría de la división de O'Higgins; pero estaba también ganada de antemano, conforme al plan estratégico combinado por San Martín» (pág. 340). Este juicio será el definitivo, el que consagrará la historia cuando pase la hora de las pueriles susceptibilidades, de las pequeñas pasiones.

El señor Barros Borgoño traza con notable maestría retratos de personajes. Unos cuantos rasgos, seguros y pintorescos, bástanle para caracterizarlos, para darlos a conocer con más fidelidad que largas biografías. Véase, si no, cómo aprecia a Bolívar y San Martín: «... el caudillo del Norte llevaba en su alma los destellos del genio; su voluntad era imperiosa, avasalladora; eran vastas las concepciones de su mente; entreveía el gran porvenir de una América libre, unida y formando una poderosa organización política; impulsivo, arrogante, desdeñaba a los demás y no estimaba en lo que valían a los hombres y militares de los estados del sur. Pero Bolívar tenía fe en las ideas republicanas, y si fracasó en sus planes políticos, fué porque no existían entre los nuevos estados vínculos o intereses que pudieran unirlos. Sin hábitos de vida libre, sin educación política, en medio de los fermentos revolucionarios, de las ambiciones partidaristas, las tendencias, lejos de manifestarse hacia la unión, llevó a los pueblos necesariamente a la constitución de nacionalidades aisladas, a que, por otra parte, los obligaba la propia naturaleza con sus diversos climas, distintos territorios y forzados aislamientos, y a que los llamaba también su tradición, por la vida local que cada comarca había desarrollado durante el período colonial. San Martín, el caudillo del sur, era frío, escéptico, con muy poca confianza en los hombres y menos en las ideas; hombre de disciplina, de método, de organización; de temperamento poco avenible con el espíritu inquieto y a menudo turbulen-

to de las democracias, buscaba en el orden y en una autoridad fuerte la única salvaguardia para estos países en formación. Esta tendencia de su espíritu le arrastró al error político de considerar conveniente la constitución de monarquías en América. Pero, a la vez, debe reconocerse su falta absoluta de ambición personal, su desprendimiento, la austeridad de su carácter, su acendrado patriotismo y el sacrificio que hizo de su persona en aras de los altos destinos de la independencia americana». (Pág. 421).

El libro está escrito en un estilo claro y sencillo y a la vez elegante y animado. Despierta desde el primer momento el interés y se hace leer con sumo agrado.

M.

Okakura (Kakuzo).—*Les idéaux de l'Orient.—Le réveil du Japon.*

Traducción de J. Serruys.—Préface d'A. Gérard ancien ambassadeur de France au Japon.

(Librairie Payot, Paris, 1917).

«Okakura, nos dice Mr. Gérard, merece tener un lugar en la literatura nacional y en la historia y psicología de los pueblos, como el escritor japonés que ha analizado con más profundidad el alma y el espíritu del Japón, el Ideal de esta civilización bebida en las fuentes más antiguas del Asia, y que ha sabido, además, resumir en un libro tan luminoso como conciso los trece primeros siglos de la vida de su pueblo y el medio siglo verdaderamente prodigioso, de 1853 a 1905, en que se ha elevado el Japón al rango de potencia de primer orden, no solamente asiática sino mundial.»

Okakura presidió algunas academias de arte de su país; más tarde fué llamado a Estados Unidos y nombrado conservador del Museo de Boston, ese santuario del arte japonés. *Los Ideales del Oriente y El Despertar del Japón*, aparecieron en lengua inglesa en 1903 y 1905, respectivamente; y han sido acerta-

damente reunidos en uno solo en la edición francesa.

*Los ideales del Asia* se pueden resumir: en la espiritualidad, la honradez y sencillez, en el amor de la paz y en la independencia individual y concentración en sí mismo. («Todo en ti mismo», dice Confucio).

«El Asia es una, empieza Okakura, el Himalaya no separa sino para acentuarlas mejor dos poderosas civilizaciones: la China, comunista de Confucio y la India individualista de los Veda.»

El Japón desempeña en el Asia el papel de heredero inteligente de la cultura asiática, que sabe elegir y asimilar lo que más le conviene a su idiosincracia, tomando también de los europeos la ciencia y las industrias, sin abandonar sus costumbres y tradiciones peculiares.

Okakura es un admirador apasionado del arte asiático, al mismo tiempo que conoce y admira el europeo. Es un apóstol de la tradición, que sostiene muy en alto los ideales del Oriente. «La caballería de los árabes, la poesía de los persas, la moral de los chinos y el pensamiento indio, hablan todos de una sola y antigua *paz asiática*, de donde resultaba una vida en común, que aunque se manifestaba en variadas floraciones, según la diversidad de las regiones, no llega jamás a diferenciarse profundamente».

«El deber actual del Asia consiste en proteger y restablecer las antiguas costumbres asiáticas.»

En esta obra, el autor estudia rápidamente la civilización de China y de la India, y la influencia profunda que han ejercido sobre el pensamiento y el arte japonés; y sigue con la historia, demasiado compendiada, a nuestro juicio, del pueblo

japonés. Desfilan a nuestros ojos el Japón feudal, el Japón clásico y el Japón moderno; monasterios budistas; la música y el baile del Japón; el culto del Emperador y del Dragón, el misterioso Dragón que simboliza la eterna mudanza de las cosas...

En diferentes párrafos nos advierte el autor, del ridículo temor de los europeos al Peligro Amarillo («frase inventada por Alemania en el momento mismo en que se preparaba para conquistar la costa del Chantoung»). Dicen que los amarillos no desean sino la paz, su antigua paz asiática, mientras que Europa les ha enseñado la guerra. Clama contra las injusticias de la Europa, contra el «Desastre Blanco», que es un hecho en Oriente, y se ríe del «Peligro Amarillo», que es un sueño.

Lo más interesante del libro es el estudio del Renacimiento del Japón, que Okakura compara con el Renacimiento italiano, y que no vino del exterior sino de sus propias fuerzas interiores, especialmente del espíritu histórico, que ha sabido conservar en el Japón el equilibrio entre las dos civilizaciones de Oriente y Occidente, asimilándoselas, sin perder al mismo tiempo su personalidad, antes afianzándola cada día más.

Es un libro muy interesante e instructivo, síntesis de la civilización japonesa que contiene páginas inflamadas de amor patrio y de amor de la belleza artística. Hacen falta grabados que representen las obras maestras del arte japonés en sus diversos períodos y algunas notas ilustrativas para el lector poco docto.

J. L. G.-M.

Hualcapo, 8 de Nov. de 1917.

## INDICE DEL TONO II

	PÁGS.
Carlos Silva Cotapos.—La Codificación del Derecho Canónico...	5
Adolfo Ortúzar.—La Cuestión Salitrera ( <i>Conclusión</i> ).....	14
Monna-Lissa.—El Tío Juan.....	25
Anselmo Blanlot Holley.—Importancia de la Provincia de Tacna: su presente y su porvenir.....	40
Elvira Santa Cruz Ossa.—José Enrique Rodó.....	61
Daniel Martner.—Estadística y Ciencia Estadística. La Sinopsis de 1916.....	75
Salvador Díaz Mirón.—Paquito.....	81
Cartas de don Antonio García Reyes a don Manuel Antonio Tocor- nal.....	84
Diario de don José Víctorino Lastarria desde Junio de 1849 hasta Marzo de 1852 ( <i>Continuación</i> ).....	103
Bibliografía.—E. Boirac, L'Avenir des Sciences Psychiques.—J. D. Monsalve, El Ideal Político de Bolívar.—George Blakes- lee.—The True Pan-Americanism.—René Worms, Natalité et Régime Successorel.—Roberto Lehmann-Nitsche.—Folklore Argentino, Santos Vega.—Woodrow Wilson, L'Histoire du Peuple Américain.—Joseph Louis Perrier, The Revival of Scholastic Philosophy in the Nineteenth Century.—Jorge Boonen Rivera, Participación del ejército en el desarrollo y progreso del país.—Libro y publicaciones recibidos.....	106
Francisco Javier Díaz.—Instituciones armadas y vida nacional....	113
Rodolfo Lenz.—Un diccionario araucano.....	130
Lucía Bulnes de Vergara.—Una comida en casa del almirante don Manuel Blanco Encalada.....	137
Guillermo Muñoz Medina.—La pantomima.....	147

	PÁGS.
<b>Eliodoro Astorquiza.</b> —Tres olvidados (El Padre Ginebra, Oscar Sepúlveda, Daniel Barros Grez).....	162
<b>Anselmo Blanlot Holley.</b> —La minería en Tacna y Arica.....	171
<b>José A. Silva.</b> —Vida aldeana.....	191
<b>Domingo Santa María.</b> —Impresiones de Europa y América (1860).....	193
<b>B. A. Silva.</b> —Valentín Brandau y sus nuevos estudios sobre el problema penal en Chile.....	201
<b>Diario de don José Victorino Lastarria desde Junio de 1849 hasta Marzo de 1852 (Continuación).....</b>	<b>205</b>
<b>Bibliografía.</b> —José Toribio Medina, Voces chilenas de los reinos animal y vegetal.—Eduardo Solar Correa, La cuestión submarina ante el derecho internacional.—Georges Lachapelle, L'Oeuvre de Demain.—Fidel Pinochet Le-Brun, Libro de lectura para la enseñanza del castellano.—Ismael Valdés Valdés, La transformación de Santiago.—Arturo Silva Arratia, Curso teórico-práctico de latinidad.—Roberto Barahona Novoa, Anomalías dentarias.—Rufino Blnaco-Fombona, Judas Capitolino.—Pedro de Oña, Arauco Domado.—Libros y publicaciones recibidos.....	218
<b>Augusto Orrego Luco.</b> —El Carnaval de Niza.....	225
<b>Abdón Cifuentes.</b> —La Reforma del Sistema de Elección Presidencial.....	240
<b>Ana Luisa Prats Bello.</b> —Lengua y Literatura Españolas.....	243
<b>Aníbal Pinto.</b> —El Hundimiento del Transporte «Loa» en 1880....	247
<b>Julio Philippi.</b> —Las Huelgas en los Puertos del Norte.....	250
<b>Doctor Lucas Sierra.</b> —Higiene Social.—El Cárcer.—La Credulidad y las Mujeres.....	263
<b>Anselmo Blanlot Holley.</b> —Tacna y Arica después del Tratado de Ancón (Comercio.—Fin de la Chilenización.—Lo que queda de la Chilenización).....	283
<b>C. Van Schendel.</b> —Souvenirs du Chili.....	302
<b>Diario de don José Victorino Lastarria desde Junio de 1849 hasta Marzo de 1852 (Continuación).....</b>	<b>304</b>
<b>Bibliografía.</b> —Guillermo Subercaseaux, Nuevas Orientaciones de Política Internacional Sudamericana.—José Toribio Medina, Medallas de proclamaciones y Juras de los Reyes de España.—Daniel S. Bustamante, Los Conflictos Internacionales y el Panamericanismo.—P. Charlmes Mitchell, Le Darwinisme et la Guerre.—Luis Barrcs Borgoño, Curso de Historia General.—Kakuzo Okakura, Les Idéaux de L'Orient. Le Reveil du Japon.....	324
<b>Francisco E. Noguera.</b> —Don Antonio Varas fundador de las instituciones hipotecarias y de ahorro en Chile.....	337

	PÁGS.
Leonardo Lira.—En la muerte de Félix Le Dantec: Una polémica que recordará la historia.....	357
Manuel Blanco Encalada.—Una entrevista con Pfo IX.....	364
Samuel Ossa Borne.—La historia de la Canción del Oro. Recuerdos de Rubén Darío.....	368
Marcelle Auclair.—Heredia.....	375
Martina Barros de Arregó.—El voto femenino.....	390
Daniel Martner.—El porvenir del salitre en Alemania.....	400
Anselmo Blanlot Holley.—Tacna y Arica después del Tratado de Ancón. La política chilena en Tacna y Arica de 1911 a 1917.....	407
Diario de don José Victorino Lastarria desde Junio de 1849 hasta Marzo de 1852 ( <i>Continuación</i> ).....	434
Bibliografía.—L. Tolstoy, <i>Journal intime</i> (1865-1899). José y Francisco de Mugaburu, <i>Diario de Lima</i> (1640-1694).—N. M. Butler, <i>Looking forward</i> .—La <i>Réparation des Dommages de Guerre</i> .—Brand Whitlock, <i>Au Amérique d'aujourd'hui</i> .—G. A. Coe, <i>The psychology of religion</i> .—Arthur Levy, 1914.—Ricardo Rojas, <i>La Argentinidad</i> .....	339
Julio Zegers.—Los derechos civiles de la mujer en la legislación chilena.....	449
Elvira Santa Cruz y Ossa.—Hedda Gabler.....	457
Anselmo Blanlat Holley.—Tacna y Arica después del Tratado de Ancón.—Arbitrios de arreglo.—Devolución al Perú.—Partija.—Entrega de Tarata.—División tripartita.—Territorio Anseático o neutral.....	471
E. Rodríguez Larreta.—La queja de don Juan.....	488
D. Santa María.—Carta autobiográfica.....	489
Pedro E. Gil.—El versolibrismo.....	494
Mariana Alcoforado.—Cartas amorosas de la monja portuguesa Mariana Alcoforado.....	502
Dr. Grasset.—Noción biológica de la familia y del matrimonio.....	512
Diario de don José Victorino Lastarria desde Junio de 1840 hasta Marzo de 1852. ( <i>Conclusión</i> ).....	521
Senén Palacios.—El autor de <i>Raza Chilena</i> Dr. Nicolás Palacios. Bibliografía.—Pedro de Córdoba, <i>Nuestra guerra</i> .—La Coalición contra la Argentina.—Enrique Tagle Rodríguez, <i>Liberales y Conservadores</i> .—Miguel Luis Amunátegui Reyes, <i>Don Bernardo O'Higgins juzgado por algunos de sus contemporáneos, según documentos inéditos</i> .—Fustel de Coulanges, <i>Questions Contemporaines</i> .—Amador Alcayaga y Eliodoro Flores, <i>Instrucción cívica</i> .....	535
Indice del tomo segundo.....	541
	557

